

3 1761 06991554 4

AJES CLASICOS

243 1713
Viaje al Gran Mogol,
Afganistán y Cachemira

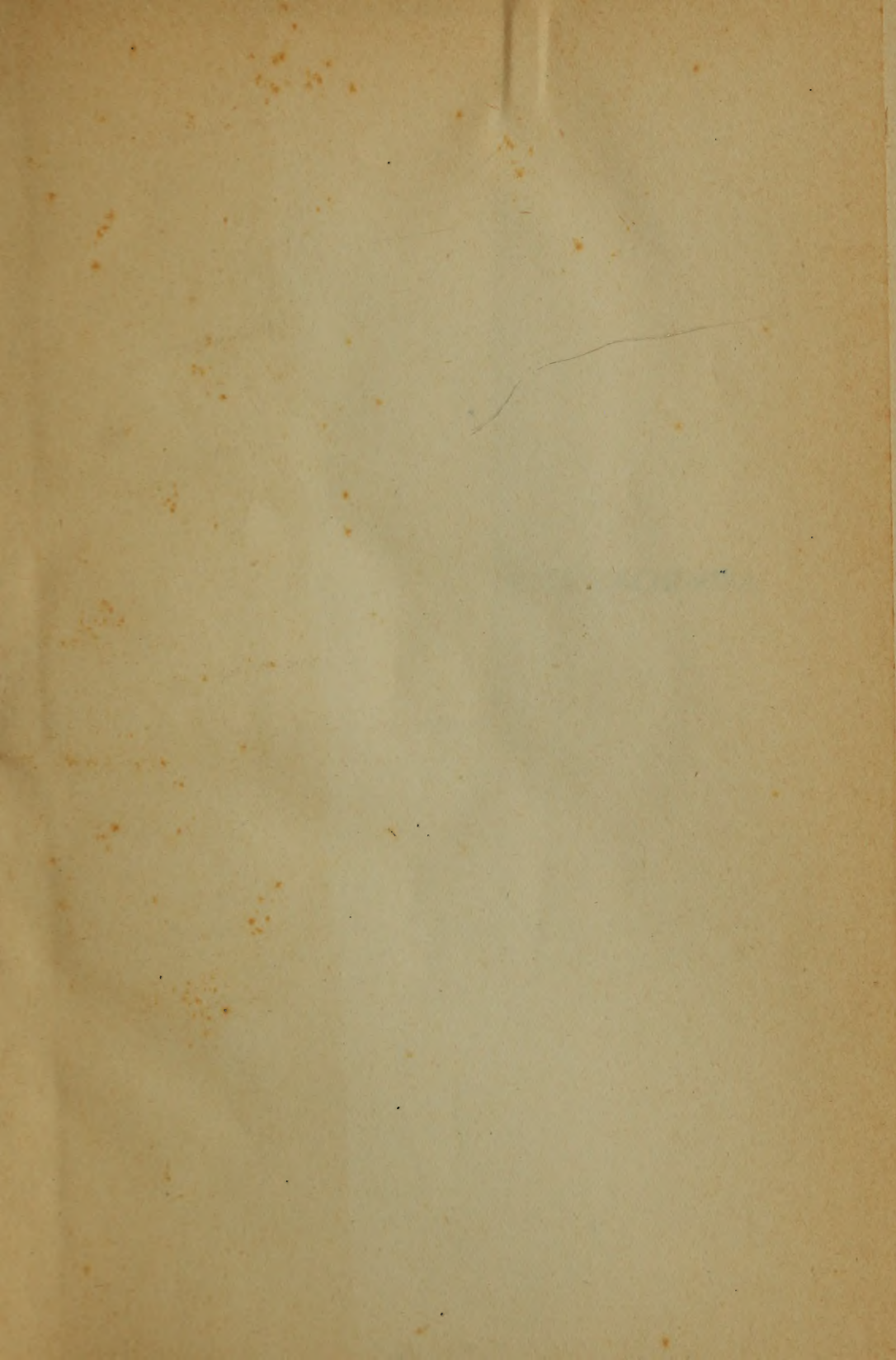
FOR

BERNIER (F.)



ESPASA-CALPE, S. A.

641/GFX
p d te.





UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

WILLIAM H. DONNER
COLLECTION

*purchased from
a gift by*

THE DONNER CANADIAN
FOUNDATION

VIAJES DEL GRAN MOGOL Y DE CACHEMIRA

Tomo I

VIAJES CLÁSICOS

EDITADOS POR CALPE

Publicados:

SPEKE (J. H.) *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.*
Tomos I y II.

BOUGAINVILLE (L. A.) *Viaje alrededor del mundo.* Tomos I y II.

BERNIER (F.) *Viajes por los Estados del Gran Mogol, reino de Cachemira, etc.* Tomos I y II.

En prensa:

LA CONDAMINE. *Viaje a América meridional.* Un volumen.

MATTHEWS (J.) *Viaje a Sierra Leona.* Un volumen.

FRANCISCO BERNIER

VIAJES DE FRANCISCO BERNIER

CON LA DESCRIPCIÓN DE LOS ESTADOS DEL GRAN MOGOL, DEL INDOSTAN, DEL REINO DE CACHEMIRA, ETC.

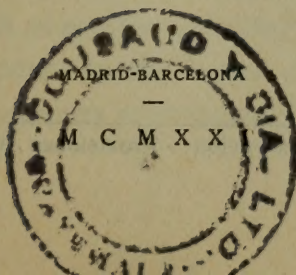
EN QUE SE TRATA DE LAS RIQUEZAS, DE LAS FUERZAS, DE LA JUSTICIA Y DE LAS CAUSAS PRINCIPALES DE LA DECADENCIA DE LOS ESTADOS DEL ASIA Y DE VARIOS CONSIDERABLES SUCESOS, Y DONDE SE ADVIERTE CÓMO EL ORO Y LA PLATA, DESPUÉS DE HABER CIRCULADO POR EL MUNDO, PASAN AL INDOSTÁN, DE DONDE NO VUELVEN YA

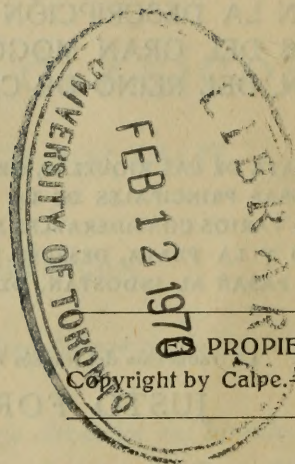
La traducción del francés ha sido hecha por

JUSTO FORNOVI

Tomo I

CON GRABADOS





PROPIEDAD
Copyright by Calpe.—Madrid—1921.

DS

461

.7

B58

t.1

El filósofo, médico y viajero Francisco Bernier, nació en Joué (Angers, Francia) en 1620 y murió en París en 1688.

Recibió con Chapelle, Molière, Hesnault, y acaso con Cyrano de Bergerac, lecciones de filosofía de Gassendi (1642). Visitó Italia, Alemania y Polonia, se recibió de médico en Montpellier, y tras la muerte de su maestro, partió en 1656 para Siria, Egipto y, finalmente, la India.

Fué médico de Aureng-Zebe y enseñó a su agah Danech-mend-kan los descubrimientos anatómicos de Harvey y de Pecquet, con las doctrinas filosóficas de Gassendi y Descartes. A su vez estudió las ideas religiosas y filosóficas de los indios, el imperio del Gran Mogol, que sorprendió en el instante de su mayor florecimiento, visitó Cachemira y regresó a Francia en 1669 tras ausencia de trece años.

El relato de su viaje, impreso en 1670-71, le valió celebridad perdurable. Pero Bernier no es sólo el viajero observador y reflexivo que acierta a contarnos de modo inimitable la magnificencia del imperio del Gran Mogol, el íntimo encanto del reino de Cachemira, sumido en las más excelsas montañas del mundo; es tam-

bién el filósofo fino y sutil de su tiempo, pleno del futuro del siglo XVIII francés.

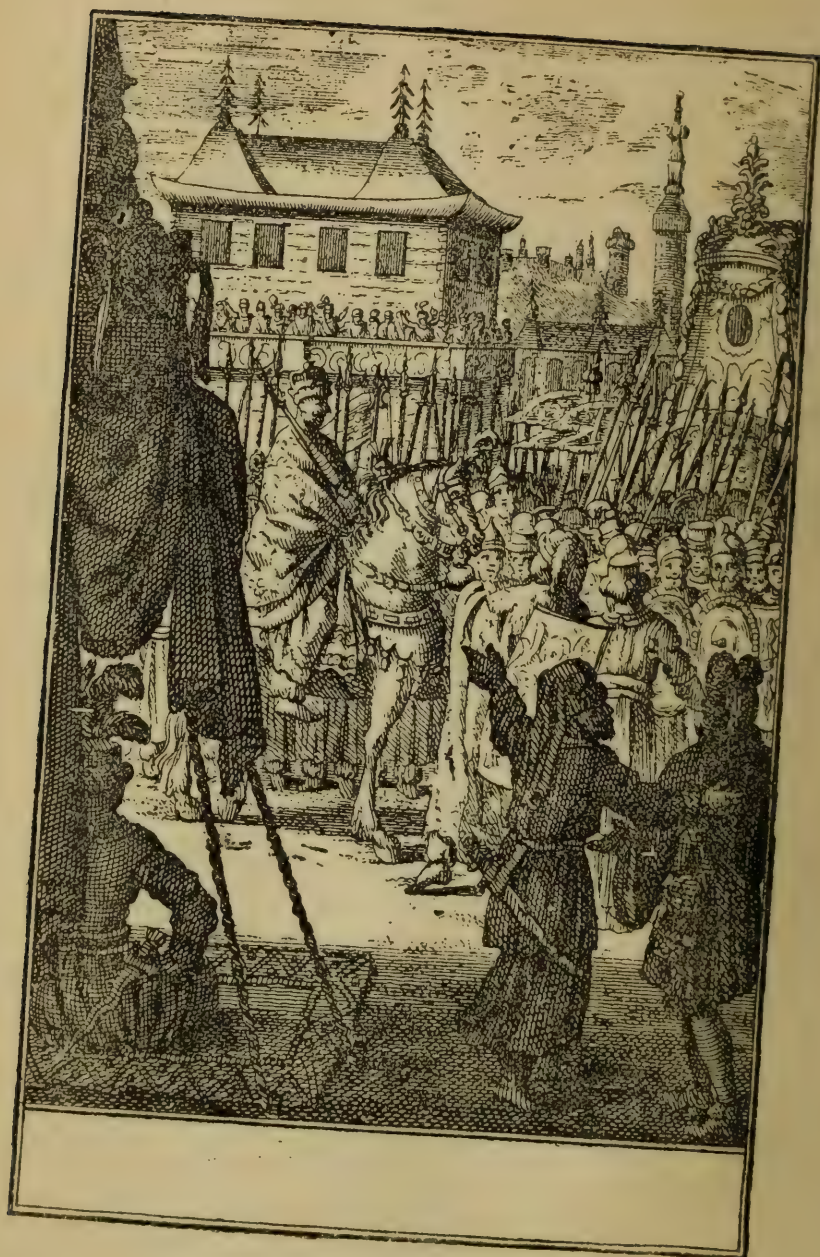
Amigo de las gentes más ilustres del siglo de Luis XIV, compone con Racine y Boileau el Arrêt burlesque, que deja en ridículo al Parlamento y a la Universidad, y evita la proscripción de la filosofía de Descartes y de Gassendi; inspira a La Fontaine motivos de sus fábulas; a Molière, Le Malade imaginaire; hace, casi tan popular como el cartesianismo, la filosofía de Gassendi, su maestro siempre amado, de cuyas doctrinas, con todo, duda al final de su vida, rica y varia, siempre en gran señor espiritual.

Aparte de sus Voyages, cuya traducción castellana aquí se ofrece, dejó escritas: Abrégé de la philosophie de Gassendi (1674, 7 volúmenes); Doutes sur quelques uns des principaux chapitres de l'Abrégé de la philosophie de Gassendi (1682); Eclaircissement sur le livre de M. Delaville (1684); Traité du libre et du volontaire (1685); Mémoire sur le quiétisme des Indes (1688); Extrait de diverses pièces: Introduction à la lecture de Confucius, Description du canal des Deux Mers, Eloge de Chapelle (Journal des Savants (1688).

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
NOTA BIOGRÁFICA DE BERNIER.....	VII
Historia de la última revolución de los Estados del Gran Mogol.....	1
Derrota de Sultán-Sujah.....	72
Defección de Sultán-Mahmud.....	79
Desastres de Dara.....	81
Aureng-Zebe, el fraticida.....	93
Suerte de Solimán-Cekuh.....	98
Muerte de Morad-Bakche.....	101
Sultán-Sujah, el temerario.....	102
Acaecimientos posteriores, o lo que ocurrió de más notable, después de la guerra, durante cinco o seis años, en los Estados del Gran Mogol.....	108
Aureng-Zebe recibe embajadores.....	123
Llega el Embajador de Persia.....	136
Hazañas de los piratas.....	162
Aureng-Zebe, magnánimo.....	174
Guerra en el Decán.....	179
Muerte de Chah-Jehan.....	186
Carta a Mr. Colbert de la extensión del Indostán.—Afluencia del oro y la plata a este país después de circular por el mundo.—Riquezas, poderío, justicia, etc., de los pueblos del Asia y motivo principal de su decadencia.....	189

La presente edición castellana de
BERNIER, *Viajes del Gran Mogol y
de Cachemira*, ha sido anotada y
revisada por el profesor J. Dantín
Cereceda.



HISTORIA DE LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN DE LOS ESTADOS DEL GRAN MOGOL

Mi deseo de ver mundo me había hecho ir a Palestina y a Egipto. Pero no pude permanecer allí mucho tiempo. Quise ver el Mar Rojo en toda su extensión, y, con tal fin, salí del Cairo, donde había residido más de un año. Después de treinta y dos horas de viaje, en caravana, llegué a Suez, y allí embarqué en una galera que me transportó, en diez y siete días, al puerto de Gidda, situado a una media jornada de la Meca. Entonces me ví obligado, a pesar de cierta promesa que me hiciera el *bey* del Mar Rojo, a desembarcar en esa supuesta tierra Santa de Mahoma, donde un cristiano que no sea esclavo no osa posar sus plantas. Permanecí en ella treinta y cuatro días. Luego embarqué en un pequeño navío que me transportó, en quince días, costeando la Arabia feliz, a la ciudad de Moka, próxima al estrecho de Bab-el-Mandel. Deseaba visitar las islas de Masova y Arkiko (1), para llegar hasta Gonder (2), capital del país del Habech o reino de Etiopía.

(1) En el Mar Rojo, frente a la costa de la actual Eritrea. (*Nota de la edición española.*)

(2) Hoy Gondar, al N. del lago Tana, en Amhara (Abisinia). (*Nota de la edición española.*)

Pero me aseguraron que desde el día en que, por intrigas de la reina madre, fueron asesinados varios portugueses, y arrojados otros del territorio, en unión del patriarca, un jesuíta que aquéllos habían llevado allí desde Goa, los católicos no estaban muy seguros en el país, hasta el punto de que a un pobre capuchino acababan de cortarle la cabeza, en Suaken, por haber pretendido entrar en el territorio. Se me dijo también que corría menos peligro *haciéndome pasar* por griego o por armenio, y que si el rey comprendía que podía serle útil en algo me concedería algunas tierras. Estas tierras podría hacerlas cultivar por esclavos, en el caso de poder comprarlos. Pero los que así me informaban añadieron que, infaliblemente, se me obligaría a casarme en el acto, como le había ocurrido, hacía poco tiempo, a cierto religioso que penetró en el reino fingiéndose médico griego. Finalmente, me aseguraron que no podría nunca salir del país.

Esas consideraciones, y algunas otras que expondré más adelante, me hicieron cambiar de propósito. Embarqué en un navío indio, pasé el Estrecho, y al cabo de veintidós días de navegación llegué al puerto de Surata, en el Indostán, Imperio del Gran Mogol. Allí supe que el rey se llamaba Chah-Jehan, que significa *Rey del Mundo*, y que, según los historiadores, era hijo de Jehan-Guire, que quiere decir *Conquistador del Mundo*, y nieto de Ekbar, que nosotros diríamos el *Grande*. Y así, remontándose a Monmayus, o el *Afortunado*, padre de Ekbar, y a sus antecesores, era el décimo descendiente de aquel Timur Lengue (que quiere decir *Señor* o *Príncipe cojo*), y que por altera-

ción o deformación del nombre llamamos comúnmente Tamerlán, tan célebre por sus conquistas. Este se casó con una parienta consanguínea, hija única del príncipe de los pueblos de la Gran Tartaria, llamados mogoles, que dejaron y transmitieron su nombre a los extranjeros que rigen actualmente el Indostán.

Porque los que alcanzan cargos y dignidades, y hasta los que pertenecen a la milicia, no son todos de la raza de los mogoles y sí extranjeros, gentes oriundas de todos los países. Hay muchos persas y bastantes árabes y turcos. En la actualidad, para ser considerado mogol, basta con ser extraño al país, de raza blanca, y mahometano, distinguiéndose de los indios, que son de color cetrino, y de los cristianos europeos, llamados *franguis*.

Supe también a mi llegada que aquel *Rey del Mundo*, Chah-Jehan, de más de setenta años, tenía cuatro hijos y dos hijas y que algunos años antes había nombrado a los primeros virreyes o gobernadores de sus cuatro provincias o reinos más importantes.

Hacía cerca de un año que había sufrido una enfermedad grave, no creyendo nadie en el reino que pudiese el viejo rey recobrar la salud. Tal circunstancia originó una rivalidad entre los cuatro hijos de Chah-Jehan, pues todos aspiraban a regir el Imperio. Ello fué causa de una guerra que duró cinco años y que me propongo narrar en esta obra. Fuí testigo de los principales acontecimientos por haber permanecido ocho años en la corte. El destino, por un lado, y mi menguada fortuna, después de diversos encuentros con salteadores de caminos, y de los gastos naturales

La razón de dar tales denominaciones a los príncipes y princesas, y no títulos de señoríos o de feudos o comarcas, como se hace en Europa, consiste en que, siendo todo eso propiedad del rey, no hay marquesados, condados, ni ducados que puedan ostentar los grandes señores. Sólo existen *concesiones*, en *terreno* o en *dinero*, que el rey otorga, aumenta, cercena y confisca a su capricho. A esto mismo se debe el que los *omerahs* o grandes señores sólo tengan esa suerte de apelativos. Los hay, por ejemplo, que se llaman Raz - Andaze - Kan, Bare - Andaze - Kan, Dianetkan, Danechmend-Kan y Fazel-Kan: *Lanzador del Trueno*, *Lanzador del Rayo*, *Señor Fiel*, *El Sabio*, *El Perfecto*, y así por el estilo.

No faltaban al príncipe Dara buenas cualidades. Era cortés, afable en la conversación, sutil en el juicio y muy liberal. Pero tenía demasiada vanidad, creyéndose el único hombre *capaz de todo*. No podía admitir que hubiese una persona en condiciones de darle un consejo. Hasta hablaba con bastante indiscreción de las personas que le exponían su parecer, de suerte que, hasta sus mismos favoritos, temían aventurarse a descubrirle las intrigas de los otros tres príncipes, sus hermanos. Además, era muy irritable, amenazaba a todo el mundo, y llegaba al extremo de injuriar incluso a los más grandes señores de la corte; pero todo esto duraba poco, como fuego de artificio. Aunque era mahometano, y en público, en las ceremonias o ejercicios ordinarios o rituales de la religión, aparentaba serlo, en las relaciones particulares era gentil (idólatra) con los gentiles, cristiano con los cristianos. Se hallaba

*de una de las siete de su gran corte, y se le llama
Munir (el gran sabio) en Persia. En su casa, también
de saber que que sus plebees y esclavos*

siempre rodeado de *pendents* o doctores, a quienes concedía *pensiones* muy considerables y que, según el decir de las gentes, le habían imbuído creencias contrarias a la religión del país. De esto hablaré más adelante, al tratar de la religión de las Indias. Desde hacía algún tiempo complacíase en oír las pláticas del R. P. Buzée, jesuíta. Sin embargo, había quien afirmaba que Dara, en el fondo, no tenía religión, que sólo le movía la curiosidad, que hacía aquello por distracción o pasatiempo. Aseguraban otros que era la suya una *táctica política*, para congraciarse con los cristianos, que figuraban en gran número en sus tropas de artillería y, sobre todo, para granjearse las simpatías de los *rajahs* o soberanos gentiles, tributarios del Imperio, y tenerles a su disposición cuando fuera menester. Como quiera que fuese, los asuntos del Estado no adelantaron mucho por eso, sino todo lo contrario. Como se verá en el curso de esta historia, el pretexto de que se sirvió Aureng-Zebe para hacerle decapitar después fué el de que «se había hecho *Kafer*», o sea infiel, sin religión, idólatra.

Sultán-Sujah tenía un carácter algo parecido al de Dara, pero era más circunspecto, reservado y más hábil para dirigir una intriga. Procuraba secretamente crearse amistades a fuerza de obsequios y agasajos a los grandes *omerahs* y, sobre todo, a los más poderosos *rajahs*, como Jessonsseingue y algunos otros. Era muy sensual, excediéndose en sus placeres, y tenía un número extraordinario de concubinas. Una vez entre ellas lo olvidaba todo y pasaba los días y las noches de orgía, bebiendo, cantando y danzando. Las regalaba ricas

preseas y aumentaba o reducía sus *pensiones* caprichosamente. No se congraciaba con él quien le aconsejaba que se morigerase. Y los asuntos del Estado no podían marchar bien, con gran descontento de las gentes.

Sultán-Sujah adoptó la religión de los persas, mientras su padre y sus hermanos profesaban la de los turcos. El mahometismo está dividido en varias sectas, lo que justifica los dos versos del famoso Cheik-Sady, autor del «Goulistán»:

«Soy un derviche bebedor: parezco no tener religión y soy conocido de las setenta y dos sectas.»

Pero entre ellas hay dos principales cuyos partidarios son enemigos acérrimos. La primera es la de los turcos, llamados por los persas *osmanlís*, o sea partidarios de Osmán, a quien consideran el verdadero, el legítimo sucesor de Mahoma, el gran Califa, o Soberano pontífice, único a quien correspondía la interpretación del Corán y la facultad de resolver las dificultades que se hallasen en la Ley. La segunda es la de los persas, a quienes los turcos llaman *chías*, *rafezys* y *Ali-merdans*, términos que quieren decir sectarios, heréticos, partidarios de Alí, pues creen, frente a los turcos, que aquella sucesión y autoridad pontifical correspondía a Alí, yerno de Mahoma. Sultán-Sujah era adepto de esta última secta. Todos los persas son *chías*, los hombres más poderosos de la Corte del Mogol, desempeñando también las funciones más importantes del reino. Sultán-Sujah esperaba que podría contar con ellos en cualquier ocasión propicia.

Aureng-Zebe no tenía esas cualidades de espíritu

ni la sorprendente mundanidad de Dara. Parecía más juicioso, más prudente, pero sabía, sobre todo, conocer a los que le rodeaban, elegir las personas que podían serle útiles, premiando discretamente sus servicios con la mayor liberalidad. Era disimulado, astuto, hasta el extremo de que durante mucho tiempo hizo como profesión de ser *fakir*, es decir, *pobre, derviche*, o *devoto* que ha renunciado al mundo, fingiendo no tener ninguna aspiración a la Corona y que su deseo era únicamente pasar su vida en la oración. Pero, en realidad, urdía intrigas cortesanas, especialmente cuando fué nombrado virrey del Decán. Mas lo hacía con tanta astucia que nadie podía percatarse de ello. Procuraba estar en buena armonía con su padre, Chan-Jehan. Este sentía predilección por Dara, pero no podía ocultar su afecto a Aureng-Zebe ni que le juzgaba capacitado para reinar. Esto causaba celos a Dara, quien no podía evitar el decir algunas veces, especialmente a sus amigos: «De todos mis hermanos no temo más que a ese *nemazi*», término que quiere decir *beato, santurrón*.

Morad-Bakche, el menor de los cuatro hermanos, era también el menos inteligente y juicioso. No pensaba más que en divertirse. Beber, ir de caza y tirar al blanco eran sus ocupaciones favoritas.

No obstante, tenía algunas buenas cualidades. Era muy modesto y liberal. Vanagloriábase de no ser hipócrita, despreciaba las intrigas palatinas y decía que no esperaba nada más que de su brazo y de su espada. Era, en efecto, muy valeroso, y si hubiese tenido una conducta más ordenada hubiera triunfado de sus her-

manos y llegado a ser rey del Indostán, como veremos más adelante.

En cuanto a las hijas del rey Chah-Jehan, Begum-Saheb ¹era muy bella e inteligente. Su padre la idolatraba. Hasta se decía que ese amor del padre llegaba a un extremo que es difícil imaginar, y que él se *excusaba* de ello diciendo que, según el dictamen de sus *mullahs* o doctores de la Ley, «Está permitido a un hombre comer el fruto de un árbol que él mismo ha plantado.» Tenía el rey tanta confianza en su hija que le había confiado la misión de velar por su seguridad y vigilar lo que se servía en la mesa. Por su parte, Begum-Saheb sabía *persuadir* a su padre y hasta en los asuntos de Estado más importantes le hacía inclinarse del lado que a ella le convenía. Era riquísima por las *pensiones* que disfrutaba y los dones que recibía de todas partes por su intervención en los asuntos del país; pero gastaba buena parte de sus rentas, por ser muy liberal y generosa. Sentía un gran afecto por su hermano Dara y se afilió a su partido, declarándose abiertamente en su favor, lo que contribuyó no poco al éxito de los asuntos del príncipe y evitó la ruptura con su padre. Sin embargo, no se debía eso, como creía el pueblo, al hecho de ser ambos los hijos primogénitos del rey. Dara había prometido a su hermana que en cuanto él fuese rey la casaría, cosa absolutamente extraordinaria y que no se ve casi nunca en el Indostán. Como quiera que el esposo de una princesa tiene que ser muy poderoso habría siempre lugar a la sospecha de que tuviera alguna pretensión a la Corona. Además, los reyes tienen un concepto tal de su rea-

W. H. Murray, The History of the Moghul Empire

leza que no creen que pueda hallarse un partido digno de sus hijas.

No temo decir aquí breves palabras acerca de algunas aventuras amorosas de esa princesa reclusa en un serrallo y vigilada como las demás mujeres; y no me importa que se diga que preparo materia para algún novelista picaresco, pues esas aventuras orientales no son regocijadas como las nuestras, que sólo contienen peripecias galantes y cómicas; aquéllas tienen siempre un desenlace terrible y funesto. Se dice que la referida princesa halló el medio de que penetrase en el serrallo un joven que no era de elevada posición, pero sí apuesto y guapo. Entre tantas odaliscas celosas y envidiosas como había en el harén, la aventura no podía quedar en el misterio. El rey Chah-Jehan fué prevenido de ello y decidió sorprender a su hija y al *intruso*, con el pretexto de visitarla. Al ver llegar inopinadamente al rey, la primera sólo tuvo tiempo para ocultar al desventurado galán en una gran caldera del cuarto de baño, lo que no pudo hacerse sin que el rey sospechase. No obstante, en los primeros momentos no dijo nada a su hija. Permaneció con ella largo rato, como de ordinario, y por fin le dijo que la hallaba poco aseada, que debía lavarse y bañarse con más frecuencia. Y diciendo esto ordenó que se encendiese en el acto la caldera del baño. El rey no quiso marcharse de allí hasta que los eunucos le hicieron comprender que el desventurado mancebo había obtenido *pasaporte* para el otro mundo.

La princesa tomó algún tiempo después a su servicio, como *kanesaman* o intendente a un persa lla-

mado Nazerkan. Era un joven *omera*^h, el más apuesto y gentil de toda la corte, y hombre de tanto corazón como ambición. Se hacía querer de todo el mundo, hasta el punto de que Chah-Heftkan, tío de Aureng-Zebe, propuso casarlo con la princesa; pero Chah-Jehan acogió muy mal su proposición. Es más, enterado de ciertas intrigas, resolvió *deshacerse* de Nazerkan, lo que no tardó en poner en práctica. Como haciéndole un honor, el rey le ofreció un *betle*, que Nazerkan comenzó a masticar, según la costumbre del país. El betle (1) es un preparado de hojas aromáticas y un poco de cal de conchas marinas, que da a la boca y a los labios un tinte acarminado y hace el aliento dulce y agradable. El joven Nazerkan no podía pensar que se le envenenaría. Salió muy contento de palacio y subió a su *paleky* (vehículo indio). Pero la droga era tan ponzoñosa que el joven murió antes de llegar a su casa.

La princesa Runchenara-Begum no era tan hermosa y espiritual como su hermana Begum-Saheb, pero sí tan alegre y amante del placer como ésta. Se interesó vivamente por la causa de Aureng-Zebe y, por consiguiente, se declaró enemiga de Begum-Saheb y de

(1) *Betle* es lo mismo que *betel*, masticatorio y digestivo que singularmente preparan los indios y malayos, por cuanto sobre ser un alimento de ahorro, aromatiza el aliento. En las hojas del pimentero betel (*Piper bettle*) se envuelven trocitos de la nuez de arec (la semilla de la palmera *Areca catechu*, del Asia y Oceanía tropicales) y fragmentos de cal (y aun a veces gambir, *Uncaria gambir*). En esta droga, la hoja de betel, como la de todos los pimenteros, aporta el elemento activo y estimulante; la cal es el cáustico que activando la secreción salival, mantiene la frescura de la boca; la nuez de arec, por su riqueza en tanino, tonifica el intestino y, en general, el organismo. (Nota de la edición española.)

Véase también Bougainville. *Viaje alrededor del mundo*, tom. II, editado por Calpe.

Dara. No era esta princesa muy rica, ni tomaba parte activa en los asuntos de Estado. Pero como quiera que estaba en el serrallo y no le faltaba perspicacia y agudeza, descubría muchas cosas de importancia, que comunicaba secretamente a Aureng-Zebe.

El viejo rey Chah-Jehan, viendo el espectáculo que ofrecían sus cuatro hijos, pretendientes todos al Trono y rivales unos de otros, se hallaba muy perplejo acerca de lo que debía hacer, temiendo por su propia persona y como previendo lo que había de ocurrirle después. No era tarea fácil encerrar a sus cuatro hijos en Gualleor, fortaleza que sirve de prisión a los príncipes y que se considera inexpugnable por hallarse situada sobre una roca inaccesible y poder sostener una fuerte guarnición. El rey Chah pensaba que sus hijos eran ya demasiado fuertes y poderosos por sí mismos; pero no podía, sin menoscabo de su realeza, alejarlos de la corte, como no fuese confiándoles algún gobierno u otro puesto digno de su rango. Mas temía que los príncipes se insubordinasen o se rebelaran, convirtiéndose en reyezuelos independientes, como lo hicieron, en efecto, después. Sin embargo, temiendo que acabaran por degollarse en su misma presencia si seguían en la corte, decidióse a alejarlos de ella. Envioó a Sultán-Sujah al reino de Bengala, a Aureng-Zebe al Decán, a Morad-Bakche a Guzarata y a Dara le confió el gobierno de Caboul y Multán. Los tres primeros se marcharon muy contentos a sus *insulas*, y allí hacían de soberanos, disfrutando de todas las rentas del país y sosteniendo numerosas tropas para atemorizar a sus súbditos y a los pueblos vecinos. En cuanto a Dara,

por ser el hijo primogénito y heredero de la Corona, no se separó nunca de la corte. Tal parecía ser la intención de Chah-Jehan y así se lo había manifestado a Dara. El viejo rey permitía ya que el joven fuese a modo de un segundo monarca, que tuviese una especie de trono, colocado bajo el suyo, entre los *omerahs* o grandes dignatarios; de suerte que había casi dos reyes. Pero como es muy difícil que dos poderes soberanos armonicen, Chah-Jehan tenía siempre algún recelo, a pesar de que Dara le manifestaba un profundo y filial afecto. Chah-Jehan no dejaba de temer algo. Y como creía a Aureng-Zebe más apto que ninguno de sus hermanos para regir el Estado, decíase que sostenía correspondencia con él.

A comienzo de esta obra he creído conveniente dar esos detalles acerca de los cuatro príncipes y de su padre, pues esto es necesario para inteligencia de lo que voy a referir. También he creído que no debía olvidar a las dos princesas, pues ellas han representado dos de los más importantes papeles en la tragedia que he de relatar. En las Indias —como en Constantinopla y en otros sitios— las mujeres intervienen a menudo en los asuntos más graves y hasta dan origen a ellos. Por lo general no se tiene esto en cuenta y se cansa uno inútilmente buscando otras causas a los sucesos. Para mayor claridad de esta historia es preciso explicar lo ocurrido algún tiempo antes de la Revolución, entre Aureng-Zebe, el rey de Golconda y su visir, el emir Jemla, pues esto permitirá conocer el carácter y el genio de Aureng-Zebe, que ha de ser el héroe de esta tragedia y el rey de las Indias. Veamos de qué

modo el emir Jemla comenzó a asentar los primeros fundamentos de la realeza de Aureng-Zebe.

Cuando Aureng-Zebe estaba en el Decán tenía el rey de Golconda por visir y general de sus tropas al referido emir Jemla, persa de nacionalidad y hombre muy famoso en las Indias. No era de noble prosapia, pero sí hombre de elevado espíritu y gran capitán. Había acumulado grandes tesoros, no sólo en el manejo de los negocios de aquel maravilloso país de Golconda, sino también con el tráfico de sus navíos y con las minas de diamantes. Todas esas minas eran suyas, aunque aparecían como de diversos propietarios, pues los nombres de éstos eran ficticios. Hacía trabajar en ellas con una actividad extraordinaria. En todas las Indias no se hablaba más que de las riquezas del emir Jemla y de la cantidad de sus diamantes, que únicamente podían contarse por sacos.

Además se había hecho muy poderoso, sosteniendo, independientemente del ejército del rey, numerosas y muy buenas tropas, de las que podía disponer para sí, y especialmente de una excelente artillería, mandada por numerosos *franguis* o cristianos. En una palabra, llegó a ser tan rico y poderoso, sobre todo después de haber conseguido invadir el reino de Karmates y saquear todos los antiguos templos de ídolos de aquel país, que el rey de Golconda sintió celos y se decidió a jugarle una mala partida, tanto más, cuando que no podía sufrir ya lo que se le refería de él. Le habían insinuado que el emir Jemla había tenido demasiada familiaridad con la reina, madre del rey, que conservaba aun su hermosura. Sin embargo, el rey de Golconda no

daba a conocer a nadie su propósito esperando resignadamente que el emir fuese a la corte, pues estaba todavía en Karmates, con su ejército. Pero cierto día en que le dieron noticias más detalladas de lo ocurrido entre su madre y el visir Jemla, no pudo disimular más, y lleno de cólera prorrumpió en injurias y amenazas, de lo cual fué advertido en seguida el emir, quien tenía en la corte muchos amigos y parientes que ocupaban los mejores cargos. También la madre del rey tuvo muy pronto noticias de lo ocurrido. El emir se vió obligado a escribir sin tardanza a su hijo único, Mahmet-Emir-Kan, que se hallaba en la corte, ordenándole que hiciese en seguida todo lo posible para retirarse con cualquier pretexto; el de ir de cacería, por ejemplo. Mahmet-Emir-Kan no dejó de intentar varios medios para cumplir la orden paterna; pero como el rey le tenía muy vigilado no pudo el joven conseguir su propósito. Esto causó gran disgusto al emir, induciéndole a tomar una resolución verdaderamente extraña y que puso al rey en grave peligro de perder, no sólo su corona, sino su vida también; tan verdad es que quien no sabe disimular, no sabe reinar. El emir escribió a Aureng-Zebe, que se hallaba entonces en Daulet-Abad, capital del Decán, a unas 15 o 16 jornadas de Golconda, haciéndole comprender que el rey de esta ciudad quería perderle a él y a su familia, a pesar de los grandes servicios que le había prestado, como era notorio en todo el reino, por lo cual cometía el rey de Golconda una injusticia inaudita y daba pruebas de la más páfida ingratitud. Añadía el emir en su carta que el caso le obligaba a recurrir a él para rogarle que le

protegiese en tal trance. Y si Aureng-Zebe quería seguir su consejo, confiara en él: él dispondría las cosas de manera que el rey y el reino estarían en su poder muy en breve. Para el emir era sencillísima la cosa. «No tenéis —decía a Aureng-Zebe— más que poneros al frente de cuatro o cinco mil jinetes de los mejores de vuestro ejército y avanzar a marchas forzadas en dirección de Golconda. Por el camino haréis correr el rumor de que se trata de un embajador del rey Chah-Jehan que va a tratar asuntos importantes con el rey en Bagnaguer. El *chabir*, que es el personaje a quien hay que dirigirse primeramente para comunicar al rey alguna cosa, es un aliado mío, hombre de mi absoluta confianza. No debéis preocuparos sino de caminar rápidamente. Yo obraré de manera que, sin que seáis reconocido, lleguéis a las puertas de Bagnaguer. Y cuando el rey salga para recibir las cartas credenciales, según costumbre, os será fácil apoderaros de él y luego de toda su familia, y hacer entonces lo que os plazca. Esto no es difícil, porque su residencia de Bagnaguer no tiene murallas, ni fosos, ni fortificaciones.» El emir terminaba su misión diciendo a Aureng-Zebe que él costearía los gastos de tal empresa, ofreciéndole cincuenta mil *rupias* diarias —unos veinticinco mil escudos—. Aureng-Zebe, que no esperaba más que una ocasión semejante, no podía desaprovechar la que se le ofrecía. Inmediatamente se puso en camino y condujo tan felizmente su empresa que llegó a Bagnaguer sin ser reconocido más que por embajador de Chah-Jehan. Prevenido el rey de Golconda de la llegada del supuesto embajador, salió de su aposento para dirigirse

al jardín, según costumbre, y recibirle dignamente. El rey había caído en el *lazo* tendido por su enemigo. Con arreglo al plan proyectado, diez o doce esclavos *gurgis* iban a lanzarse sobre el rey para apoderarse de su persona, cuando un *omerah*, que era de los conjurados del emir, se sintió impresionado y no pudo menos de decir bruscamente al rey: —«¿No ve vuestra majestad a Aureng-Zebe, allá, en aquella altura? Vuestra majestad es víctima de una perfidia.»

El rey, muy asustado, saltó sobre el primer caballo que halló a mano, y a galope tendido fué a refugiarse en la fortaleza de Golconda, situada a una legua escasa de allí.

Aureng-Zebe no se asombró de ello. Y como sabía muy bien que el emir no llegaría con su ejército, se apoderó de la real mansión y de todas las cosas de valor que en ella había. Pero *expidió* al rey todas sus mujeres —pues en las Indias se observa esto religiosamente— y emprendió la marcha para sitiar la fortaleza en que se había refugiado. Sin embargo, el sitio se prolongó demasiado y duraba ya más de dos meses, cuando recibió orden de Chah-Jehan de abandonar el asedio de aquélla y retirarse al Decán; de suerte que aun cuando la plaza corriese grave peligro por falta de víveres y de municiones, se vió obligado a abandonar su empresa. Sabía muy bien que eran Dara y Begun quienes habían inducido a Chah-Jehan a dar tales órdenes. Sin embargo, no manifestó ningún resentimiento, diciendo únicamente que era preciso obedecer las órdenes de Chah-Jehan. Mas no se retiró sin hacerse pagar bien los *gastos de su viaje*. Casó a su hijo, Sultán-Mah-

moud, con la hija mayor del rey, mediante la promesa de que él le haría su sucesor, y dando a su hija como dote la fortaleza y aledaños de Ram-Guire. Además obtuvo del rey que toda moneda de plata que se hiciese desde entonces en el reino llevaría en un lado la efigie de Chah-Jehan y que el emir Jemla se retiraría con toda su familia, sus bienes y sus tropas.

Esos dos grandes hombres no estuvieron mucho tiempo juntos sin idear grandes proyectos.

Durante la marcha sitiaron y tomaron la plaza de Bider, una de las más fuertes e importantes del Visapur. Luego se dirigieron a Daulet-Abad, donde llegaron a intimar tanto que Aureng-Zebe no podía vivir sin ver al emir dos veces al día, ni el emir sin ver a Aureng-Zebe. Su amistad comenzó a imprimir nuevo giro a las cosas y fué el origen de la realeza de Aureng-Zebe.

El emir, después de haber tenido la habilidad de hacerse llamar muchas veces, marchó con ricos presentes a Agra, en busca del rey Chah-Jehan, para ofrecerle sus servicios e inducirle a declarar la guerra al rey de Golconda, al de Visapur y a los portugueses. Pero antes de nada le presentó un soberbio diamante, considerado sin igual en el mundo, dando a entender al rey que las piedras de Golconda eran muy distintas de las rocas de Kandahar en que él pensaba por entonces. Según el emir, había que hacer la guerra por aquel lado y apoderarse de aquellos territorios, hasta el cabo de Comorí.

Chah-Jehan, fuese por estar deslumbrado por los diamantes del emir, fuese por considerar conveniente el tener un ejército en campaña —como algunos creen

más verosímil— para intimidar un poco a Dara, a quien veía hacerse cada vez más fuerte estando a su lado, y que se había permitido tratar con insolencia al visir Sa-dullah-kan, a quien Chah-Jehan profesaba entrañable afecto, considerándole el más grande hombre de Estado que hubo en las Indias (lo que no fué óbice para que le envenenase después, porque el visir parecía no ser de su partido y sentir inclinación por Sultán-Sujah), bien por considerarle demasiado poderoso y en condiciones de ser el árbitro de la corona si él, Chah-Jehan, llegaba a faltar; bien porque, no siendo el emir persa, ni oriundo de Persia, sino indio, no faltaban envidiosos que hacían correr la voz de que sostenía numerosas tropas de *patans* en diversos lugares, tropas muy bien pagadas y dispuestas para el combate, con el propósito de hacerse proclamar rey, de elevar al trono a su hijo, o, por lo menos, de arrojar a los mogoles y poner en el trono a un *patán* (1) nacionalidad que era la de su mujer, el caso es que Chah-Jehan se decidió a enviar un ejército al Decán, mandado por el emir Jemla.

Dara, que comprendía la importancia del asunto y que el hecho de enviar tropas a aquel lugar era dar fuerzas a Aureng-Zebe, se opuso tenazmente, haciendo todo lo posible por impedirlo. Sin embargo, cuando vió que Chah-Jehan se obstinaba en ello, tuvo que acceder. Pero fué a condición de que Aureng-Zebe permaneciera en Daulet-Abad como gobernador del país únicamente, sin inmiscuirse en los asuntos de la guerra ni pretender el mando del ejército. El emir sería gene-

(1) Naturales de la actual región india conferada Rajputana, casi en las fronteras del gobierno de Bombay. (Nota de la edición española.)

ral en jefe, pero como prenda de su fidelidad dejaría en la corte a toda su familia. Al emir le costó mucho trabajo aceptar esta condición; mas como Chah-Jehan le suplicaba que diese esa satisfacción a Dara, prometiéndole al mismo tiempo que en breve plazo le enviaría su mujer y sus hijos, se decidió al fin, marchando al Decán en busca de Aureng-Zebe, con un poderoso ejército. No tardó en entrar en el Visapur, donde comenzó el asedio de una plaza fuerte llamada Kalia.

Los asuntos del Indostán se hallaban poco más o menos como acabo de decir, cuando Chah-Jehan cayó gravemente enfermo. No hablaré aquí de la enfermedad ni de sus particularidades. Diré sólo que era poco conveniente y natural en un anciano de setenta años, que debía pensar más en conservar sus fuerzas que en arruinarlas, como lo hacía.

La enfermedad del rey causó gran alarma en el Indostán.

Dara organizó entonces fuertes ejércitos en Delhi y en Agra, capitales del reino; Sultán-Sujah hizo lo mismo en Bengala; Aureng-Zebe, en el Decán, y Morad-Bakche, en Guzarate. Los cuatro hermanos agruparon en torno suyo a sus leales; los cuatro conspiraban al mismo tiempo, sosteniendo correspondencia secreta con sus partidarios, haciéndoles las más seductoras promesas. Dara logró apoderarse de algunas de sus cartas y las enseñó a Chah-Jehan. Su hermana Begun no dejó de aprovechar aquella ocasión para excitar al rey contra ellos. Pero Chah-Jehan desconfiaba de Dara y, temiendo ser envenenado, ordenó que se vigilase mucho lo que se le servía en las comidas. Se dice que llegó

incluso a escribir a Aureng-Zebe, y que Dara, al saberlo no pudo menos de encolerizarse y lanzar las más graves amenazas contra aquél. Chah-Jean seguía enfermo de tal gravedad que se extendió por todo el reino la noticia de que había muerto. La corte quedó desolada, la alarma cundió por la capital, los mercaderes cerraron sus bazares durante varios días, mientras que los cuatro hijos del rey hacían públicamente grandes *preparativos*, cada uno por su parte. A decir verdad, se preparaban para la guerra, no sin razón, pues todos sabían que no había que perder tiempo, ni esperar cuartel; que era preciso vencer o morir, ser rey o perderse, y que el que triunfase se *desharía* de los demás, como en otro tiempo hizo su padre, Chah-Jehan, con sus hermanos.

Sultán-Sujah, que había acumulado grandes riquezas en aquel rico país de Bengala, arruinando a algunos de los *rajahs* (1) y grandes propietarios, fué el primero que entró en campaña con un fuerte ejército. Por la confianza que tenía en todos los *omerahs* persas, de cuya secta religiosa era adepto, avanzó audazmente hacia Agra, afirmando públicamente que Chah-Jehan no existía ya, que Dara le había envenenado, que él quería vengar la muerte de su padre y, en suma, que quería ser rey. Dara hizo que Chah-Jehan mismo escribiese a Sultán-Sujah prohibiéndole avanzar más, asegurándole que su enfermedad no tenía importancia y que se sentía mucho mejor. Pero como quiera que Sultán-Sujah tenía amigos en la corte y ellos le aseguraban que la

(1) El *rajah* era un príncipe o jefe en el estado tribal de la India. (*Nota de la edición española*)

enfermedad de Chah-Jehan era mortal, él seguía avanzando, y afirmaba siempre que el rey había muerto; pero que si vivía deseaba verle, deseaba besarle los pies y recibir sus órdenes.

Aureng-Zebe, por su parte, se puso también en campaña, por la región del Decán, disponiéndose a marchar hacia Agra. Halló la misma oposición por parte de Chah-Jehan y en cuanto a Dara, le amenazó, pero él supo disimular, por la misma razón que Sultán-Sujah, y dió una respuesta análoga. Viendo que sus recursos y sus tropas no eran muy abundantes, se le ocurrieron dos *estratagemas* que tuvieron excelente éxito. Primeramente escribió a Morad-Bakche una carta en la que le decía que siempre había sido el hermano de su predilección; que no aspiraba a la realeza; que, como él sabía y podía recordar, toda su vida había hecho profesión de *fakir*; pero que Dara era un hombre incapaz de regir un reino y además, un *kafer*, un idólatra odiado por todos los grandes *omerahs*. Añadía que Sultán-Sujah era un *rafezi*, un herético, enemigo, por consiguiente, del Indostán e indigno de la Corona. En una palabra, sólo él, Morad-Bakche, podía razonablemente aspirar a ella. Según él, se le esperaba en la corte, que estaba en favor suyo, por conocer su valor. Si le prometía que al llegar al trono le permitiría vivir tranquilamente en algún rincón de su reino, consagrado a la oración por el resto de sus días, estaba decidido a unirse a él, a ayudarle con su consejo, con sus amigos y con todas sus tropas, para combatir a Dara y a Sultán-Sujah. Entre tanto le enviaba cien mil rupias, rogándole que las aceptase como prueba de

afecto, y terminaba aconsejándole que se apoderase cuanto antes del Castillo de Surata, donde sabía él que estaba guardado aún todo el tesoro del país. Morad-Bakche, que no era muy rico ni poderoso en el sentido de disponer de grandes fuerzas, recibió con júbilo la proposición y las cien mil rupias de Aureng-Zebe, enseñando la carta a todo el mundo. Creía de esta manera inducir a los jóvenes a tomar las armas en favor suyo y que los grandes mercaderes le prestarían gustosos el dinero que él les pedía de un modo violento. Hizo muchas promesas tentadoras a todos los que podían servirle, y se las arregló de tal manera que formó un ejército de bastante importancia, del cual destacó unos tres mil hombres que, mandados por Chah-Abas, eunuco, pero hombre de probado valor, fueron a sitiar el Castillo de Surata.

Aureng-Zebe hizo que su hijo mayor, Sultán-Mahmoud —a quien había casado con la hija del rey de Golconda— fuese a ver al emir Jemla, ocupado todavía en el sitio de Kaliana, para explicarle la conveniencia de que fuera a visitarle a Daulet-Abad (1), pues tenía que comunicarle noticias de la mayor importancia. El emir sospechó de lo que se trataba y se excusó, diciendo francamente que el rey Chah-Jean no había muerto, que lo sabía con certeza y que, además de eso, teniendo Dara a toda su familia como en rehenes, en Agra, no podía de ninguna manera ayudar a Aureng-Zebe. Sultán-Mahmoud volvió a Daulet-Abad muy descontento del emir. Pero Aureng-Zebe no se arre-

(1) Hoy Daulatabad al N. W. del estado de Hyderabad en el Decán central.
(Nota de la edición española.)

dró por eso. Hizo que otro de sus hijos, Sultán-Mazun, fuese a ver al emir. El joven trató a éste con tanta habilidad y afecto, que el emir no pudo negarse. Entonces hizo más estrecho el asedio de Kaliana, obligó a los sitiados a rendirse, y después de elegir los mejores hombres de su ejército se dirigió a Daulet-Abad, acompañado de Sultán-Mazun. A su llegada, Aureng-Zebe le recibió con el mayor cariño, tratándole nada menos que de «Baba» y «Babagi», de «padre» y «Señor padre». Y después de haberle besado cien veces, le dijo —según he podido saber por personas que están enteradas— que estando su familia en poder de Dara no era justo que él se aventurase a hacer en su favor algo que pudiera saberse y perjudicarle, pero que todo podía arreglarse. «Permitidme —dijo Aureng-Zebe— que os proponga algo que acaso os sorprenda al principio. Puesto que teméis por vuestra mujer y vuestros hijos, que están como en rehenes, el mejor medio de velar por su seguridad consistiría en que os allanáseis a que yo fingiese apoderarme de vuestra persona y encarcelaros. Evidentemente, todo el mundo creería que el encarcelamiento era una cosa formal. ¿Quién podría pensar que un hombre como vos iba a dejarse encarcelar mansamente? Entre tanto, yo podría servirme de una parte de vuestras tropas, especialmente de la artillería. Podríais también anticiparme alguna suma de dinero, como tantas veces me habéis ofrecido, y de este modo creo que podría acometer la empresa. Ambos nos pondríamos de acuerdo, para ver la manera como debo realizarla. Si permitis que os haga conducir a la fortaleza de Daulet-Abad —donde seréis el amo y es-

taréis acompañado por mi propio hijo Sultán-Mazun, o por Sultan-Mahmoud—, el asunto tendrá verdadero éxito. No creo que Dara pudiese de esta manera quejarse de vos, ni concibo cómo podría razonablemente maltratar a vuestra esposa y a vuestros hijos.» Sea a causa de la amistad que había jurado a Aureng-Zebe, por las tentadoras promesas que él la hacía, o por el recelo de tener a su lado a Sultán-Mazun, que se hallaba en el aposento, pensativo y bien armado, y a Sultan-Mahmoud, que parecía muy descontento por haber accedido al deseo de su hermano de que le acompañase, mientras que a él le había desairado, y hasta había tenido la avilantez de levantar el pie, cuando él entró, como para darle un golpe, accedió a todo lo que quiso Aureng-Zebe. Apenas se retiró éste apareció el jefe de sus tropas, y aproximándose airadamente al emir, le ordenó que le siguiese. Después le encerró en una habitación, dejándole bien custodiado. En cuanto se extendió la noticia de la detención de Jemla suscitóse un gran tumulto. Las tropas del emir, muy asombradas en el primer momento, creyeron un deber libertarle, y espada en mano se dirigieron al encierro de su jefe, decididos a apoderarse de los guardianes y romper las puertas de su prisión. Esto no era difícil, pues Aureng-Zebe no había reunido tropas suficientes para una empresa tan atrevida, y el solo nombre del emir hacía temblar a las gentes. Mas como todo era una *estratagema*, el tumulto cesó, gracias a unas palabras *discretas* dichas a los Oficiales de la Guardia del Emir, a la presencia de Aureng-Zebe, que se hallaba conversando con sus dos hijos, y, en fin, a las promesas y

obsequios con que se halagó a aquéllos. Las tropas del emir y la mayor parte de las de Chah-Jehan, sin saber de lo que se trataba, sin general que las mandase, creyendo muerto a éste o enfermo de suma gravedad, y considerando la promesa que se les hacía de aumentarles la soldada y darles en aquel mismo momento tres meses de adelanto, no tardaron en declararse a favor de Aureng-Zebe. Este, después de apoderarse de todo el equipaje del emir, de sus camellos y de sus tiendas, decidió acudir al asedio de Surata, para apresurar la rendición de la plaza. Morad-Bakche se hallaba allí muy contrariado. Tomaban parte en el asedio sus mejores tropas, pero encontraban más resistencia de la que él creyera. Ahora bien; después de algunos días de marcha supo Aureng-Zebe que el gobernador de Surata había entregado la plaza. Entonces envió un emisario para felicitar a Morad e informarle de todo lo sucedido con el emir Jemla. Además, le hacía saber que disponía de bastantes fuerzas y dinero, así como de numerosos partidarios en la corte. Se encaminaba directamente a Brampur y Agra y esperaba que lo antes posible fuese a reunirse con él en el camino.

Morad-Bakche no halló en la fortaleza de Surata tanto dinero como él se había imaginado, bien porque no se depositase realmente en ella tanto como se decía, bien porque el gobernador hubiese *distráido* una buena parte, como aseguraban algunos; pero el dinero que encontró no dejó de servirle para pagar a los soldados, a quienes sedujo la ilusión del botín de aquel gran tesoro de Surata. No es menos cierto que Morad no tenía gran motivo para vanagloriarse de la toma.

de aquella plaza, pues no habiendo en ella ninguna fortificación regular, sus tropas habían permanecido ante ella más de un mes, y no la hubiesen tomado nunca sin la ayuda de los holandeses, que les facilitaron el medio de hacer estallar una mina, que destruyó un gran trozo de la muralla y obligó a los sitiados a rendirse. La caída de aquella plaza favoreció mucho los propósitos de Morad-Bakche. Pronto se extendió por todo el país la noticia de que Morad había tomado Surata, que había hecho estallar minas —lo cual era para dejar atónitos a los indios, que nada sabían aún de ese arte— y que en la plaza encontró tesoros incalculables.

A pesar de todos esos primeros éxitos, de las cartas frecuentes y de las *tentadoras* promesas de Aureng-Zebe, el eunuco Chah-Abas, hombre muy juicioso, de gran corazón, y que sentía verdadero afecto por su señor, no creía que Morad-Bakche debiera ligarse tan estrechamente con Aureng-Zebe y apresurarse mucho para ir a reunirse con él. A su juicio, Morad debía dejarle avanzar sólo hacia Agra. Entretanto, llegarían noticias ciertas de la enfermedad de Chah-Jehan y podría ver el giro que tomaban los acontecimientos. Debía fortificar Surata, excelente posición que le haría dueño de un país muy extenso y rico; y, con el tiempo, acaso podría apoderarse de Brampur, punto estratégico muy importante y como la barrera del Decán. Pero las cartas y las súplicas continuas de Aureng-Zebe, unidas a la circunstancia de quedarle pocas fuerzas, especialmente de artillería, así como escaso dinero, y a la grande ambición de reinar que do-

minaba a Morad-Bakche, le hicieron prescindir de toda clase de consideraciones. Abandonó la ciudad de Amed-Abad, salió del Guzarate y, caminando a través de los bosques y las montañas, se dirigió al sitio donde Aureng-Zebe le esperaba desde hacía dos o tres días.

Se celebró con gran regocijo la reunión de los dos ejércitos. Los príncipes se visitaron. Aureng-Zebe se mostró muy cariñoso con Morad-Bakche, repitiéndole cien veces sus promesas. Protestó de nuevo solemnemente de que no tenía la menor aspiración a reinar. Si se hallaba allí, era para ayudarle contra Dara, su enemigo común, y elevarle a él al Trono. Después de esa entrevista y de tal confirmación de solidaridad entre ambos príncipes, los dos ejércitos se pusieron en marcha. Aureng-Zebe no cesaba en sus efusiones hacia Morad-Bakche, no tratándole nunca, en público y en privado, sino de hacer, de «rey» y de «majestad», de tal suerte, que Morad-Bakche llegó a persuadirse de que Aureng-Zebe obraba sinceramente y por un extremado afecto, sufriendo gustoso las mayores incomodidades y fatigas, en vez de recordar lo que acaeció en Golconda y considerar que quien se había aventurado tan audazmente para usurpar un trono, no podía vivir y morir como un *fakir*.

Las tropas así reunidas formaban un ejército considerable, lo que causó gran sensación en la corte y dió mucho que pensar, no sólo a Dara, sino al mismo Chah-Jehan, que conocía la entereza moral de Aureng-Zebe y el valor de Morad-Bakche, y que preveía que iba a estallar un incendio muy difícil de extinguir. En vano les escribe cartas, diciéndoles que está mejor, que

vuelva cada cual a su gobierno, que olvida todo lo pasado..... Aureng-Zebe y Morad-Bakche siguen avanzando. Como la enfermedad de Chah-Jehan se considera mortal y no faltan nunca gentes que previenen a los príncipes, ellos siguen disimulando, diciendo siempre —y acaso lo creían así—, que aquellas cartas estaban falsificadas por Dara, que Chah-Jehan había muerto, o estaba a punto de morir, y, en fin, que en el caso de que viviere, irán a besarle los pies y procurarían librarle de aquél.

¿Qué hará, pues, Chah-Jehan, ese rey desventurado, que ve cómo sus hijos no respetan sus órdenes; que recibe a cada momento noticias de que avanzan a marchas forzadas hacia Agra, al frente de sus ejércitos, y que, entre tanto, se siente enfermo, en manos de Dara, es decir, de un hombre que no alienta sino por la guerra, que se prepara para ella con un ardor indecible y dando muestras de un resentimiento atroz contra sus hermanos? Pero ¿qué podría hacer Chah-Jehan en esa extremidad? Será preciso que les entregue sus tesoros, que él vea cómo disponen de ellos a su antojo; será preciso que haga acudir a sus antiguos y más bravos capitanes, que les ordene que vayan a combatir por Dara, pero *contra su sangre, contra sus hijos*, y, precisamente, contra aquellos a quienes ama más que a Dara..... Es menester enviar al instante un ejército contra Sultán-Sujah, que es quien se halla más cerca, y luego otro ejército contra Aureng-Zebe y Morad-Bakche, que siguen avanzando.

Fué nombrado general del ejército destinado a luchar contra Sujah, Solimán Chekouh, hijo primogénito

de Dara. Tenía unos veinticinco años, estaba muy bien constituido físicamente y era hombre de espíritu generoso, liberal, noble. Gozaba de la estimación general, y muy principalmente de la de Chah-Jehan, que le había enriquecido ya y le consideraba su sucesor antes que a Dara. Ahora bien; Chah-Jehan, que hubiera preferido que Sujah retornase a Bengala en vez de ir a entablar un combate sangriento que no podía menos de serle funesto, y en el que corría el riesgo de perder a alguno de sus hijos, hizo que Solimán fuese acompañado por un viejo *rajah* llamado Jesseingue —que es actualmente uno de los más ricos y poderosos de todo el Indostán y uno de los hombres más hábiles de todo el reino—, con orden de no entablar combate sino en el último extremo y de intentar por todos los medios que Sujah se retirase y reservara sus fuerzas para mejor ocasión; es decir, cuando viese el fin de la enfermedad de Chah-Jehan y el triunfo de Aureng-Zebe y de Morad-Bakche. Empero como el joven príncipe Solimán, lleno de ardor e intrepidez, ansiaba distinguirse por alguna acción guerrera, y como quiera que Sultán-Sujah temía que si Aureng-Zebe ganaba una batalla se apoderase antes que nadie de las capitales del Estado, de Agra y Delhi, al *rajah* Jesseingue le fué imposible evitar que se entablara el combate. En cuanto los dos ejércitos estuvieron a la vista hicieron sus preparativos, no tardando mucho en *saludarse* con algunos cañonazos. No referiré las particularidades del combate porque, además de que tal relato sería demasiado extenso y de poca importancia, nos veremos obligados más adelante a describir otros más considerables, por

los cuales se podrá juzgar de éste. Baste saber que el primer choque fué muy violento y obstinado por ambas partes; pero que, finalmente, Solimán atacó a Sujah con tanto ímpetu y bravura que puso en desorden a sus tropas, obligándolas a retroceder y, luego, a huir, de tal forma que si Jesseingue y Platra-Bedil-Kan, que era uno de los primeros y más valientes capitanes, pero amigo íntimo del *rajah*, y que no obraba sino de acuerdo con éste, hubieran querido secundar de buena fe a Solimán, todo el ejército de Sujah hubiera sido aniquilado y acaso éste hubiera caído prisionero. Pero, como sabemos, no era esa la intención del *rajah*, ni la de Chah-Jehan, que le había ordenado lo contrario. Además, era demasiado inteligente el *rajah* para querer apoderarse de un príncipe de la sangre, hijo de su rey. Sujah tuvo tiempo para retirarse, y esto sin perder muchos soldados. Pero como quiera que el campo de batalla y algunas piezas de artillería quedaron en poder de Solimán, pronto corrió por la corte la noticia de que Sujah había sido derrotado por completo. Esta derrota dió una gran notoriedad a Solimán, entibió mucho la estimación en que se tenía a Sultán-Sujah y afligió mucho a todos los persas.

Después de emplear algunos días en la persecución del ejército derrotado de Sujah, Solimán-Chekouh, que recibía diariamente noticias de la corte, se informó de que Aureng-Zebe y Morad-Bakche se acercaban resueltamente a la capital; y sabiendo que Dara, su padre, tenía poca prudencia y muchos enemigos ocultos, se decidió a abandonar la persecución de Sujah y volver rápidamente a Agra, donde, al parecer, Dara

debía presentar batalla a Aureng-Zebe y Morad-Bakche. Esa resolución hubiera sido la mejor, pues es indudable que de haber podido llegar a tiempo no permitiendo que Aureng-Zebe tuviese la ventaja de anticiparse, éste no se habría atrevido a entablar combate, por ser demasiado desigual la partida; pero la mala fortuna de Dara dispuso las cosas de otro modo.

Mientras sucede eso en el camino de Elabas, en el punto en que el río Gemna se une al Ganges, la escena es muy distinta en la parte de Agra.

En la corte sorprendió mucho la noticia de que Aureng-Zebe había pasado el río Brampur y los desfiladeros más impracticables. Fueron enviadas en el acto algunas tropas para disputarle el paso del río Eugenas, y entre tanto todo el ejército se preparaba.

Para mandarlo fueron elegidos dos de los hombres más notables y poderosos del reino: uno era Kafen-Kan, capitán famoso y que estimaba mucho a Chah-Jehan, pero que sentía poca simpatía por Dara y no iba al combate sino contra su voluntad, por servir a Chah-Jehan, a quien veía de otro modo en poder de aquél; el otro jefe era Jessomsseingue, *rajah* muy poderoso que no tenía nada que envidiar a Jesseingue y yerno de aquel *rajah* Rana que en tiempos de Ekbar fué tan poderoso y como el *Emperador de los rajahs*. Antes de emprender la marcha, Dara les mostró una gran amistad y les hizo regalos magníficos. En cuanto a Chah-Jehan, halló la manera de recomendarles en secreto lo mismo que había recomendado a Jessomsseingue cuando salió para la expedición de Sultán-Sujah con Solimán Chekouh. Defiriendo las órdenes

de Chah-Jehan, durante su marcha enviaron diferentes emisarios a Aureng-Zebe y a Morad-Bakche, exhortándoles a retirarse; pero fué inútil: los emisarios no volvieron y el ejército avanzó tan rápidamente que lo vieron aparecer sobre una eminencia del terreno, cercana al río, mucho antes de lo que esperaban.

Era en la época de los grandes calores. El río estaba vadeable, y Kafen-Kan y el *rajah* se prepararon para el combate. Los enviados de Chah-Jehan comprendieron inmediatamente que Aureng-Zebe quería pasar el río. Pero el grueso de su ejército no había llegado aún. Se limitó a *saludarlos* con algunos cañonazos. Aureng-Zebe temía que el enemigo quisiese pasar el río, no sólo para cortarle el paso, sino para impedir que su ejército descansase y tomara una posición ventajosa. En efecto; el ejército de Aureng-Zebe estaba tan agotado por las marchas y el calor, que si se le hubiese atacado y disputado en seguida el paso del río, es indudable que hubiera sido derrotado sin ofrecer mucha resistencia. Yo no presencié ese primer encuentro, pero esto decía todo el mundo y fué lo que manifestaron después varios artilleros franceses del ejército de Aureng-Zebe. Pero el caso fué que los enviados de Chah-Jehan se contentaron con situarse a orillas del río para impedir el paso de Aureng-Zebe, con arreglo a las órdenes que habian recibido.

Después de hacer descansar a sus tropas dos o tres días, Aureng-Zebe se dispuso a pasar el río. Hizo que entrara en fuego su artillería, que estaba muy bien emplazada, y ordenó el paso del río. Kafen-Kan y el *rajah*, por su parte, contestaron al fuego de la ar-

tillería, para rechazar al enemigo y oponerse a su paso.

El combate fué bastante duro al principio y muy obstinado, dando Jessomsseingue pruebas de un valor extraordinario. En cuanto a Kafen-Kan, aunque gran capitán y hombre de corazón, no dió en tal circunstancia grandes pruebas de su valor, llegando algunas personas a acusarle de traición. Se le imputaba el crimen de haber hecho ocultar bajo la arena, y durante la noche, la pólvora y los proyectiles, pues a las dos o tres primeras descargas no hubo más municiones. Como quiera que sea, el combate fué muy violento y disputadísimo el paso del río. Había en el cauce de éste enormes rocas que dificultaban el paso y, en ciertos trechos de las márgenes, alturas difíciles de escalar. Pero Morad-Bakche se lanzó al agua con tanto ímpetu y valor que su ejemplo entusiasmó a las tropas. Kafen-Kan retrocedió al verlas vadear el río, y Jessomsseingue corrió grave peligro, hasta el punto de que si no hubiese sido por el heroísmo de sus *ragipus*, que murieron casi todos cerca de él, hubiera quedado sobre el terreno. Se puede juzgar del gran peligro que corrió en aquella ocasión si se tiene en cuenta que, después de librarse de la acometida lo mejor que pudo y de volver a sus tierras —no habiéndose atrevido a volver a Agra a causa de la grave derrota sufrida—, de siete a ocho mil *ragipus* que había llevado al combate no quedaron más que de quinientos a seiscientos supervivientes.

Estos *ragipus*, nombre derivado de *rajah*, y que significa hijos de *rajah*, son hombres consagrados a la

carrera de las armas por tradición familiar. Los *rajahs* les asignan tierras para su sostenimiento, a condición de estar siempre dispuestos para marchar a la guerra en cuanto se les ordene. Formarían una especie de nobleza si los *rajahs* les cediesen las tierras en propiedad y para sus hijos. Estos *ragipus* son grandes fumadores de opio, y me asombré en ocasiones al ver la cantidad que fumaban. Se acostumbran a ello desde la juventud. El día de una batalla no se olvidan de tomar doble cantidad de opio. Esta droga les excita, o más bien, les embriaga, les hace insensibles al peligro, de tal modo que se lanzan al combate como bestias furiosas, sin saber lo que es huir, pero sí sucumbir a los pies de su *rajah*, cuando éste se mantiene en su puesto. Sólo les falta orden, pues resolución y bravura les sobran. Es un espectáculo digno de presenciar el de esos *ragipus* embriagados por el opio, que se abrazan cuando llega el instante del combate y se dicen «adiós», como hombres decididos a morir. Por razón de esta especie de milicia es por lo que el Gran Mogol, siendo mahometano y, por consiguiente, enemigo de los gentiles, no deja nunca de tener a su servicio a cierto número de *rajahs*, que considera como a sus otros *omerahs* —grandes señores—, y de los cuales se sirve en sus ejércitos como si fuesen mahometanos. No puedo omitir aquí el recibimiento que la hija del *rajah* Rana hizo a su marido, Jessomsseingue, después de su derrota. Al saber que se acercaba su marido y lo que le ocurriera en la batalla; es decir, que Jessomsseingue había luchado con bravura, que no le habían quedado más que cuatrocientos o quinientos hombres y, en fin,

que, no pudiendo resistir las acometidas del enemigo, se había visto obligado a la retirada, su mujer, en vez de enviar a alguien para recibirle y para consolarle en su adversidad, ordenó que se cerrasen las puertas del castillo y que no se permitiese pasar a *aquel infame que no era ya su marido* y a quien no quería ver más. Añadía a todo eso que el yerno de Rana no podía tener el alma tan baja, que hubiera debido acordarse de que al entrar en una casa, en una familia tan ilustre, estaba obligado a imitar su virtud y, en una palabra, que debió *vencer* o *morir*. Un instante después asaltan a la mujer del vencido otras ideas. Ordena que preparen una pira: quiere quemarse viva. Dice que la engañan, que su marido *tiene que haber muerto*; que es imposible otra cosa. Y un instante después cambia de pensamiento, se encoleriza y lanza contra él mil injurias. Esos transportes duraron ocho o nueve días, sin que se decidiera a ver a su marido. Poco después llegó su madre, que la tranquilizó y la consoló un poco, asegurando que en cuanto descansase el *rajah* formaría un nuevo ejército para combatir a Aureng-Zebe y reparar su honor al precio que fuese. Por estos detalles se puede comprender el valor de las mujeres de aquel país. Podría añadir algo sobre lo que vi hacer a algunas, que se quemaban vivas después de la muerte de sus maridos; pero trataré de esto en otro lugar, donde haré ver al mismo tiempo que no hay nada que no pueda la opinión, la prevención, el hábito, la esperanza, el pundonor, etc.

Al saber Dara todo lo ocurrido en Eugenas, se indignó tanto contra Kafén-Kan, que, seguramente, ha-

bría mandado cortarle la cabeza en el caso de hallarse presente. El mismo furor le causó la conducta del emir Jemla, a quien consideraba causa primera y principal del desastre, por haber suministrado hombres, dinero y cañones a Aureng-Zebe. Al instante pensó en matar al hijo del emir, Mahmet-Emir-Kan, y enviar su mujer y su hija al *Bazar* o mercado de mujeres públicas, para que fuesen prostituídas. Y es seguro que habría cometido tal monstruosidad si Chah-Jehan no hubiera calmado su arrebato con mucha dulzura y habilidad. Le hizo observar que el emir Jemla no era tan culpable ni tenía tanta amistad con Aureng-Zebe, que por sus intereses hubiera querido aventurar y sacrificar, por decirlo así, su propia familia, y que era preciso que Aureng-Zebe le hubiera engañado, haciéndole caer en un lazo por medio de alguna de sus estratagemas habituales.

En cuanto a Aureng-Zebe y Morad-Bakche, el éxito feliz de aquel primer encuentro los entusiasmó tanto, y animó de tal modo a su ejército, que se creyeron desde entonces invencibles y capaces de todas las empresas. Por otra parte, Aureng-Zebe, a fin de animar más a sus tropas, se jactaba de que tenía treinta mil mogoles a su disposición en el ejército de Dara, y de ello había algo cierto, como se vió después. Por su parte, Morad-Bakche sólo quería combatir cuanto antes; pero Aureng-Zebe, para moderar ese ardor guerrero, le exponía la conveniencia de que las tropas descansasen algún tiempo a orillas de aquel hermoso río, y que, entre tanto, él escribiría a todos sus amigos para enterarse con certeza del estado de los asuntos y

de las impresiones de la corte. Así, pues, no dió orden de avanzar hacia Agra, sino después de haber acampado varios días, y no emprendió la marcha sino lentamente, para tener tiempo de informarse mejor de todo y tomar sus determinaciones.

Respecto a Chah-Jehan, comprendiendo claramente la resolución de Aureng-Zebe y Morad-Bakche, y no esperando poder hacerlos retroceder, no sabía qué partido tomar. Previendo algún gran desastre, hubiera querido impedir la batalla decisiva, para la cual veía prepararse a Dara con el mayor ardor. Pero ¿qué podía hacer para impedirla? Estaba aún muy débil a causa de su enfermedad y comprendía que se hallaba como prisionero de Dara, del cual, como dije antes, no se fiaba mucho. Chah-Jehan vióse obligado a acceder a todo lo que Dara quiso, a poner en sus manos todas las fuerzas del Estado y a ordenar a todos los capitanes que le obedeciesen como a él mismo. Inmediatamente preparóse el ejército para la guerra. Yo no sé si en el Indostán se vió nunca un ejército tan aguerrido. Contaba con 100.000 jinetes, 200.000 infantes y 80 piezas de artillería, sin incluir el increíble número de auxiliares que se necesitan para la subsistencia de los ejércitos, en paz y en guerra, y que, a mi juicio, los historiadores incluyen con frecuencia en el número de los combatientes, cuando hablan de esos tremendos ejércitos de 300.000 y 400.000 hombres que tanto figuran en sus libros. Aunque ese ejército fuese muy aguerrido y suficientemente fuerte para aniquilar dos o tres como el de Aureng-Zebe, que sólo se componía de 30.000 o 40.000 hombres cansados a causa de una

marcha larga y muy penosa en la época de los fuertes calores, y que disponía de poca artillería en comparación con la de Dara, apenas si había alguien que pensase en el triunfo de éste, pues se sabía que la mayor parte de los principales *omerahs* no simpatizaba con él y que los buenos soldados que tenía, y en los cuales hubiese podido confiar, se hallaban en el ejército de Solimán-Chekuh.

A esto se debe que las personas sensatas, los amigos más fieles de Dara y el mismo Chah-Jehan le aconsejaron que no se aventurase a dar la batalla. A pesar de estar muy débil, Chah-Jehan se ofreció para salir a campaña y hacerse conducir ante Aureng-Zebe. Era un buen *expediente* para la paz y para los planes de Chah-Jehan; pues es evidente que Aureng-Zebe y Morad-Bakche no hubiesen jamás tenido valor para luchar contra su propio padre y, en el caso de ser capaces de hacerlo, habrían sido vencidos; pues además de que los dos bandos no eran iguales, todos los grandes *omerahs* que figuraban en el ejército enemigo estimaban tanto a Chah-Jehan, que no habrían dejado de combatir por él al verle al frente del ejército. Hasta los mismos capitanes de Aureng-Zebe y de Morad-Bakche sentían mucho afecto hacía ese príncipe, y todo el ejército le pertenecía, por decirlo así. Se puede afirmar que nadie hubiera osado desenvainar la espada para atacar a Chah-Jehan ni éste lo hubiese podido hacer tampoco. Le aconsejaban también que no se precipitase, para dar tiempo a Solimán-Chekuh, que caminaba a marchas forzadas para unirse con él. Este era un buen consejo, pues Solimán era estimado por todos,

volvía victorioso y, además, como he dicho ya, los servidores más fieles y los soldados más bravos con que Dara podía contar figuraban en el ejército de Solimán. Todo fué inútil. Dara no quiso escuchar ningún consejo; no pensaba más que en presentar la batalla en seguida, yendo en persona al encuentro de Aureng-Zebe. Y acaso no hubiese obrado mal desde el punto de vista de su honor y de su interés particular, si hubiera sido hombre afortunado y le hubiese sido posible hacer que las cosas resultasen como él las planeaba. He aquí algunos de los razonamientos de Dara.

Considerábase *dueño* de la persona de Chah-Jehan, de quien podía disponer a voluntad, y dueño también de todos sus tesoros y de todas las fuerzas de la nación. Pensaba que Sultán-Sujah estaba casi perdido; que sus otros dos hermanos, disponiendo de tropas cansadas y desmoralizadas, caerían inevitablemente en su poder si ganaba la batalla. Pensaba también que sería de pronto el dueño absoluto de la situación, que habría llegado el término de todas sus preocupaciones, y logrado todos sus anhelos sin que nadie pudiese contradecirle en nada, o disputarle la realeza. En cambio, si Chah-Jehan salía a campaña, todos los asuntos se arreglarían, sus hermanos tornarían a sus gobiernos y el propio Chah volvería a encargarse de la regencia del reino, quedando todo en su primitivo estado. Y si esperaba a Solimán, seguía pensando Dara, Chah-Jehan podría trazar algún plan en perjuicio suyo, o tramar algo con Aureng-Zebe. Además, aun cuando él hiciese todo lo posible para ganar la batalla, la reputación que Solimán había logrado haría

que todo el honor y toda la gloria fuesen para él. Y entonces, ¿qué no sería capaz de hacer, embriagado por tanta fortuna, por tantas ventajas, y, sobre todo, apoyado, como lo estaba, por Chah-Jehan y la mayor parte de los *omerahs*? ¿Y quién sabe si le guardaría a él, a Dara, algún respeto? ¿Hasta dónde podría llevarle su ambición?

Esas consideraciones hicieron que Dara desoyese todos los consejos y persistiera en su propósito. En efecto; ordenó en el acto que todo el ejército se dispusiese para salir a campaña, y luego fué a despedirse de Chah-Jehan, que se hallaba en la fortaleza de Agra. El buen anciano lloraba al abrazarle, pero no dejó de decirle con mucha serenidad: «Bien, Dara. Puesto que quieres que todo se haga como tú has decidido, vete; Dios te bendiga. Pero acuérdate de estas palabras: Si pierdes la batalla, guárdate de aparecer nunca ante mí.» Esas palabras severas no impresionaron mucho a Dara, quien salió bruscamente, montó a caballo y fué a ocupar el paso del Techembel, que se hallaba a unas veinte leguas de Agra. Allí se fortificó y esperó resueltamente a su enemigo. Pero el sagaz y astuto *fakir*, a quien no faltaban hábiles espías y personas que le informaban de todo, y que, por otra parte, sabía que el paso del río era muy difícil por aquel sitio, se guardó mucho de intentarlo. Acampó cerca de allí, tan cerca que desde el campamento de Dara se podían divisar sus tiendas. ¿Y qué hace allí? Se halla en tratos con un sujeto llamado Chempet, enemigo de su *rajah*, a quien hace valiosos regalos y promete mil cosas *seduc-toras* si le permite atravesar sus tierras, a fin de poder

llegar pronto a un sitio donde él sabía que el río era fácilmente vadeable. Chempet aceptó la proposición y se ofreció para enseñarle él mismo el camino a través de los bosques y las montañas de su comarca.

Aureng-Zebe levantó el campo aquella misma noche sin hacer ruido, dejando abandonadas algunas de sus tiendas para engañar a Dara. La marcha fué tan rápida que Aureng-Zebe y sus tropas habían atravesado ya el río cuando Dara tuvo noticia de ello. Este abandonó entonces todas sus fortificaciones para ir en busca de su enemigo. Este avanzaba rápidamente en dirección de Agra. Su propósito era llegar al río Gemna, y, una vez allí, fortificar bien la posición y esperar a Dara. Su campamento estaba a cinco leguas de Agra. Se llamó en otro tiempo Samonguer y ahora Fateabad, que quiere decir «lugar de victoria». Dara no tardó en acampar cerca de allí, a orillas del mismo río, entre Agra y el ejército de Aureng-Zebe.

Durante tres o cuatro días, los dos ejércitos estuvieron frente a frente, sin combatir. Entre tanto, Chah-Jehan escribió varias veces a Dara, diciéndole que Solimán-Cekuh no estaba lejos, que no precipitase las cosas, que debía aproximarse a Agra y elegir una posición ventajosa para esperarle. Pero Dara le respondió que no pasarían tres días sin que le llevase a Aureng-Zebe y Morad-Bakche, atados de pies y manos, para que hiciera de ellos lo que quisiese. Y sin esperar más, se dispuso para la batalla.

Hizo emplazar de frente todo sus cañones, uniendo unos a otros con cadenas para cerrar el paso a la caballería. Detrás de esas piezas de artillería situó un

Sanjaya

gran número de camellos ligeros, delante de los cuales había colocada una pieza pequeña de artillería. Un hombre montado en la grupa del camello podía cargar y descargar una pieza. Detrás de los camellos se colocaba la mayor parte de la infantería. Con el resto del ejército, que consistía principalmente en caballería—con espada, arco y carcaj, como acostumbran las tropas mogolas, que las constituyen, en esta ocasión blancos, mahometanos y extranjeros, como persas, turcos, árabes y usbecanos (1), o con la espada, o una especie de pica que usan los *ragipus*—seformaron cuerpos diferentes. El ala derecha se confió a Calilullah-kan, y la formaban 30.000 mogoles. Calilullah había sido gran *bakchis*, que significa, poco más o menos, *gran maestro de la caballería*, en sustitución de Damechmend-kan, —que dimitió voluntariamente ese cargo porque comprendió que, dada la animosidad que Dara sentía hacia él por haber defendido siempre, en contra suya, los intereses y la autoridad de Chah-Jehan, si no dimitía el cargo sería destituido—. Del ala izquierda se encargó Rustam-Kan-Dakni, famoso y valiente capitán, secundado por los *rajahs* Chatresa y Ramseingue Routlé.

Por su parte, Aureng-Zebe y Morad-Bakche dispusieron también sus tropas casi de la misma manera. Pero en medio de algunos grupos de *omerahs*, que se hallaban a la derecha y a la izquierda, habían colocado algunas piezas pequeñas de campaña, *invención*, al parecer, del emir Jamla, y que no dió mal resultado. Ape-

(1) Los usbeck o uzbek o usbecanos son miembros de una de las tribus del grupo tártaro.—(Nota de la edición española.)

nas si se empleó ningún ardid de guerra en esta batalla. Pero sí unos «lanzadores de proyectiles», que consistían en una especie de granada ligada a una varilla y que se arrojaba lejos, en medio de la caballería; el proyectil espantaba a los caballos y hería y mataba algunas veces. Verdaderamente, toda la caballería de los mogoles maniobra con mucha facilidad y lanza sus flechas con una prontitud maravillosa. Un jinete puede lanzar seis flechas antes de que un *mosquetero* haya podido disparar dos veces su arma. Los jinetes están muy en contacto, bajo el mando de sus jefes respectivos, principalmente cuando se va a cargar al arma blanca. Pero no creo que esto tenga nada de particular en comparación con nuestros ejércitos bien ordenados, como haré ver después.

La artillería comenzó a entrar en acción por ambas partes, pues es el cañón el que inicia entre ellos, entre los indios, el preludio de la batalla. Ya se veían volar las flechas cuando estalló inopinadamente una tempestad que hizo cesar el combate. Cuando la lluvia terminó volvióse a oír el cañón. En aquel momento apareció Dara montado en un soberbio elefante de Ceilán, y ordenó que disparase toda la artillería. Luego avanzó, en medio de un núcleo de jinetes, hacia la artillería enemiga. Esta le recibió *seriamente*, mató a muchos de sus hombres, y no sólo puso en desorden a la caballería que él mandaba, sino a las tropas que le seguían. Sin embargo, viéndosele permanecer firme sobre el elefante, sin retroceder lo más mínimo, mirar a todos lados con impasibilidad, y hacer con las manos signos para que sus hombres avanzasen y le siguiesen, el

desorden cesó muy pronto, volviendo cada cual a su puesto y avanzando al mismo paso que él. Pero Dara no pudo acercarse al enemigo sin recibir otra descarga de artillería que causó también mucho desorden en sus tropas e hizo retroceder a una buena parte de ellas. Mas Dara, sin perder la serenidad, se mantiene siempre firme, anima a sus hombres y con la mano sigue haciendo signos para que le sigan, para que avancen rápidamente, sin perder un instante. Y de este modo, atacando impetuosamente, llega con su vanguardia al terreno de la artillería enemiga, rompe las cadenas, entra en el campamento, pone en fuga a los camellos, a la infantería, todo lo que encuentra por aquel lado, y deja desembarazado el paso al resto de la caballería que le sigue. Al hallarse frente a la caballería enemiga se entabló un reñido combate. En un instante voló una lluvia de flechas, lanzadas por ambos lados. Dara mismo no cesaba de lanzarlas. Entre paréntesis diremos que no todas esas flechas producen efecto. Se pierden y se rompen diez veces más que las que hieren. Después de las primeras descargas de flechas, los combatientes se acercan, entran en contacto y salen a relucir los sables. Las tropas se entrechocan, se confunden, haciéndose rudísima la lucha. Dara, sobre su elefante, anima a las tropas, grita y gesticula, y a los pocos instantes se le vió avanzar con tanta resolución y con tal ímpetu sobre todo lo que se oponía a su marcha, que desorganizó la caballería enemiga, obligándola a retroceder y a huir.

Montado también sobre un elefante, Aureng-Zebe no estaba lejos de allí. Se consideró muy comprometido al observar aquel desorden e intentó por todos los me-

dios evitar sus consecuencias; pero sin éxito. Hizo avanzar a varios cuerpos de su mejor artillería, con el fin de contener a Dara; pero no habían transcurrido muchos minutos cuando esa caballería se vió obligada a retirarse en gran desorden. Hay que reconocer, sin embargo, el valor y resolución de Aureng-Zebe. Veía a casi todo su ejército desorganizado y en fuga, de tal forma, que no le quedaban más que unos mil hombres que resistían —algunos llegaron a decirme que apenas serían quinientos—; veía que Dara, no obstante las dificultades del camino, desigual y lleno de fosos en diversos sitios, iba a lanzarse sobre él, y a pesar de todo eso no pierde el valor y la serenidad. Al contrario, lejos de pensar en la retirada, se mantuvo firme, y, llamando nombre por nombre a la mayoría de sus capitanes, que se habían agrupado en torno suyo, les gritaba: *Delirané* —que significa ¡Valor!—, *Kodà-he* —¡Dios con nosotros!—, «¿Dónde está nuestro Decán?», *Koda-he*, *Koda-he*.— Y a fin de que nadie dudase de su resolución, y para probar que en lo que menos pensaba era en huir, ordenó que se encadenasen en el acto los pies de su elefante. Por cierto que sus ayudantes no dieron todas pruebas de su valor y de su resolución en aquellos momentos.

Entre tanto, Dara avanzaba hacia Aureng-Zebe. Se hallaba aún bastante alejado de él y las dificultades del terreno eran muy grandes. Además todas las alturas y las hondonadas estaban cubiertas por tropas de caballería que, no obstante su desorganización, no hubiesen dejado de ofrecer cierta resistencia. Sólo eso debía asegurarle la victoria a Dara, pues es evidente que

hubiera vencido todas esas dificultades y que Aureng-Zebe no hubiese podido, con los pocos hombres que le quedaban, sostener el peso de aquel ejército victorioso. Pero Dara no supo aprovechar la situación favorable y esto le impidió obtener la victoria y fué la causa de que se salvara Aureng-Zebe.

Dara observó que su ala izquierda corría peligro y entonces supo que Rustan-Kan y Catrefale habían muerto. Ranseingue Routlé había avanzado con exceso, abriéndose paso denodadamente, a través del enemigo; pero en aquel momento se veía rodeado por todas partes y en grave peligro. Esta fué la causa de que Dara desistiera de lanzarse sobre Aureng-Zebe, para acudir en auxilio de su ala izquierda. En este punto fué también el combate muy reñido al principio; pero al fin Dara salió vencedor, desorganizando al enemigo, no dejando de hallar, sin embargo, algunas tropas que le ofrecían resistencia. Entre tanto, Routlé combatía con el mayor valor y energía. Llegó a herir a Morad-Bakche y se aproximó tanto a él que comenzaba ya a cortar las cinchas de su elefante para arrojarlo al suelo. Pero el valor y la buena fortuna de Morad-Bakche no le dieron tiempo para ello. Jamás hombre alguno combatió con más bravura que Morad-Bakche en esa ocasión. A pesar de hallarse herido y cercado por los *ragipus* de Routlé, que se habían lanzado sobre él, no se intimidó lo más mínimo, ni retrocedió un sólo paso. Fué tan hábil, que, a pesar de que con su escudo tenía que cubrir a su hijo, de edad de siete años, y que se hallaba sentado a su lado, lanzó a Routlé una flecha que le mató instantáneamente.

No tardó Dara en recibir la mala noticia y supo al mismo tiempo que Morad-Bakche corría el más grave peligro, pues los *ragipus* se habían enfurecido y luchaban como leones para vengar la muerte de su jefe. Aunque Dara vió que el camino era muy difícil por aquel lado y que siempre encontraba algo que le ofrecía resistencia y entorpecía y retrasaba sus movimientos, estaba decidido a lanzarse hacia el sitio en que se hallaba Morad-Bakche. Este era el partido que debió tomar, y con el que hubiese sido susceptible reparar la falta que había cometido. Pero se lo impidió su mala fortuna, o, mejor dicho, una de las más terribles traiciones que se hayan cometido en el mundo, fué la causa de la pérdida, de la ruina total de Dara.

Calilullah-kan, que mandaba los 30.000 mogoles del ala derecha del ejército, que por sí solos eran capaces de aniquilar todo el ejército de Aureng-Zebe, mientras Dara y las tropas de su ala izquierda combatían con tanto valor, y con tanta fortuna también, se mantiene impassible, con los brazos cruzados, como si la batalla le fuese indiferente. No permitió que ninguno de sus jinetes disparase una flecha, con el pretexto de que ellos formaban el cuerpo de reserva, y diciendo que tenían órdenes formales de no combatir sino en el último extremo. Pero la verdadera causa de su conducta era el rencor, el resentimiento, por la afrenta que en cierta ocasión le hizo sufrir Dara, ordenando que se le diesen varios golpes de babucha —es el calzado de los mogoles—. Mas, después de todo, esa traición hubiese tenido poca importancia si aquel infame se hubiera contentado con ese primer efecto de su rencor.

Dara no hubiese dejado de obtener la victoria. Pero veamos hasta donde llegó el odio y el ansia de venganza de Calilullah. Separóse del grueso de las tropas que mandaba, y seguido de un pequeño destacamento corrió al galope hacia Dara, gritándole con todas sus fuerzas: «*Hohbarek-bad*», «El bien sea para vos»; «*Hazaret*», «*Hazaret*», «*Salamet*», «Que vuestra majestad resulte sana y salva; ha logrado la victoria»; *El hamd-ul-ellah*. «Pero ¡por Dios! ¿Qué hacéis sobre ese elefante? ¿No os habéis expuesto ya demasiado? Si cualquiera de las flechas que han herido al elefante hubiera hecho blanco en vuestra real persona, ¿qué hubiese sido de nosotros? ¿Hay traidores en este ejército? ¡En nombre de Dios! ¡Descended del elefante en el acto y montad a caballo! ¿Qué es lo que se debe hacer sino perseguir a esos fugitivos? ¡Que no se nos escapen.....!»

Si Dara hubiese sido en aquel momento bastante sagaz para adivinar la traición, para darse cuenta de lo que podía ocurrir al descender del elefante y no hacerse ver más de todo el ejército, que tenía siempre puesto sus miradas en él; si en el acto hubiese mandado cortar la cabeza al traidor, habría sido dueño de la situación. Mas el buen príncipe se sintió halagado por aquellas lisonjas, escuchó aquel *consejo* como si hubiese sido sincero, saltó del elefante y montó a caballo; pero no había pasado un cuarto de hora cuando se dió cuenta de la traición de Calilullah y se arrepintió de la falta que había cometido. Dara mira a todos lados, busca a Calilullah por todas partes, pregunta dónde está, le llama traidor, dice que le matará, pero el pér-

fido está ya muy lejos..... ¿Se creerá que en cuanto las tropas se apercibieron de que Dara no montaba ya el elefante, pensaron que había muerto, y que había algún traidor en sus filas, apoderándose de ellas tal pánico que nadie pensó ya más que en lo que debía hacer, en cómo librarse de caer en manos de Aureng-Zebe, en la manera de salvarse? Al pánico siguió la fuga. ¡Súbito y extraño acontecimiento! Es preciso que el victorioso se halle de repente vencido, abandonado, obligado a huir si quiere salvar su vida. Es preciso que Aureng-Zebe, por haberse mantenido firme un cuarto de hora sobre su elefante, se vea con la Corona del Indostán sobre su cabeza, y que Dara, por haberse apresurado un momento a descender de su elefante, se vea como precipitado del Trono y se convierta en el más infortunado de los príncipes. El Destino había querido disponer que el triunfo o la pérdida de una batalla y el porvenir de un gran Imperio dependiesen de una cosa tan fútil.

Un ejército invadido por el terror, por el pánico, es un ejército perdido, condenado a la derrota. Es como un gran río que ha roto sus diques: tiene que desbordarse forzosamente y extenderse por los campos. Considerando el estado de esos ejércitos desordenados, que marchan como rebaños, he pensado muchas veces que si irrumpiesen en sus *vivacso* campamentos 25.000 hombres de aquellas viejas tropas de Flandes mandadas por el príncipe (1) o por Turena, no cabe la menor duda de que vencerían a todos esos ejércitos, por numerosos que fuesen. Por esto no me parece ahora

(1) Así está en el original.—(N. del T.) *El príncipe de Orange*

tan extraño, tan increíble, lo que se nos dice de los 10.000 griegos y lo que los 50.000 soldados de Alejandro hicieron contra los 600.000 ó 700.000 de Darío —si es cierto que alcanzaban estas cifras y que no se incluían los numerosos auxiliares que siguen a las tropas para abastecerlas de forraje, ganado, granos y demás cosas necesarias—. Sostener el primer choque, lo que no sería muy difícil a nuestros ejércitos, y estas tropas quedarían asombradas; o, como hizo Alejandro, atacar impetuosamente por un punto, en el caso de que no se sostengan, lo que sería muy difícil a dichas tropas, y podemos tener la seguridad de que estará hecho todo: esas tropas se sentirán desmoralizadas, invadidas por el pánico, y emprenderán la huida.

Alentado por tal triunfo, Aureng-Zebe no deja de recurrir a todos los medios, habilidad, astucia, denuedo, para aprovechar todas las ventajas que le ofrecen tan favorables circunstancias. Calilullah-kan se presentó a él para ofrecerle sus servicios y poner a su disposición las tropas que pudiese conservar. Aureng-Zebe le manifestó su agradecimiento y le hizo muy halagüeñas promesas, pero no quiso aceptar por sí mismo los servicios que se le ofrecían y condujo a Calilullah-kan a presencia de Morad-Bakche, quien, como se comprenderá, le recibió con los brazos abiertos. Aureng-Zebe felicitó efusivamente a Morad-Bakche, alabándole por haber combatido tan denodadamente; le atribuyó todo el honor de la victoria; le trató de rey y de majestad delante de Calilullah-kan, rindiéndole homenaje como súbdito y servidor. Después de esta entrevista trabaja sin descanso; escribe a todas partes, a todos los ome-

rahs, asegurándose hoy la adhesión de uno, mañana la de otro. Chah-heft-kan, su tío, hace lo mismo —a causa de una afrenta que recibiera de Dara—, y como es el hombre que escribe mejor en el Indostán no contribuye poco al éxito de la conspiración contra aquél. Ahora bien; debemos notar siempre la hipocresía y disimulo de Aureng-Zebe. Todo lo que se hace, todo lo que se trata, todo lo que se promete, no es para él, para Aureng-Zebe; él quiere siempre vivir como un *fakir*; todo es para Morad-Bakche; es éste quien manda; Aureng-Zebe no hace nada; es Morad-Bakche quien lo hace todo y quien está destinado a ser rey.

En cuanto al infortunado Dara, marcha sin dilación a Agra, desesperado, sin atrever a presentarse a Chah-Jehan. Recordaba, sin duda, aquellas palabras severas que le había dicho al despedirse de él: «Si eres vencido, Dara, no te presentes a mí.» Sin embargo, el buen anciano no dejó de enviarle secretamente un eunuco leal para consolarle y darle la seguridad de que el afecto de su padre no era menos grande por lo sucedido. En nombre suyo le manifestó el eunuco el pesar que sentía por su infortunio, asegurándole que no había motivo para desesperarse, pues todavía quedaba un excelente ejército mandado por Solimán Chekuh. Chah-Jehan deseaba que Dara se encaminase a Delhi, en cuyas caballerizas reales hallaría 1.000 caballos. El gobernador de la fortaleza recibiría orden de proveerle de fondos y facilitarle elefantes. Terminaba diciéndole que no debía separarse mucho, que le escribiría a menudo y que no dudaba de que al fin sabría salir airoso y castigar a Aureng-Zebe. Según supe entonces, Dara

se hallaba tan abatido que no tuvo ánimo para responder una sola palabra ni enviar ningún emisario a Chah-Jean. Después de enviar varios a Begun-Saheb, emprendió la marcha a media noche, llevando consigo a su mujer, a sus hijos y a su nieto, Sepe-Chekuh. Dejémosle camino de Delhi y detengámonos en Agra para observar los hábiles manejos de Aureng-Zebe.

Sabía muy bien que Dara y sus partidarios podían aun fundar alguna esperanza en el ejército victorioso de Solimán Chekuh. Y él se propuso quitarles esa esperanza o, por lo menos, hacerla inútil. Con tal fin escribió varias veces al *rajah* Jessomsseingue y a Delilkan, que eran los primeros jefes del ejército de Solimán Chekuh, diciéndoles que ya no había que esperar nada del partido de Dara; que habiendo perdido la batalla, todas sus tropas se habían rendido a él, todo el mundo le había abandonado, huyendo él solo hacia Delhi, y que no tardaría en caer en sus manos, pues daba orden para detenerle en cualquier sitio. Respecto a Chah-Jehan, les decía que se hallaba en tal estado que nada podía esperarse de él. Terminaba aconsejándoles que pensasen lo que debían hacer. Si eran hombres inteligentes y querían seguir su fortuna y ser amigos suyos, debían procurar apoderarse de Solimán Chekuh y conducirlo a su presencia.

Jessomsseingue se quedó muy perplejo, sin saber qué partido tomar. Le causaban cierto temor Chah-Jehan y Dara, y especialmente el apoderarse de una persona real. Sabía que más pronto o más tarde podría eso acarrearle una desgracia. Además, no ignoraba que Solimán tenía demasiado valor para dejarse prender de

esa forma y que moriría más bien defendiéndose. Después de vacilar mucho tomó una resolución. Consultó con su fiel amigo Delil-kan y, después de jurarse mutua lealtad, se dirigió a la tienda de Solimán, que le esperaba con viva impaciencia. Solimán tenía también noticias de la derrota de Dara y había enviado varias veces en busca de Jessomsseingue. Este le descubrió toda la intriga con la mayor franqueza, le enseñó las cartas de Aureng-Zebe y le comunicó la orden de prenderle que había recibido de éste. No le ocultó el grave peligro que corría. No debía confiar en Delil-kan, ni en Daud-kan, ni en el resto de sus tropas. Aconsejóle como amigo que procurase lo antes posible internarse en las montañas de Serenaguer. Era la mejor solución. El *rajah* de ese país se hallaba en lugares inaccesibles, no tenía por qué temer a Aureng-Zebe y le recibiría con los brazos abiertos. Desde allí podría observar el giro que tomaban las cosas y, por lo demás, siempre podría abandonar aquella comarca cuando lo tuviese por conveniente. El joven príncipe comprendió por esa especie de peroración que no parecía deber fiarse del *rajah* en lo sucesivo y que no estaba seguro allí. Confiaba en la fidelidad de Delil-kan; pero había que decidirse, y se decidió. Ordenó en el acto que se cargasen sus bagajes y se emprendiese la marcha hacia las montañas. Algunos de sus leales, muchos *manseb-dars*, *saieds* y otros soldados consideraron un deber el seguirle; pero el resto de las tropas, lleno de asombro, se quedó con el *rajah*, y, lo que constituye una cobardía para un gran señor y una crueldad inaudita, es que él y Dalil-kan enviaron gente

para que se apoderasen de sus bagajes. Así lo hicieron, apoderándose, entre otras cosas, de un elefante cargado de rupias de oro. Esto desanimó a las escasas tropas que le seguían y dió lugar a que muchos hombres, renunciando a internarse en las montañas, le abandonaran. Además, los habitantes de aquellos parajes se lanzaron sobre algunos leales de Solimán, los despojaron y asesinaron a algunos. Solimán logró internarse con su mujer y sus hijos en las montañas, donde el *rajah* de Serenaguer le recibió con los mayores honores y con todo el afecto que aquél podía desear, asegurándole que no tenía nada que temer, que estaba tan seguro como si fuese el rey del país y que él le protegería y le ayudaría con todas sus fuerzas. Entre tanto veamos lo que sucedió en Agra.

Tres o cuatro días después de la batalla de Samonguer, Aureng-Zebe y Morad-Bakche se dirigieron a la puerta de la ciudad y penetraron en un jardín que se halla aproximadamente a una legua de la fortaleza. Aureng-Zebe comisionó allí a un eunuco inteligente, y de aquellos en quienes él tenía más confianza, para que fuese a ver a Chah-Jehan, le saludase en nombre suyo, haciendo las mayores protestas de respeto y sumisión, y le manifestase que Aureng-Zebe estaba muy afligido por lo que había pasado y por haber sido impulsado por la ambición y por los pérfidos designios de Dara a llegar a tales extremos. Debía decirle también que Aureng-Zebe sentía un gran júbilo desde que supo que se hallaba mejor de su enfermedad, y, en fin, que no estaba allí sino para recibir sus órdenes. Chah-Jehan no dejó de manifestar al eunuco su satisfac-

ción por la conducta de Aureng-Zebe, y recibió las protestas de sumisión de aquel hijo con todas las apariencias posibles de satisfacción y de alegría. No se le ocultaba, sin embargo, que se habían llevado las cosas demasiado lejos, y como conocía la astucia de Aureng-Zebe y la pasión secreta de reinar que le dominaba, infirió que no debía fiarse de él ni de sus buenas palabras. Sin embargo, en lugar de considerarse más seguro, de meditar, de congregar a todos sus *omerahs* —pues todavía era tiempo—, quiere ganar a Aureng-Zebe en astucia, e intenta atraerle a sus redes, donde quedará cogido él mismo. Comisionó también a un eunuco para que manifestase a Aureng-Zebe que conocía la mala conducta y hasta la incapacidad de Dara; que no debía olvidar que siempre había sentido predilección por él, no pudiendo dudar de su afecto. Como conclusión, le exhortaba para que fuese a verle lo antes posible, y entonces pensaría lo que le convenía hacer para poner término a aquellos desórdenes. Por su parte, Aureng-Zebe pensaba que no debía dar demasiado crédito a las palabras de Chah-Jehan. Sabía que su enemigo Begún-Sahel no se separaba de su lado y sospechó que Chah-Jehan obraba por indicación de ella. Entonces le asaltó el pensamiento de que una vez en la fortaleza pudieran detenerle y cometer una felonía. Y en efecto, decíase que se había tramado un *complot* para cuando Aureng-Zebe llegase. Servían en el serrallo varias mujeres tártaras muy fornidas y habían sido armadas para que se lanzasen sobre Aureng-Zebe en cuanto éste se presentase. Como quiera que fuese, lo cierto es que Aureng-Zebe no quiso aventurarse

nunca. Sin embargo, no dejaba de decir que en un día próximo iría a visitar a Chah-Jehan. Mas siempre difería la visita para el día siguiente, y de este modo iba pasando el tiempo, sin que llegase el día de esa visita. Entre tanto, Aureng-Zebe hacía sus preparativos, sondeaba el espíritu de sus amigos y de los más grandes *omerahs* y, secretamente, se disponía para poner en práctica su plan.

Cierto día causó verdadero asombro la noticia de que Aureng-Zebe había enviado a la fortaleza a su hijo primogénito, Sultán-Mahmud, con el pretexto de conferenciar con Chah-Jehan en nombre de su padre, y que el joven príncipe, valeroso hasta la temeridad, había atacado resueltamente al destacamento que guardaba la entrada y, secundado por numerosos leales, dispuestos a todo, se había apoderado del recinto.

La sorpresa de Chah-Jehan fué indecible. Comprendió que había caído en el lazo que él mismo preparó; que era él quien se hallaba prisionero y que Aureng-Zebe mandaba en la fortaleza. Se dice que envió en el acto a una persona de su confianza para sondear el espíritu de Sultán-Mahmud y decirle, en nombre de Chah, que juraba sobre su Corona y sobre el Corán que, si Sultán-Mahmud quería ser leal y servirle en aquel trance, él le haría rey. Le invitaba a que le visitase en el interior de la fortaleza. Según Chah-Jehan, Sultán-Mahmud no debía perder aquella ocasión, pues se trataba de una cosa que haría caer sobre él las bendiciones del cielo y le daría una gloria inmortal, pues se diría siempre que Sultán-Mahmud

había libertado de la prisión a su abuelo Chah-Jehan. Y en verdad, si Sultán-Mahmud hubiese tenido bastante corazón para ello, y Chah-Jehan hubiera podido hacerse ver en la ciudad, ponerse en campaña, es indudable que todos los *omerahs* le hubieran seguido y que el mismo Aureng-Zebe no hubiese tenido ni la audacia ni la dureza de corazón precisas para combatir contra su padre en persona, tanto más cuanto que hubiera temido verse abandonado por todos, acaso por el mismo Morad-Bakche.

La grave falta que se atribuye a Chah-Jehan, después de la batalla y la huida de Dara, consiste, precisamente, en no haber salido de la fortaleza. Sin embargo, había quien sostenía que Chah-Jehan obró muy prudentemente. Fué esta una cuestión muy discutida en el país y entre los que dirigían los asuntos de Estado. No les faltaba la razón a los que sostenían aquello. Decían que era extraño que no se juzgase casi nunca de las cosas más que por el acaecimiento en sí, por el resultado; que se ven a menudo empresas muy aventuradas y hasta temerarias que tienen éxito y que son por esto aprobadas por todo el mundo; que si Chah-Jehan hubiese visto coronado su esfuerzo por el triunfo, todo el mundo hubiera dicho que Chah-Jehan era el hombre más inteligente y hábil que existía; pero estando prisionero todos decían que era un pobre anciano que se dejaba guiar por Begún, por una mujer cegada por la pasión; que tenía la vanidad de creer que Aureng-Zebe iría a verle, que el *pájaro iba a ir por sí mismo a encerrarse en la jaula*, o, por lo menos, que Aureng-Zebe no tendría jamás la osadía de inten-

tar apoderarse de la fortaleza, ni el poder de hacerlo tampoco. Los que así opinaban sostenían también obstinadamente que la mayor falta que pudo cometer en su vida Sultán-Mahmud fué la de no haber sabido aprovechar la ocasión de asegurarse la Corona por una acción grande y generosa, la de poner en libertad a su abuelo Chah-Jehan, haciéndose así, en derecho y en justicia, como el árbitro soberano de las cosas, mientras que, procediendo de otro modo, cualquier día tendría que ir a morir a Gualeor. Como quiera que fuese, Sultán-Mahmud, bien por temer que su abuelo no cumpliera su palabra y le retuviese como prisionero en el interior de la fortaleza, bien porque no se atrevía a atraerse el enojo de su padre, Aureng-Zebe, no quiso acceder a los deseos de Chah-Jehan, ni entrar en su aposento, contestando fríamente que no tenía orden de su padre para visitarle y sí de no volver adonde él estaba sin llevarle las llaves de todas las puertas de la fortaleza, a fin de que pudiese ir a ella con toda seguridad para besar los pies de su majestad. Transcurrieron cerca de dos días sin que Chah-Jehan se decidiese a dar las llaves. Durante ese tiempo, Sultán-Mahmud se mantuvo allí obstinadamente, día y noche, con todas sus tropas, hasta que Chah-Jehan, viendo que los hombres que tenía para guardar el recinto habían ido desapareciendo, y que no le quedaba otro recurso, entregó las llaves y envió a decir a Aureng-Zebe que fuese a verle, pues tenía que comunicarle algo de mucha importancia. Pero, como él mismo debió pensar, Aureng-Zebe era demasiado sagaz y sabía muy bien lo que le convenía, para cometer un error semejante. Por

el contrario, inmediatamente nombró gobernador de la fortaleza a un eunuco, Etbar-kan, quien en el acto puso en *lugar más seguro* a Chah-Jehan, recluyéndole en el fondo de la fortaleza, con Begún-Sahel y todas sus mujeres, haciendo clavar muchas puertas, a fin de que no pudiese hablar ni comunicarse con nadie, ni salir siquiera de sus habitaciones, sin permiso para ello.

Aureng-Zebe le escribió después una carta, que mostró a todo el mundo antes de enviarla y en la cual le decía secamente que sabía por buen conducto que, a pesar de todas sus protestas de estimación a él y del desprecio que decía sentir hacia Dara, no había dejado de enviar a éste dos elefantes cargados de rupias de oro, para ayudarle a reanudar la guerra. Así, considerando bien las cosas —decía Aureng-Zebe—, no era él quien le había reducido a prisión, sino Dara, y de éste debía lamentarse, pues era la causa de todas sus desventuras, no él. De no haber sido Dara, él, Aureng-Zebe, hubiera ido a verle desde el primer día, cumpliendo todos los deberes que él podía esperar de un buen hijo. Terminaba suplicándole que le perdonase y que no se impacientara, prometiéndole que en cuanto hubiese puesto a Dara en condiciones de no poder realizar sus malos propósitos, él mismo iría inmediatamente a la fortaleza para abrirle sus puertas.

A propósito de esa carta, oí decir que, en efecto, Chah-Jehan, la misma noche de la marcha de Dara le envió los dos elefantes cargados de rupias de oro, y que fué Roehenara-Begún quien halló el medio de comunicarlo a Aureng-Zebe, como le había prevenido también de la *jugarreta* que se le preparaba con las

mujeres tártaras del serrallo. Se susurraba asimismo que Aureng-Zebe había sorprendido algunas cartas de Chah-Jehan a Dara.

En cambio, otros afirmaban que todo eso era falso, que la carta que Aureng-Zebe enseñó a muchas personas era un ardid para justificarse en cierto modo de un proceder tan extraño y hacer que recayera la falta sobre Chah-Jehan y Dara y que el pueblo pensase que él, Aureng-Zebe, se había visto obligado a obrar de aquel modo. Pero son estas cosas difíciles de aclarar. Como quiera que fuese, en cuanto se supo que Chah-Jehan estaba prisionero, casi todos los *omerahs* fueron obligados a presentarse a Aureng-Zebe y a Morad-Bakche para rendirles pleitesía. Y, lo que parece increíble, no hubo uno solo que tuviese el valor de no hacerlo y de intentar algo por su rey, por quien les había sacado de la nada, acaso de la esclavitud, como es muy frecuente en esa corte, para elevarlos a las cumbres del poder y de la riqueza. Ciertamente hubo *omerahs*, como Danechmend-kan y algunos otros, que no tomaron ningún partido; pero el resto se declaró por Aureng-Zebe.

Conviene observar, de paso, lo que he dicho antes de que habían sido obligados a ello, porque en las Indias no ocurre como en Francia y en los demás estados de la Cristiandad, donde los señores tienen en propiedad grandes extensiones de tierra y una enorme renta que les permite vivir. En las Indias no tienen más que *pensiones*; como dije al principio de esta obra; pensiones de que el rey puede privarles cuando lo tenga a bien, haciéndoles caer de repente en la miseria

y perder toda clase de consideraciones, quedando en tal estado que no hallarían quien les prestase un céntimo.

Seguro ya respecto de Chah-Jehan y de todos los *omerahs*, Aureng-Zebe extrajo del Tesoro todo el dinero que le pareció conveniente, y después de dejar como gobernador de la fortaleza a su tío Chah-heftkan, salió con Morad-Bakche en persecución de Dara.

El día en que el ejército debía salir de Agra, los amigos de Morad-Bakche, y principalmente el eunuco Chah-Abas, que sabían que el exceso en la alabanza y el respeto es un signo de hipocresía, le aconsejaban que puesto que era rey, que todo el mundo le trataba de majestad y Aureng-Zebe le reconocía como tal, que dejase ir a éste en persecución de Dara y que él se quedase con las tropas en Agra y Delhi. Si Morad-Bakche hubiera seguido ese consejo es seguro que no hubiese contrariado poco a Aureng-Zebe; pero es *preciso que no lo siga*. Aureng-Zebe es demasiado afortunado; Morad-Bakche confía en sus promesas y, fiel al juramento de fidelidad que se hicieran el uno al otro sobre el Corán, se encaminan juntos a Delhi.

Al llegar a Maturas, a tres o cuatro jornadas cortas de Agra, los amigos de Morad-Bakche, que notaban algo extraño, intentaron influir en su ánimo, asegurándole que Aureng-Zebe debía tener algún mal propósito y que, sin duda, tramaba algo. Según ellos, de todas partes recibían avisos de eso y no era conveniente que, aquel día por lo menos, él, Morad-Bakche, fuese a visitarle en su tienda. Había que frustrar el plan, y cuanto antes mejor. Era preciso abstenerse de ir a verle

aquel día, con pretexto de cualquier indisposición. Y en tal caso, Aureng-Zebe no dejaría de ir a verle a él. Pero Morad-Bakche cerró los oídos a todos los buenos consejos. Estaba como encantado de la predilección de Aureng-Zebe, y no dejó de ir a visitarle aquella misma tarde, quedándose a comer con él.

En cuanto llegó Morad-Bakche, Aureng-Zebe, que le esperaba y que lo había preparado todo con Mir-kan y tres o cuatro de los capitanes de su mayor confianza, le abrazó y le hizo objeto de sus efusiones, hasta el extremo de pasarle suavemente el pañuelo por el rostro para enjugarle el sudor. No le trataba sino de «rey» y «majestad». Al comenzar la comida se animó la conversación, se habló de todo y la alegría subió de punto cuando los eunucos llevaron una garrafa de excelente vino de Chirat y algunas botellas de Cabul. Pero Aureng-Zebe, que quiere mostrarse grave, afectando ser un perfecto mahometano y hombre muy morigerado, se levantó y, después de decir a Morad-Bakche que podía divertirse en compañía de Mir-kan y de los otros oficiales, se retiró lentamente, como para irse a descansar.

Morad-Bakche era un gran bebedor, y como hallara bueno el vino que le habían servido, bebió con exceso; en una palabra, se embriagó y se quedó dormido. Debía ser esto lo que se esperaba, pues inmediatamente los oficiales hicieron retirarse a algunos servidores, como para dejar a Morad dormir tranquilamente, y le despojaron del sable y el *jender* o puñal.

Mas Aureng-Zebe no tardó en ir a despertarle. Entró en la estancia, le empujó rudamente con el pie, y

cuando Morad-Bakche comenzaba a abrir los ojos le dirigió esta especie de *catilinaria*: «¿Qué es esto? ¡Qué vergüenza y qué infamia! ¡Un rey que se embriaga de esta forma! ¿Qué se dirá de ti y de mí? ¡Atad a este infame, a este borracho, de pies y manos, y echadle ahí dentro para que duerma su vino!» En vano grita y clama Morad-Bakche. Cinco o seis personas se han arrojado sobre él y le atan los pies y las manos. Pero no pudo hacerse eso sin que algunos de los leales de Morad-Bakche, que se hallaban allí cerca, tuviesen noticia del caso. Entonces comenzaron a alborotarse, pretendiendo entrar por la fuerza en el aposento en que se hallaba su jefe. Mas Allah-Kouly, uno de sus primeros oficiales y jefe de la artillería, pero que traicionaba a Morad-Bakche, les amenazó y les hizo retirarse. Y no se tardó en buscar al instante hombres de confianza para que apaciguaran aquel movimiento de rebeldía de las tropas, que podía ser peligroso. Quitaron importancia al caso, afirmando que ellos lo habían presenciado. Según su versión, Morad-Bakche se había embriagado, y en tal estado había injuriado a todo el mundo, incluso al mismo Aureng-Zebe, de suerte que había sido preciso acostarle para que durmiese hasta por la mañana. Sin embargo, los *persas* visitaron durante toda la noche a los jefes y oficiales de las tropas. Se les aumentó su soldada en el acto y se les prometió atenderles en su demanda. Pero no había nadie que sospechase desde hacía tiempo que ocurría algo semejante a lo que acababa de suceder, por lo que no causó gran sorpresa el ver que a la mañana siguiente todo estaba casi apaciguado. Durante la noche fué encerrado el desventu-

rado príncipe en una *embari*, que es una especie de casita cerrada que se coloca sobre el lomo de los elefantes para transportar a las mujeres, y se le condujo directamente a Delhi y después a una pequeña fortaleza situada en medio del río Slinger.

Después de apaciguar así a los descontentos, excepto al eunuco Chah-Abas, Aureng-Zebe incorporó a su ejército las tropas de Morad-Bakche y salió en busca de Dara, que avanzaba a marchas forzadas hacia Lahor (1), con el propósito de fortificarse bien en ese lugar y esperar los acontecimientos. Pero Aureng-Zebe le siguió tan rápidamente que Dara no tuvo tiempo para realizar su propósito, viéndose obligado a retirarse y tomar el camino de Multan (2).

Tampoco pudo hacer en Multan nada de importancia, porque Aureng-Zebe, no obstante los grandes calores, caminaba día y noche. Y, para animar a sus tropas, avanzaba casi solo dos o tres leguas, delante de todo el ejército, viéndose obligado frecuentemente a beber aguas contaminadas, a no comer más que un pedazo de pan y a dormir bajo un árbol, esperando a sus tropas en medio del camino, apoyada la cabeza sobre su escudo como un simple soldado. Dara se vió obligado a abandonar Multan, a fin de no hallarse frente a frente de Aureng-Zebe, pues no se creía en condiciones para entablar combate.

Sobre este particular se discutió también mucho en todo el país, principalmente, es claro, por los políticos.

(1) Hoy Lahore, en el Punjab, al N. W. de la India.—(*Nota de la edición española.*)

(2) Multan está en el mismo Punjab, pero en el S. E. y junto al río Chenab, afluente del Indo.—(*Nota de la edición española.*)

Se decía que si al salir de Lahor se hubiese dirigido Dara al reino de Kabul (1), como se le aconsejaba, hubiese hallado allí más de 10.000 guerreros destinados a combatir a los *aganes*, los *persas* y a los *usbecos*, así como para la vigilancia del país, cuyo gobernador era Mohabet-kan, uno de los más antiguos y poderosos *omerahs* del Indostán, y que no había sido nunca amigo partidario de Aureng-Zebe. Además hubiese estado a las puertas de la Persia y del Usbec, pareciendo verosímil que, no faltándole dinero, toda aquella milicia y el mismo Mohabet-kan se hubiesen incorporado a sus tropas. Por lo demás, hubiera podido sacar partido, no sólo del Usbec y de Persia, como Humayon, a quien los persas restauraron en el trono en contra de Zakerkan, rey de los *patans*, que le había destronado. Pero Dara era demasiado terco para poder seguir un buen consejo. En lugar de hacer lo que se le aconsejaba, se encaminó hacia el Scindy y se apoderó de la fortaleza de Tarabakar, famosa plaza fuerte situada en el centro del río Indus.

Al verle tomar aquella dirección, Aureng-Zebe no consideró conveniente perseguirle más tiempo, felicitándose de que no hubiese tomado el camino de Kabul. Contentóse con enviar en su persecución siete u ocho mil hombres, mandados por su hermanastro Mir-Baba, y volvió sobre sus pasos, con la misma rapidez que a la ida, pues le preocupaba mucho lo que pudiese ocurrir en dirección de Agra.

(1) Kabul es la capital del actual Afghanistan; su nombre se extiende por toda una provincia al N. E. del Afghanistan, en el Hinduksh.—*Nota de la edición española.*

En efecto; alguno de aquellos poderosos *rajahs*, como Jesseingue y Jessomsseinge, podían intentar en su ausencia sacar a Chah-Jehan de su encierro. También era de temer que Solimán Chekuh y el *rajah* de Serenaguer dejasen su retiro de las montañas, y, finalmente, podía ocurrir asimismo que Sultán-Sujah se aproximase demasiado a Agra. He aquí un pequeño accidente que le ocurrió cierto día por querer precipitar los acontecimientos.

Al volver de Multan hacia Lahor, marchando con su rapidez acostumbrada, vió dirigirse a su encuentro al *raiah* Jesseingue, acompañado por cuatro o cinco mil de sus *rajipus*, con mucha impedimenta. Aureng-Zebe, que había dejado su ejército atrás y que sabía, por otra parte, que ese *rajah* sentía gran afecto por Chah-Jehan, sintióse muy impresionado, como es fácil suponer, pues temió que el *rajah* se aprovechara de la circunstancia y llevara a cabo una especie de golpe de Estado, apoderándose de él, para sacar a Chah-Jehan de su prisión, cosa que le hubiese sido muy fácil en aquella ocasión.

No se sabe si el *rajah* tenía algún propósito de esa naturaleza, pues había caminado con una velocidad realmente extraordinaria, hasta el punto de que Aureng-Zebe no había tenido la menor noticia de él y le creía aún camino de Delhi. Pero, ¡cuánto puede la firmeza y la presencia del ánimo! Aureng-Zebe, sin perder la serenidad, dirigióse hacia el *rajah* y, desde lejos, le hizo un signo con la mano para que se aproximase pronto, gritándole: «¡*Salamet Bachech Bajagi, Salamet Bachech Bajagil*!», lo que era tratarle de *señor ra-*

jah. Cuando el *rajah* estuvo a su lado le dijo: «Te esperaba con mucha impaciencia. Todo está hecho; Dara es hombre perdido; se ve solo. He enviado a Mir-Baba en persecución suya; no puede escaparse.» Al decir esto, en un momento de aparente efusión quitóse su collar de perlas y se lo entregó al *rajah*, diciéndole para inducirle a marcharse —hubiera querido verle ya muy lejos— : «*Rajah*, vete lo antes posible a Lahor. Mis tropas estan cansadas. Márchate pronto y espérame allí. Temo que ocurra algo en esa ciudad. Te hago gobernador de ella y lo pongo todo en tu poder. Por lo demás, te estoy muy agradecido por lo que has hecho con Solimán Chekuh. Y ¿dónde has dejado a Delil-kan? Yo sabré volver a vengarme. Pero, vete pronto, Salamet-Bacheft; adiós.»

Al llegar Dara a Tatabakar nombró gobernador de la plaza a un eunuco muy inteligente, bravo y generoso. Había en Tatabakar una fuerte guarnición de *patans*, y *sayeds*, con gran número de artilleros franceses, portugueses, ingleses y alemanes que habían seguido a Dara por las promesas que les hiciera —pues si triunfaba y llegaba a ser rey tendríamos que someternos todos a ser *omerahs* a pesar de ser *franguis*, cristianos—. Allí dejó la mayor parte de su tesoro y sin detenerse más que muy pocos días emprendió la marcha con dos o tres mil hombres. Caminando a lo largo del río Indo, hacia el Scindy, atravesó con una velocidad increíble todas aquellas tierras del *rajah* Jatche, dirigióse al Gúzarata y, por fin, llegó a las puertas de Amed-Abad. Era gobernador Chah-Navaze-kan, suegro de Aureng-Zebe. Había en la plaza una fuerte guarnición,

capaz de resistir. Sin embargo, bien porque le sorprendieran, bien por falta de entereza moral —aunque pertenecía a la raza de los antiguos príncipes de Machate, no era por esto hombre de guerra, sino hombre de placer, muy galante y cortés—, no opuso resistencia a Dara. Al contrario, le recibió con los mayores honores y supo tratarle tan hábilmente, que Dara fué tan cándido que se confió a él, revelándole sus planes hasta el extremo de enseñarle las cartas que recibía del *rajah* Jessomsseingue y de algunos amigos y partidarios que se disponían a reunirse con él. Y eso cuando era perfectamente cierto lo que todo el mundo le decía y que sus amigos le comunicaban en sus misivas, que infaliblemente Chah-Navaze-Kan le traicionaba.

Ningún hombre quedó nunca más sorprendido que Aureng-Zebe al saber que Dara estaba en Amed-Abad. Sabía que no le faltaba dinero y todos los descontentos, que eran numerosos, no dejarían de ir a reunirse con él. Por lo demás, le parecía poco seguro ir a buscarle él mismo a aquellos lugares, alejándose tanto de Agra y de Chah-Jehan e internándose en todas aquellas tierras de los *rajahs* Jesseingue, Jessomsseingue y otros de esas provincias. Además acababa de saber que Sultán-Sujah avanzaba con un poderoso ejército, encaminándose hacia Elabas, y que el *rajah* de Serenaguer se disponía a abandonar las montañas con Solimán-Cekuh; de suerte que se quedó perplejo, muy embarazado, sin saber qué partido tomar. Por fin creyó más conveniente dejar tranquilo a Dara por algún tiempo en compañía de Chah-Navaze-Kan, y atender a lo más urgente. Debía salir al encuentro de Sul-

tán-Sujah, que había pasado ya el río Ganges, en Elabas.

Sultán-Sujah había instalado su campamento en un pueblecillo llamado Kadjué, apoderándose, con muy buen acuerdo, de su gran *talab* o depósito de agua, situado junto al camino. Por su parte, Aureng-Zebe acampó a orillas de un arroyo que se hallaba a legua y media del campamento de Sultán-Sujah, en el camino de Agra. Entre ambos campamentos hay una gran llanura, muy a propósito para una batalla. Impaciente por terminar aquella guerra, Aureng-Zebe comenzó a hostilizar a Sujah desde el día siguiente de su llegada, dejando sus bagajes al otro lado del torrente. Hizo esfuerzos desesperados para vencer. El emir Jamla, prisionero del Decán, que llegó justamente el día de la batalla y que no tenía ya motivos para temer a Dara, pues su familia estaba en lugar seguro, dió pruebas de su energía, de su entereza moral y de su habilidad. Pero Sultán-Sujah se había fortificado bien, tenía una artillería excelente y muy ventajosamente emplazada, y Aureng-Zebe no pudo conseguir su propósito de hacerle retroceder para apoderarse él del depósito de agua. Al contrario, se vió obligado a retirarse varias veces, lo cual le desalentó mucho.

Sultán-Sujah no quería avanzar demasiado por la llanura, ni alejarse mucho del lugar ventajoso que ocupaba. Sólo quería defenderse, y en esto obraba muy juiciosamente; pensaba que Aureng-Zebe no podría permanecer allí mucho tiempo, que a causa de los rigores del calor se vería obligado a retroceder para proveerse de agua, y ese momento lo aprovecharía él

debidamente. Aureng-Zebe preveía lo mismo y esta era la causa de que se apresurase tanto. Pero no era esto todo. Pronto tuvo un nuevo motivo para preocuparse.

El *rajah* Jessomsseingue, que aparentemente se había reconciliado con él, llegó a la retaguardia de las tropas de Aureng-Zebe y saqueó sus bagajes y su tesoro, hecho que causó a aquél verdadero asombro. Y no fué eso sólo. Aureng-Zebe se apercibió del efecto que aquel desmán había causado en sus tropas. En efecto; enterados los soldados de la hazaña del *rajah*, muchos se sintieron invadidos por el pánico, se desbandaron y huyeron. Sin embargo, Aureng-Zebe no perdió la calma por esto. Comprendió que si retrocedía se aventuraba a perderlo todo, y decidió, como en la batalla de Dara, sostener, resistir el mayor tiempo posible, esperar con serenidad los acontecimientos. Pero el desorden cunde en su ejército. Sujah quiere aprovechar las circunstancias y ataca furiosamente. El conductor del elefante de Aureng-Zebe muere de un flechazo y él mismo le conduce como puede. Las flechas *llueven* sobre él, y Aureng-Zebe no cesa de lanzar las suyas. Hay un instante en que el elefante se espanta y retrocede. El peligro es grande, hasta el extremo de verse a Aureng-Zebe hacer un movimiento como si quisiese saltar a tierra. En su turbación, no se sabe lo que hubiese hecho si el emir Jamla no hubiera estado allí. En efecto; el emir, que se hallaba muy cerca y que, entre paréntesis, hacía todo lo que podía esperarse de un valiente como él, gritó a Aureng-Zebe, levantando la mano: «¡Decankul! ¡Decankul!» ¿Dónde

está el Decán? He aquí, al parecer la última extremidad a que podía ser reducido Aureng-Zebe. Ante un golpe se diría que la fortuna le abandona y no se vislumbra un medio de salvación para él. Pero su suerte es más grande que todo eso. *Es preciso* que Sultán-Sujah sea derrotado, que huya, como Dara, para salvar su vida; *es preciso* que Aureng-Zebe resulte victorioso, que lo venza todo, *que sea rey de las Indias*.

DERROTA DE SULTÁN-SUJAH

Hay que recordar la batalla de Samonguer, aquel encuentro, tan pequeño en apariencia, que perdió a Dara. Una traición semejante perderá a Sultán-Sujah. Allah-verdi-kan, uno de sus principales capitanes y que se había *vendido* al enemigo, según decían algunos, se servirá del mismo procedimiento que Calilullah empleó respecto de Dara. Debo decir, sin embargo, que muchas personas creyeron que no había habido perfidia, sino un acto de simple lisonja, pues viendo Allah-verdi-kan que las tropas de Aureng-Zebe se hallaban desorganizadas, corrió hacia Sultán-Sujah y le dijo palabras parecidas a las de Calilullah, suplicándole que no siguiese expuesto a tan inminente peligro, que bajase del elefante. «¡Bajad! ¡en nombre de Dios! —le gritó—. ¡Montad a caballo! ¡Dios os ha hecho soberano de las Indias! ¡Persigamos a los fugitivos! Que Aureng-Zebe no se nos escape.....» En fin, ¿por qué no decir pronto la extraña fortuna de Aureng-Zebe y el increíble azar que ha de convertir en sumamente favorables las situaciones más desesperadas? Sultán-Sujah, que no era

más sagaz que Dara, cometió el mismo error que éste. Apenas saltó del elefante, las tropas, no viéndole, sintieron temor, desencanto, pensando en una traición; muchos soldados le creyeron prisionero o muerto. Y ocurrió lo mismo que a las tropas de Dara en la batalla de Samonguer: los soldados se desbandaron y la derrota fué tan grande que Sultán-Sujah se consideró muy dichoso de haber podido salvarse.

Jessomsseingue, conocedor de tan extraños acontecimientos, y comprendiendo que no le convenía aproximarse a los lugares en que aquéllos se desarrollaban, contentóse con lo que había saqueado y se encaminó directamente a Agra (1), para luego marcharse a sus tierras. En Agra se había extendido el rumor de que Aureng-Zebe había perdido la batalla, cayendo prisionero, así como el emir Jemla, y que estaban en poder de Sultán-Sujah. Chah-heft-kan, que era gobernador de la ciudad y tío de Aureng-Zebe, al ver a la entrada de la plaza a Jessomsseingue, cuya traición conocía, y temiendo por su propia vida, había cogido una copa con veneno, dispuesto a bebérselo, y lo hubiese hecho, efectivamente, según se afirma, si sus mujeres no se hubiesen arrojado sobre él para arrebatárle la copa. En cuanto a Jessomsseingue, si hubiese tenido el valor de permanecer algún tiempo más en Agra, si hubiese amenazado audazmente a la ciudad y empleado la mayor energía para libertar a Chah-Jehan, le hubiese sa-

(1) Ciudad, en la actualidad, de 185.449 habitantes, perteneciente a las provincias unidas o de Agra y Oudh, en la India. Está situada en la margen derecha del Jumna, afluente del Ganges, en la llanura de la India central, a unos 160 m. de altitud. (*Nota de la edición española.*)

cado de su prisión tanto más fácilmente, cuanto que en todo Agra se creyó durante dos días en la derrota de Aureng-Zebe. Pero Jessomsseingue, que sabía muy bien todo lo sucedido, no se atrevió a permanecer más tiempo allí y se dirigió rápidamente a sus tierras.

Aureng-Zebe, que estaba intranquilo por el giro que tomaban las cosas en Agra, y que temía que Jessomsseingue intentase algo en favor de Chah-Jehan, no empleó mucho tiempo en la persecución de Sultán-Sujah y se retiró a Agra con todas sus tropas.

En Agra permaneció Aureng-Zebe algún tiempo interviniendo en todo y haciendo sus *preparativos*. Pronto supo que Sultán-Sujah no había perdido muchos hombres en su derrota, por no habersele perseguido tenazmente en su retirada. Hasta se decía que reclutaba muchos soldados en todas las comarcas de los *rajahs*, en las márgenes del Ganges (1), y que se fortificaba en Elabas, en el famoso e importante paso del río, que es, con la fortaleza, como la primera puerta de Bengala (2). Por lo demás, no estaban lejos dos personas que eran, a la verdad, muy capaces de servirle: Sultán-Mahmud, su hijo mayor, y el emir Jemla. Pero sabía

(1) El Ganges, río de los indios venerado, nace en el Himalaya, y tras 2.500 kilómetros de curso, desemboca en el Golfo de Bengala. (*Nota de la edición española.*)

(2) Bengala está formada por los depósitos aluviales del curso inferior y extenso delta del Ganges (124.974 kilóms² y 46 millones de habitantes o bengalíes, indios y mahometanos). Calcuta (1.222.000 habitantes) es su capital. Es, por excelencia, la región del cultivo del yute y del arroz. La riqueza extraordinaria en aluviones y tarquines que el Ganges acarrea, ha producido su extensa llanura de inundación y aun el delta, a pesar de desembocar en un mar con mareas. Es lugar de concentración humana de los más densos del mundo y centro de una civilización espléndida. (*Nota de la edición española.*)

que las personas que han prestado grandes servicios a un príncipe llegan a hacerse insoportables, creyendo que se les debe todo y que no habría manera de recompensarlas debidamente. Hasta llegó a apercibirse de que el primero comenzaba a emanciparse, a independizarse excesivamente, haciéndose más arrogante cada día por el hecho de haberse apoderado de la fortaleza de Agra y haber por esto frustrado todos los planes que hubiese podido tener Chah-Jehan.

En cuanto al emir, Aureng-Zebe reconocía su entereza moral y su valor; pero era esto mismo lo que le hacía más temible, pues sabiendo que era riquísimo, muy grande su fama, hasta el punto de considerársele el hombre más inteligente y hábil en los negocios de todas las Indias, no dudaba de que, como Sultán-Mahmud, tendría grandes ambiciones. Todo esto hubiese sido, ciertamente, susceptible de preocupar a un hombre mediocre; pero Aureng-Zebe halló remedio a todo. Los alejó a los dos con tal habilidad y *diplomacia* que ninguno pudo quejarse. Envio a ambos a luchar contra Sultán-Sujah, con un poderoso ejército, haciendo comprender secretamente al emir que el gobierno de Bengala, que es el mejor puesto del Indostán, sería para él mientras viviese y, después de su muerte, para su hijo; que de esa forma quería comenzar a probarle su agradecimiento por los grandes servicios que le había prestado; y, en fin, que sólo a él correspondía arrojar a Sujah de la fortaleza, y que en cuanto triunfase en su empresa le nombraría *Mir-ul-omerahs*, que es el cargo más alto y honorífico del Indostán, pues viene a significar *príncipe de los señores*, de los *omerahs*. A su hijo

Sultán-Mahmud, no le dijo más que estas breves palabras: «Acuérdate de que eres mi hijo primogénito y que vas a combatir por ti; que has hecho mucho, pero que será, sin embargo, como si nada hubieses hecho, si no te apoderas de la persona de Sujah, nuestro mayor y más poderoso enemigo. En cuanto a mí, espero, con la ayuda de Dios, acabar fácilmente con los demás enemigos.» Después los despidió con los honores habituales, regalándoles ricos *serapahs* o batas, algunos caballos y varios elefantes, enjaezados de un modo soberbio. Antes de que se marchasen consiguió del emir, a quien se lo pidió de la manera más *persuasiva*, que le dejase a su hijo único, Mahmett-Emirkan, para que le hiciese compañía, para cuidarle y educarle, según decía él; pero era más bien para tenerle como *prenda* o garantía de su fidelidad. Y de Sultán-Mahmud consiguió que dejase a su mujer, hija del rey de Golconda (1), como una *cosa muy embarazosa* en un ejército y en una expedición semejante.

Sultán-Sujah temía siempre que se lograra sublevar contra él a los *rajahs* del bajo Bengala, a los cuales había maltratado mucho. Pero nada temía tanto como tener que habérselas con el emir Jemla. En cuanto supo el propósito de aquéllos, y temiendo que le cortasen el camino de Bengala, y que el emir pasase por algún otro sitio el Ganges, por cualquier punto próximo a Elabas, levantó su campamento y se dirigió a Bena-

(1) Golconda, en la India meridional, no lejos de Hyderabad, capital de la provincia de su nombre, célebre por sus diamantes en el siglo xvi; el 89 por 100 de la población es india; un 46 por 100 habla telugu (de los dravidianos) y un 26 por 100 marathi (lenguaje ario); Golconda fué arruinada por Aureng-Zebe. (Nota de la edición española.)

res (1) y Patna (2), desde donde marchó a Moguire, pequeña ciudad situada a orillas del Ganges.

Este lugar es considerado como la llave del reino de Bengala, y consiste en una especie de desfiladero entre las montañas y los bosques.

Sultán-Sujah creyó conveniente detenerse en ese sitio y fortificarse. Para mayor seguridad, hizo construir una gran trinchera —que vi algunos años después, al pasar por allí—, que iba desde la ciudad y el río hasta las montañas. La construyó con el decidido propósito de esperar a pie firme al emir Jemla, y disputarle el paso. Pero se asombró mucho cuando supo que las tropas del emir, que bajaban lentamente por las orillas del Ganges, no estaban allí, sin duda, más que para entretenerle, pues el emir no se hallaba con ellas.

Según se dijo, el emir Jemla había conseguido que los *rajahs* de las montañas que hay en la margen derecha del río, le dejasen libre el paso, por lo que él y Sultán-Mahmud caminaban a través de sus tierras, a marchas forzadas, seguidos de las mejores tropas y en dirección de Rage-Mehalle. Su propósito era cortar el paso a Sultán-Sujah. Este se vió obligado a abandonar inmediatamente sus posiciones. Sin embargo, emprendió una marcha tan veloz, que, no obstante verse obligado a seguir el gran recodo o curva que el Ganges formaba

(1) Benares (203.804 habitantes en la actualidad), de las provincias de Agra y Oudh, sobre el Ganges, es ciudad sagrada entre los indios. (*Nota de la edición española.*)

(2) Patna (136.153 habitantes, sobre el Ganges, aguas abajo de Benares, es capital de Bihar y Orissa, provincia (desde 1912) constituida por las subprovincias de Bihar, Orissa y Chota Nagpur, cuyos 34.500.000 habitantes son indios en su inmensa mayoría. (*Nota de la edición española.*)

en aquel lugar hacia la izquierda, se adelantó al emir en algunos días, llegando antes a Rage-Mehalle, donde tuvo tiempo de escoger buenas posiciones y fortificarlas. El emir había tenido noticias de los movimientos de Sultán-Sujah, y se encaminó al Ganges por la izquierda, a través de inextricables senderos, para esperar allí a sus tropas, que bajaban, con la artillería gruesa y la impedimenta, a lo largo del río. En cuanto llegaron las fuerzas, el emir salió en busca de Sultán-Sujah, para atacarle. Este se defendió muy bien durante cinco o seis días; pero al ver que la artillería del emir, que disparaba incesantemente, destruía sus obras de fortificación, hechas con tierra, arena y raíces, comprendió que le sería muy difícil sostenerse en aquellas posiciones, y, además, al pensar que se acercaba el período de las lluvias, decidió retirarse durante la noche, dejando abandonadas dos piezas de artillería gruesa. El emir no se atrevió a perseguirle durante la noche, por temor a alguna emboscada; pero se dispuso a hacerlo al día siguiente. Mas la suerte favoreció a Sultán-Sujah. Al amanecer comenzó una lluvia que duró más de tres días, de suerte que el emir, no sólo no pudo salir en ese tiempo de Rage-Mehalle, sino que se vió obligado a pasar el invierno en esa localidad. Las lluvias son excesivas en esa región, haciendo que los caminos estén intransitables durante más de cuatro meses —desde julio a fines de octubre o mediados de noviembre. Las tropas no podrían aventurarse por tales caminos. Así, Sultán-Sujah pudo retirarse tranquilamente y elegir el sitio que le pareció conveniente, disponiendo de tiempo para reorganizar su ejército y hacer transportar desde

el bajo Bengala numerosos cañones, así como a muchos portugueses que se habían refugiado allí a causa de la gran fertilidad del país.

Sultán-Sujah trataba con la mayor benignidad a todos los padres misioneros portugueses de aquella provincia, prometiéndoles nada menos que hacerlos ricos a todos y facilitar la construcción de iglesias allí donde ellos quisieran. Por esto los misioneros estaban siempre propicios a servirle. Hay que tener en cuenta que en el reino de Bengala no habrá menos de ocho o nueve mil familias de *franguis*, portugueses nativos o mestizos.

LEFECCIÓN DE SULTÁN-MAHMUD

Sultán-Mahmud, que por las razones antedichas sentía una gran vanidad, aspirando tal vez a cosas que no debía lograr por entonces, pretendía mandar el ejército como jefe absoluto, y que el emir Jemla ejecutase sus órdenes. Hasta llegó a pronunciar en ocasiones palabras llenas de rencor hacia su padre Aureng-Zebe, como si éste le debiese a él su corona, y epítetos de menosprecio o desdén, respecto del emir. Esto dió lugar a que se enfriase la amistad que les unía. Esta situación duró algún tiempo, hasta el día en que Sultán-Mahmud, sabiendo que su padre estaba muy descontento de su conducta y temiendo que el emir llegase a recibir orden de apoderarse de su persona, fué en busca de Sultán-Sujah, acompañado de un pequeño contingente de sus tropas. Sultán-Mahmud juró fidelidad a Sujah y le hizo grandes promesas; pero éste te-

mió que se tratase de alguna estratagema de Aureng-Zebe y del emir Jemla para apoderarse de él y no podía confiar en Sultán-Mahmud. Le admitió a su servicio, pero le vigilaba siempre, y no le confió ningún mando superior en su ejército, lo cual contrarió tanto a Sultán-Mahmud, que algunos meses después, no sabiendo qué hacer, decidióse a abandonar a Sujah, e ir de nuevo en busca del emir, como antes le había abandonado. El emir, le recibió con afabilidad, asegurándole que escribiría en su favor a Aureng-Zebe y que haría todo lo posible cerca de él para hacerle olvidar su falta.

Debo señalar aquí, de paso, lo que se me dijo en tal ocasión. Al parecer, aquella *escapatoria* de Sultán-Mahmud había sido una estratagema de Aureng-Zebe, hombre a quien no le preocupaba el aventurar o exponer la vida de aquel hijo, con tal de perder a Sujah, y que, después de todo, tenía un pretexto para ponerle a buen recaudo.

Aureng-Zebe manifestó después estar muy descontento de él y le escribió una carta durísima, en la que le mandó que regresase a Delhi (1); pero al mismo tiempo dió órdenes para que no pudiese llegar a la capital. Y, en efecto; no bien hubo atravesado el río Ganges, un destacamento de soldados le detuvo y le encerró en un *embary*, como se hizo con Morad-Bakche, con-

(1) Delhi (232.837 habitantes) es capital del Punjab, provincia india en que de sus 20 millones de habitantes, 54 por 100 son mahometanos; 39 por 100 indios y la lengua aria punjab (una de las 162 que se hablan en la India, es la usada por la mayor parte de la población. Fué durante mucho tiempo residencia del Gran Mogol, como refiere Bernier. (*Nota de la edición española.*)

duciéndole luego a Gualeor (1), de donde no se cree que salga jamás.

Libre ya de una gran preocupación, Aureng-Zebe dió a entender a su segundo hijo, Sultán-Mazam, que el reinar es algo tan delicado, que los reyes deben casi tener celos de su sombra, y que si él no se conducía prudentemente, podría ocurrirle lo que a su hermano. Le hizo comprender también, que él, Aureng-Zebe, no era hombre con quien se pudiese hacer lo que Chah-Jehan hizo con su padre, Jehan-Guirre, y lo que él había visto hacer en los últimos días al mismo Chah-Jehan.

A propósito de ese hijo de Aureng-Zebe, diremos que si continúa siendo como ha sido hasta ahora, su padre no tendrá motivo para estar descontento ni sospechar de él, pues jamás hubo esclavo más sumiso y jamás el mismo Aureng-Zebe pareció más limpio de ambición, ni más perfecto *fakir* que su hijo Sultán-Mazam. He oído a personas inteligentes criticar eso; pero dada la política extraña de su padre, el tiempo nos dirá si están en lo cierto.

DESASTRES DE DARA

Pasemos a otra cosa.

Mientras todo eso tenía lugar en Bengala, y Sultán-Sujah seguía resistiendo a las fuerzas del emir Jemla,

(1) Gualeor, que los ingleses escriben Gwalior, es capital de la India central, grupo de 82 estados indígenas, de cuyos 11 millones de habitantes el 70 por 100 habla indio, aun cuando el 81 por 100 sea de religión mahometana. Gwalior (o Lashkar) tiene 46.952 habitantes. (*Nota de la edición española.*)

pasando tan pronto de una orilla del Ganges o de un canal —todo lo que depende del régimen de las lluvias es caudaloso o está expuesto a inundaciones en ese país (1)—, a otra orilla, Aureng-Zebe seguía en los alrededores de Agra, pero sin detenerse en un sitio fijo. Por fin, después de haber hecho conducir a Gualleor a Morad-Bakche, encaminóse a Delhi, donde comenzó a *actuar* de rey sin el menor reparo, dirigiendo todos los asuntos del reino. Era su obsesión la manera de apoderarse de Dara y obligarle a salir del Guzarate, cosa muy difícil por las razones que expuse antes; pero la suerte extraordinaria y la suma habilidad de Aureng-Zebe, le hicieron lograr su propósito. Veamos cómo ocurrieron las cosas.

Jessomsseingue, que se había retirado a sus tierras, muy satisfecho por lo que saqueara en la batalla de Kadjoné, organizó un fuerte ejército y escribió a Dara para rogarle que fuese a verle lo antes posible, en dirección de Agra, y que él iría a buscarle en el camino.

Dara había logrado reunir numerosas tropas y esperaba que, al acercarse a Agra, muchos de sus amigos y partidarios, que le verían con Jessomsseingue, irían a reunirse con él infaliblemente, por lo que se encaminó en el acto a Amed-Abad y desde allí a Asmire, que se halla a siete u ocho jornadas de Agra. Pero Jessomsseingue no cumplió su palabra. El *rajah* Jesseingue se

(1) Los monzones son los vientos que regulan en la india las precipitaciones exacerbadas por el influjo del relieve de la cadena del Himalaya. El valle del Ganges es (con la cuenca del Amazonas y del Congo) uno de los países más lluviosos del mundo. En Calcuta llueven 1.655 milímetros y en Teherrapunji 12.040 milímetros (después de las islas Hawai la máxima registrada en el mundo). (*Nota de la edición española.*)

había entrometido en el asunto, para ponerle de acuerdo con Aureng-Zebe e incorporarle a su partido, o, por lo menos, impedir su propósito, que era susceptible de perderle a él mismo, y de provocar una revolución entre los *rajahs*. Le escribió varias veces para hacerle comprender el grave peligro que corría afiliándose a un partido vencido, como era el de Dara. Debía meditar detenidamente lo que iba a hacer, pues podía perderse él y ser la ruina de toda su familia. Aureng-Zebe no le perdonaría nunca: era *rajah* como él; debía ahorrar la sangre de sus *rajipus*; si pensaba atraerse a su partido a los *rajahs*, hallaría quien pondría obstáculos a ello; y, en fin, era aquél un asunto que concernía a todos los indios y corría peligro si se dejaba que tomase incremento un fuego que no se extinguiría cuando se quisiese. Como conclusión, si dejaba a Dara arreglar sus asuntos por sí mismo, Aureng-Zebe olvidaría lo pasado y le devolvería todos los bienes de que se apoderó, confiándole además el gobierno de Guzarata, cargo muy ventajoso para él, por hallarse ese país próximo a sus tierras. Allí podría vivir en plena libertad mientras quisiese, siendo él garantía de todo. En una palabra: ese *rajah* se condujo de tal modo, que hizo a Jessomsseingue volver a sus tierras, mientras Aureng-Zebe se encaminó con todo su ejército a Asmire, acampando frente a las tropas de Dara.

¿Qué podrá hacer el desventurado Dara? Se ve abandonado, desilusionado. Considera imposible volver sano y salvo con sus tropas, a Amed-Abad, pues tendría que caminar más de treinta y cinco días, en pleno verano, sin que sus tropas tuviesen agua sufi-

ciente. Y las tierras que tendría que atravesar pertenecían a *rajahs* que eran amigos o partidarios de Jessomsseingue. En fin, el ejército de Aureng-Zebe, que no se hallaba agotado como el suyo, no dejaría de seguirle. «Vale más —dijo—, sucumbir aquí; aunque la partida sea desigual, arriesguémoslo todo y demos la batalla.» ¿Y qué es lo que espera? No sólo se halla abandonado, sino que tiene a su lado a Chah-Navaze-kan, en quien confía, *pero que le hace traición* y descubre a Aureng-Zebe todos sus planes. Cierto es que Chah-Navaze-kan halló la muerte en la batalla, fuese por mano del propio Dara, como muchas personas me dijeron, o asesinado —y esto es más verosímil— por soldados del ejército de Aureng-Zebe, que, siendo secretos partidarios de Dara, hallaron la manera de acercarse a Chah-Navaze-kan y asesinarle, temiendo que les descubriera, o que conociese las cartas que habían escrito a Dara. Pero ¿de qué le servía que Chah-Navaze-kan muriese? Fué antes cuando debió pensar en seguir el consejo de sus amigos y no fiarse nunca de aquél.

Entre nueve y diez de la mañana comenzó el combate. La artillería de Dara, emplazada en una pequeña altura, se hizo oír bastante. Pero se dijo después que disponía de escasas municiones, a causa de los traidores que había entre sus tropas. No es necesario referir las particularidades de esa batalla: ni siquiera fué una batalla, sino más bien una simple derrota. Diré solamente que, apenas comenzado el combate, Jesseingue se halló muy cerca de Dara y envió a un ayudante para que le dijese que debía retirarse en el acto, si no quería caer prisionero. El infeliz príncipe, muy extra-

ñado y confuso, se vió obligado a retirarse rápidamente, y lo hizo con tanto desorden y precipitación, que ni siquiera pudo transportar sus bagajes. Y debió considerarse satisfecho, si pudo salvar a su mujer y al resto de su familia.

Es indudable que si el *rajah* Jesseingue hubiese querido apresurarse, aunque hubiera sido poco, le habría sido imposible a Dara el escaparse. Pero Jesseingue respetó siempre a la familia real, o, mejor dicho, era demasiado sagaz y hábil político para aventurarse a prender a un príncipe de la casa reinante.

El desdichado Dara, abandonado, sin contar más que con unos dos mil hombres, vióse obligado a atravesar, en pleno estío, sin tiendas ni bagajes, todas las tierras de los *rajahs* que se extienden desde Asmire hasta Amed-Abad. Y los *kullys* (1), moradores de aquellos territorios, y que son los seres más malvados y ladrones de toda la India, le seguían día y noche, saqueando y asesinando a sus soldados con la mayor crueldad. ¡Desgraciado del que se quedaba un poco atrás, a doscientos pasos siquiera del resto de las tropas! En el acto le dejaban completamente desnudo, y le mataban si ofrecía la menor resistencia. Por fin llegó Dara a una jornada de Amed-Abad, esperando entrar al día siguiente en la ciudad para descansar y ver la manera de conseguir algunos refuerzos. Pero todo se concita contra los vencidos y los infortunados.

El gobernador que él dejara en el castillo de Amed-Abad había recibido de Aureng-Zebe varias cartas

(1) Lo mismo que labrador.

amenazadoras y llenas de promesas al mismo tiempo. Y aquel gobernador se había intimidado, acabando por acceder cobardemente a lo que se le pedía. Escribió, pues, a Dara, diciéndole que no se aproximase al castillo, pues hallaría cerradas las puertas y a la guarnición preparada para la batalla.

Hacia tres días que había encontrado yo al príncipe, por uno de los azares más extraordinarios, obligándome a seguirle porque no tenía médico. La tarde anterior al día en que recibió aquella noticia había tenido la bondad de hacerme entrar en el *karavanserak* —especie de barraca— en que se hallaba, pues temió que los *kullys* me asesinasen aquella noche. Y lo que es bastante difícil de creer en el Indostán, donde los grandes señores son enormemente celosos: me hallaba tan cerca de la mujer del príncipe que las cuerdas de los *kanakes* o biombos que les resguardaban —pues el pobre Dara no disponía ni de una miserable tienda de campaña— estaban atadas a las ruedas de mi carreta. Recuerdo este detalle únicamente para que se comprenda la triste situación a que había llegado el príncipe. Cuando las mujeres oyeron la triste noticia —recuerdo que fué al amanecer— comenzaron a lanzar gritos y lamentos tan extraños, tan lastimeros, que movían a compasión. La turbación y la ansiedad eran inenarrables. Todos se miraban, nadie sabía qué hacer ni lo que ocurría.

Un instante después vimos salir a Dara, pálido como un cadáver, hablando ora al uno, ora al otro, incluso a los más humildes soldados. Dara comprende el asombro de todos y piensa que van a abandonarle. ¿Qué

será entonces de él? ¿Y adónde irá? Es preciso partir al instante... Por el siguiente detalle se puede juzgar también de la situación de Dara. De los tres grandes bueyes de Guzarata que tiraban de mi carreta había muerto uno el día anterior, otro murió durante la noche y el tercero no podía andar más —desde hacía tres días nos había sido preciso caminar casi sin descanso, con un calor y un polvo insoportable—. No le fué posible, por más que hizo, hallar para sí, y para una de sus mujeres, que tenía herida una pierna, ni bueyes, ni camellos, ni caballos, viéndose obligado —por fortuna mía— a dejarme allí. Yo le vi partir con lágrimas en los ojos, acompañado de cuatro o cinco jinetes; llevaba dos elefantes que, según parece, iban cargados de oro y plata. Oí decir que pensaba tomar el camino de Tarabakar. Dara no creía que hubiese otra solución mejor. Pero el viaje a Tarabakar parecía imposible de realizar a causa de la escasa tropa que le quedaba y de los grandes desiertos arenosos, la mayoría sin agua, que debía atravesar en lo más riguroso del estío. Y, en efecto: la mayor parte de los que le acompañaron, incluso algunas de sus mujeres, perecieron de sed, o por haber bebido aguas contaminadas, de frío, de hambre, o a manos de los *kullys*. Sin embargo, Dara consiguió al fin llegar a las tierras del *rajah* Karche, considerándose desdichado por no haber perecido él también en aquel camino maldito.

El *rajah* Karche le acogió muy amablemente, prometiéndole ayudarle con todas sus fuerzas si consentía en casar a su hija con su hijo. Pero Jesseingue empleó muy pronto cerca de este *rajah* el procedimiento que

empleara con Jessomsseingue, de suerte que Dara, viendo un día que la amistad de aquel bárbaro se había enfriado y que, por consiguiente, corría peligro allí, no vaciló un momento en proseguir su marcha a Tarabakar.

Decir cómo me libré de los *kullys*, o ladrones, de qué manera les excité a compasión, cómo salvé la mejor parte de mi pequeño tesoro, llegando a ser en el acto buenos amigos, gracias a una medicina, y cuando mi carretero y mi criado, tan asustados como yo, juraban y perjuraban que yo era el médico más sabio del mundo y que los soldados de Dara me habían maltratado cruelmente y saqueado todo lo mejor que poseía; referir todo eso, y cómo al cabo de siete u ocho días tuvieron la generosidad de prestarme un buey y acompañarme hasta que se divisaron las torres de Amed-Abad; y, finalmente, cómo a los pocos días volví a Delhi, aprovechando la circunstancia de que un *omerah* iba a la capital, y hallando en el camino cadáveres de hombres, de elefantes, de bueyes, caballos y camellos, restos del infortunado ejército de Dara, son cosas que no valen la pena de ser relatados en este lugar.

Mientras Dara avanza hacia Tarabakar, la guerra continúa en Bengala, y durará más tiempo del que se pensaba. Sultán-Sujah hace esfuerzos increíbles y se juega la última carta con el emir Jemla. Pero no era esto lo que más preocupaba a Aureng-Zebe, pues sabía que Bengala estaba muy lejos de Agra y conocía la prudencia y el valor del emir. Lo que le inquietaba eran las andanzas de Solimán-Cekuh. Este se hallaba

a unas ocho jornadas de Agra. A pesar de sus esfuerzos no podía apoderarse de él, y esto le tenía en perpetua alarma, pues a cada momento oía decir que Solimán había abandonado las montañas en compañía del *rajah*. Y en todo caso, la empresa de apoderarse de él era muy difícil.

Veamos los medios de que se valió Aureng-Zebe para lograrlo.

Hizo que el *rajah* Jesseingue escribiese al de Sere-naguer, prometiéndole grandes ventajas si le facilitaba la manera de apoderarse de Solimán Chekuh, y amenazándole al mismo tiempo con declararle la guerra si se obstinaba en tenerle en su poder. El *rajah* contestó que antes perdería su Estado que cometer una acción tan cobarde. Al ver la resolución del *rajah*, Aureng-Zebe se puso en campaña y se dirigió al pie de los montes con una infinidad de hombres que se ocuparon en hacer saltar las rocas y abrir unos senderos. Pero el *rajah* se mofaba de aquellos trabajos. Nada tenía que temer por aquel lado. Ya podía Aureng-Zebe proseguir su tarea. Como dije antes, son montañas inaccesibles a un ejército y las rocas bastarían para detener a las tropas de cuatro Indostanes. Aureng-Zebe tuvo que desistir y marcharse de allí.

Entretanto, Dara se aproximaba a la fortaleza de Tarabakar. No se hallaba más que a dos o tres jornadas de ella, cuando recibió noticias de que Mir-Baba, que la sitiaba desde hacía tiempo, la había reducido, al fin, al último extremo. Por algunos franceses y *franguis* que se hallaban en la plaza supe después que la libra de arroz y de carne habían llegado a valer más de

un *escudo* (1), y los demás víveres costaban a proporción de eso. Sin embargo, la plaza se sostenía, realizando la guarnición *salidas* que quebrantaban mucho al enemigo, dando pruebas de la mayor prudencia, valor y fidelidad y burlándose de todos los esfuerzos del general Mir-Baba y de las amenazas y promesas de Aureng-Zebe.

Así me lo refirieron después varios franceses y *franguis* que habían estado allí durante el sitio de la fortaleza. Según decían, cuando se supo que Dara se hallaba cerca redobló sus liberalidades y supo enardecer tanto a los soldados y animarles para el combate, que no había uno solo que no estuviese decidido a luchar y a arriesgarlo todo para hacer levantar el sitio y permitir la entrada de Dara en la fortaleza. Había sabido sembrar el terror y el pánico en el campo de Mir-Baba, logrando hábilmente que algunos espías se mezclasen a las tropas, asegurando que habían visto a Dara aproximarse con tantas fuerzas que, de llegar, como se creía a cada momento, el ejército enemigo se desbandaría en cuanto le viese aparecer. Hasta muchos soldados se pasarían al bando de Dara. Pero éste es demasiado desgraciado para intentar algo con éxito. Creyendo que hacer levantar el asedio de la fortaleza con las escasas tropas de que disponía era una cosa imposible, decidióse a pasar el río Indo (2) y procurar internarse

(1) Había, en tiempos de Bernier, escudos de 3 y de 6 libras (*Nota de la edición española.*)

(2) El Indo o Sind, el gran río occidental de la India, nace en la alta meseta del Tibet, en Jiachan (Singhtod), cruza las altas montañas de Kashmir, tajando el alto reborde montañoso del Tibet y se vierte en la llanura indostánica. (*Nota de la edición española.*)

en Persia, aunque no se le ocultaban las dificultades y peligros de tal empresa, a causa de los desiertos y de la carencia de agua en aquellos parajes. Además, habitan aquellas fronteras pequeños *rajahs* y *patans* (1) que no reconocen autoridad ninguna, ni de persas ni de mogoles. Por otra parte, su mujer intentó disuadirle, diciéndole que iba a tener el valor de ver a su mujer y a su hija esclavas de un rey de Persia; que eso era indigno de la grandeza de su familia y que era preferible morir a sufrir tal infamia, como si en otro tiempo la mujer de Honmayu hubiese consentido en ser esclava del rey de Persia.

Dara recordó en aquel trance que vivía en aquellos contornos un *patan* muy poderoso llamado Gion-Kan, a quien él en ciertas circunstancias había salvado dos veces la vida. Chah-Jehan había ordenado que le arrojasen bajo un elefante por haberse rebelado varias veces. Dara pensó que tal vez podría facilitarle tropas suficientes para atacar a los sitiadores de Tarabakar. Se hacía la ilusión de que en esta plaza podría rescatar su tesoro y, dirigiéndose a Kandahar (2), penetrar en el reino de Kabul (3), pues abrigaba la esperanza de ser bien acogido por el gobernador Mohabet-kan, hombre valeroso, muy querido de sus súbditos y que había obtenido aquel puesto gracias a él, a Dara.

Pero el nieto de éste, Sepe-Cekuh, a pesar de su

(1) O actuales afganes.

(2) Ciudad importante (a unos 1.000 metros de altitud) del Afghanistan sudeste.

(3) Cabul o Kabul es capital del Afghanistan, situado en el N. E. de la meseta del Iran. De los 4.500.000 habitantes del Afghanistan, millón y medio son afganes o patanes, un millón tajiks y el resto los nómadas hazaras, los aimakos (mogoles 200.000) y los usbec o usbeg turcos. (Nota de la edición española.)

corta edad, se arrojó a sus pies, suplicándole en nombre de Dios que no penetrase en las tierras de aquel *patan*. Su mujer y su hija hicieron lo mismo, diciéndole que el *patan* era un ladrón, un rebelde, que infaliblemente le haría traición. Además, no debía obstinarse en hacer levantar el sitio de Tarabakar, conviniéndole más dirigirse al Kabul, pues era de esperar que Mir-Baba no desistiese de tomar aquella plaza para perseguirle a él e impedirle penetrar en aquel reino.

Como arrastrado por la fuerza de su infausto destino, Dara desoyó sus consejos, alegando, como era verdad, que la marcha sería muy difícil y peligrosa. A su juicio, Gion-Kan no sería tan cobarde y vil para hacerle traición después de haberle salvado él la vida. Y en el acto emprendió la marcha hacia los territorios del *patan*. Iba a experimentar a costa de su vida, que no hay que fiarse jamás de un hombre perverso.

El *patan* creyó en el primer momento que seguían a Dara numerosas tropas, y le acogió con la mayor amabilidad, alojando a sus soldados y dando órdenes para que se les tratase bien y se les obsequiase con bebidas refrescantes.

Pero en cuanto supo que Dara no disponía más que de doscientos o trescientos hombres, se reveló tal como era. No consta si había recibido cartas de Aureng-Zebe o si tentaron su avaricia algunas mulas de Dara que, según se decía, iban cargadas de oro, única riqueza que había podido salvar tanto de los salteadores como de los que la conducían. Como quiera que fuese, cierta mañana en que Dara y sus hombres descansa-

ban, creyéndose seguros, el traidor, que se había ocupado durante toda la noche en hacer acudir gente armada de diversos lugares, se arrojó sobre Dara y su nieto, mató a algunos de los soldados que intentaron defender a su jefe, y apoderóse del tesoro que conducían las mulas, así como de todas las alhajas de la mujer de Dara. Luego ordenó que atasen a éste de pies y manos y le montaran sobre un elefante. Hizo que detrás del infortunado Dara se colocase un verdugo con orden de cortarle la cabeza si hacía el más leve movimiento o si alguien trataba de apoderarse de él. En esa situación terrible le condujo a la plaza de Tarabakar y le puso a disposición del general Mir-Baba, quien, a su vez, le hizo conducir, acompañado del mismo traidor, a Lahor y luego a Delhi.

AURENG-ZEBE, EL FRATRICIDA

Cuando llegó a las puertas de Delhi, Aureng-Zebe deliberó sobre si debía hacérsele pasar por el centro de la ciudad, para conducirle después a Gualeor. Muchos miembros del Consejo real opinaron en contra, o, mejor dicho, según ellos había que guardarse muy bien de hacer tal cosa. Podía promoverse algún desorden y darse el caso de que alguien quisiese apoderarse de Dara. Además sería un deshonor muy grande para la familia real. Otros, por el contrario, sostuvieron que era absolutamente preciso que pasase por el centro de la ciudad, a fin de asombrar a todo el mundo, de hacer comprender la omnipotencia de Aureng-Zebe y convencer al pueblo, que podía dudar

de que fuese Dara, como ocurría a muchos *omerahs*. Al mismo tiempo, los partidarios de Dara perderían toda esperanza en el triunfo de su causa.

Prevaleció esta última opinión. Dara fué montado sobre un elefante y a su lado colocaron a su nieto, Sepe-Cekuh, sentándose detrás de ellos el verdugo Bhadur-Kan. No era ese elefante uno de aquellos soberbios ejemplares de Ceilán o de Pegu (1) que Dara estaba acostumbrado a montar, con arneses dorados, finos mantos, asientos y respaldos esculpidos y doseles magníficos, para resguardarse del sol. Era un viejo y miserable animal, sucio, que llevaba sobre el lomo una manta rota, lamentable. Y Dara no ostentaba ya el collar de gruesas perlas que los príncipes indios llevan habitualmente, ni el rico turbante y la *cabaia* o chaquetilla bordada. Llevaba por todo vestido una bata de tosca tela blanca y sucia y un turbante del mismo tejido, con una cintura de cachemira, como un esclavo. Su nieto vestía de un modo análogo. Así entró Dara en la ciudad, haciéndosele recorrer las calles principales, donde están los grandes *bazares*, para que todo el mundo le viese y no pudiera dudar de que era él.

Yo temía que pudiera suscitarse alguna revuelta, dando origen a cualquier matanza terrible, y me asombraba la osadía de aquellas gentes al hacer pasar a Dara en tal estado, por el centro de la ciudad, pues sabía que iba mal escoltado y que el príncipe gozaba aún de cierta estimación entre los elementos popula-

(1) Pegu, en Busma, la región más oriental de la India. (Nota de la edición española.)

res. Estos daban entonces señales inequívocas de su descontento por la crueldad y la tiranía de Aureng-Zebe, que, como sabemos, tenía encarcelados a su padre, a su propio hijo Sultán-Mahmud y a su hermano Morad-Bakche. Yo me había preparado para aquel *espectáculo*, y, montado en un buen caballo y acompañado por dos criados, me situé, con dos amigos, en una de las calles más céntricas, por donde debía pasar Dara. No hubo un solo hombre que tuviese el valor de echar mano a la espada. Pero algunos *fakires* y varios hombres del pueblo, al ver al *patan* traidor montado a caballo, marchando al lado de Dara, comenzaron a apostrofarle, llamándole traidor y arrojándole piedras. Las terrazas y los bazares estaban llenos de espectadores, que no podían contener el llanto. No se oían más que gritos y lamentos, e injurias y maldiciones dirigidos al traidor Gion-Kan. En fin, hombres y mujeres, grandes y chicos —los indios tienen un corazón muy sensible—, derramaban lágrimas, revelando una gran compasión; pero no hubo uno solo que protestase, que osara desenvainar la espada. Después de hacerle recorrer así la ciudad, se condujo a Dara a un jardín llamado Heider-Abad.

Desde el primer momento se hizo saber a Aureng-Zebe que todo el pueblo, al ver pasar a Dara, daba muestras de profundo sentimiento, maldiciendo al *patan* que le entregó traidoramente a sus enemigos; que se habían lanzado piedras contra él y, en fin, que hubo un momento de grave peligro, en que se pudo temer una sedición. En vista de ello, Aureng-Zebe convocó a un nuevo Consejo, para deliberar acerca de lo que

se debía hacer: si se conduciría a Dara a Gualeor, como se había acordado antes, o si sería más *expeditivo* matarle en el acto. Algunos consejeros opinaron que debía ser llevado a Gualeor, con una fuerte escolta. El mismo Danech-Mend-Kan, enemigo de Dara desde hacía tiempo, se pronunció por esa solución. Pero Rauchenara-Begum, impulsado por el odio hacia su hermano, incitó mucho a Aureng-Zebe para que le hiciese morir, sin aventurarse a conducirlo a Gualeor. Esta *solución* defendieron también los antiguos enemigos de Dara, Kali-Gullah-Kan y Chah-Heft-Kan y, sobre todo, cierto médico aventurero que había huído de Persia, que se llamó primeramente Hakim-Dud, y llegó a ser después el gran *omerah* Takarruba-Kan. Este miserable se levantó en plena asamblea y con una crueldad feroz comenzó a gritar que era conveniente para la seguridad del Estado hacer morir a Dara en el acto, mucho más no siendo musulmán, pues hacía tiempo que se había hecho *kafer*, es decir, idólatra sin religión; terminó pidiendo que el pecado cayese sobre su cabeza. Y en verdad que cayó sobre él el pecado y la maldición, pues no transcurrió mucho tiempo sin que incurriese en las iras del rey, siendo tratado como un infame y muriendo ignominiosamente. Pero en aquella ocasión, Aureng-Zebe, dejándose persuadir, ordenó la muerte de Dara. En cuanto a su nieto Sepe-Chekuh, fué encerrado en Gualeor.

Se encargó de aquella horrible ejecución un tal Mazer, que había sido educado por Chah-Jehan y que, según se sabía, en otro tiempo fué maltratado por Dara. Este verdugo, acompañado de otros tres o cua-

tro asesinos semejantes, fué en busca de Dara, que se hallaba en aquel momento con Sepe-Chekuh ¡co-
ciendo unas lentejas!; tan grande era su temor de que
se le envenenase. En cuanto Dara vió a Mazer, gritó,
dirigiéndose a Sepe-Chekuh: «¡Hijo mío! ¡vienen a
matarnos!»; y se apoderó al mismo tiempo de un pe-
queño cuchillo de cocina, única arma que se le había
dejado. Pero uno de los verdugos se arrojó inmedia-
tamente sobre Sepe-Chekuh, mientras los otros su-
jetaban a Dara por los brazos, le arrojaban al suelo, su-
jetándole fuertemente, y en esta posición, Mazer le
cortó la cabeza. Esta, fué llevada en el acto a Aureng-
Zebe, que se hallaba en la fortaleza. El fraticida or-
denó que colocasen la cabeza en un plato y que le lle-
vasen agua. Al presentarle ambas cosas, pidió un pa-
ñuelo y, después de lavar bien el rostro y enjugar la
sangre, convenciéndose de que era, en efecto, la cabeza de
Dara, y comenzó a sollozar, exclamando: «¡*Bedbak!*»
¡Ah! ¡infeliz...! ¡Quiten esto de mi presencia...! Que
lo lleven a enterrar al sepulcro de Honmayu.

Aquella noche internaron en el serrallo a la hija de
Dara y luego fué enviada a Chah-Jehan y a Begum-
Saheb, que así lo habían pedido a Aureng-Zebe. En
cuanto a la esposa de Dara, había acabado sus días en
Lahor: se había envenenado, previendo las desdichas
que le esperaban con su esposo. Sepe-Chekuh fué
conducido a Gualeor. En fin, pocos días después se
hizo comparecer a Giron-kan ante la Asamblea presi-
dida por Aureng-Zebe. Se le obsequió y fué autorizado
para marcharse. Pero cuando se hallaba cerca de sus
tierras recibió el *pago* que merecía: fué asesinado en

un bosque. El cruel bárbaro ignoraba que si los reyes toleran a veces por egoísmo o ambición semejantes actos, les horrorizan, sin embargo, y más pronto o más tarde saben castigarlos.

SUERTE DE SOLIMÁN-CHEKUH

Entretanto, el gobernador de Tarabakar, mediante una orden que se había arrancado a Dara antes de morir, se vió obligado a entregar la fortaleza. Se le prometió perdonarle, pero era una promesa vana. Al llegar a Lahor el infeliz eunuco fué descuartizado, así como los pocos hombres que le acompañaban, por orden de Calilullah-Kan, gobernador de la plaza. La verdadera causa de que no se cumpliesen las condiciones de la capitulación fué, según se supo, que se preparaba para reunirse con Solimán-Chekuh, prodigando el oro entre los *franguis* y entre todos los que habían salido con él de la fortaleza, para que le siguiesen, con el pretexto de acompañarle hasta Delhi, donde tenía que presentarse a Aureng-Zebe, pues éste había dicho muchas veces que le complacería ver a un hombre tan caballeroso y que se había defendido tan valerosamente.

No quedaba, pues, de la familia de Dara más que Solimán-Chekuh. No hubiese sido fácil hacer salir a éste de Serenaguer si el *rajah* hubiera sido hombre más inalterable en sus sentimientos. Pero las negociaciones secretas del *rajah* Jesseingue, las promesas y las amenazas de Aureng-Zebe, la muerte de Dara, la traición de los otros *rajahs* de las montañas vecinas, que se preparaban, por orden y a expensas de aquél,

a declarar la guerra, relajaron al fin la entereza moral de aquel protector de Solimán y le hicieron consentir en lo que se le pedía. Solimán-Chekuh fué prevenido de lo que se intentaba contra él y huyó a través de las montañas, para dirigirse al gran Tibet. Pero el hijo del *rajah*, que salió inmediatamente en persecución suya, hizo que se le atacase a pedradas y el pobre príncipe cayó herido, siendo hecho prisionero y llevado a Delhi, encerrándosele en Selinguer, la pequeña fortaleza que sirvió al principio de prisión a Morad-Bakche.

Inmediatamente Aureng-Zebe quiso hacer lo mismo que hiciera respecto de Dara, para que nadie pudiese dudar de que era el mismo Solimán-Chekuh. Ordenó, pues, que lo condujesen ante todos los personajes de la Corte —debo confesar que en aquella ocasión sentí cierta curiosidad malsana—. En el dintel de la sala se quitaron a Solimán las esposas que llevaba en los pies dejándole las de las manos —esposas que parecían doradas—. Al ver entrar a aquel mancebo tan guapo y arrogante, hubo muchos *omerahs* que no pudieron contener las lágrimas. Lo mismo ocurrió, según se dijo, a todas las grandes damas de la corte que habían sido autorizadas para ver al prisionero, ocultas a través de ciertas celosías.

Aureng-Zebe, que revelaba hallarse también muy impresionado por el infortunio del joven, quiso consolarle, diciéndole entre otras cosas que no tuviese miedo, que él no le haría el menor daño. Al contrario, afirmó Aureng-Zebe, sería muy bien tratado; debía poner su esperanza en Dios, que es muy grande, y consolarse. Añadió que si hizo morir a su padre —Dara—,

sólo fué por una cosa: por haberse hecho *kafer*, hombre sin religión. El joven Solimán hizo entonces el *salem* o saludo de gracia bajando sus manos a tierra y alzándolas después, lo más que pudo sobre su cabeza, según la costumbre del país; luego dijo a Aureng-Zebe con gran serenidad, que si pensaba darle a beber el *pust*, le suplicaba le hiciese morir en el acto, pues prefería eso; pero Aureng-Zebe le prometió, ante toda la Asamblea, que no le haría beber tal droga, añadiendo que debía estar tranquilo y que no pensase más en entristecerse. Dicho esto, se le obligó una vez más a hacer el *salem* y después de dirigirle Aureng-Zebe algunas preguntas acerca de aquel elefante cargado de rupias de oro que le habían capturado cuando pasó por Serenaguer, le hicieron retirarse, conduciéndosele a la mañana siguiente a Gualeor con los otros prisioneros. El *pust* no es más que adormideras machacadas que se dejan por la noche en el agua. Esto es lo que se da de beber en Gualeor a aquellos príncipes a quienes no se quiere cortar la cabeza. Es lo primero que se les lleva por la mañana, no dándoseles de comer mientras no han bebido una gran taza de *pust*. Antes se les dejaría morir de hambre. Esa bebida les hace enflaquecer y morir insensiblemente. Poco a poco van perdiendo las fuerzas y el entendimiento, pareciendo adormecidos o atontados. Según se dice, de ese modo se *deshicieron* de Sepe-Cekuh, del nieto de Morad-Bakche, y del mismo Solimán-Cekuh.

MUERTE DE MORAD-BAKCHE

En cuanto a Morad-Bakche, se empleó un procedimiento más *radical*. Viendo Aureng-Zebe que, a pesar de estar prisionero, ciertas personas seguían siéndole adictas, fieles, hasta el punto de que se escribían versos en loor suyo, ensalzando su valor y su saber, creyó que no bastaba para su seguridad con hacerle morir ocultamente, por medio del tóxico, como había hecho con los otros, temeroso de que se sospechase de su muerte y algún día pudiese servir eso de pretexto para una sublevación. Entonces imaginó, según se dice, una vil acusación.

Los hijos de cierto *sayed*, muy rico, a quien él había hecho morir en Amed-Abad, para apoderarse de sus riquezas, cuando hacía allí sus preparativos de guerra y tomaba dinero a préstamo, o por la fuerza, a todos los mercaderes ricos, fueron a quejarse en plena asamblea, pidiendo justicia y la cabeza de Morad-Bakche, en compensación de la sangre de su padre. No hubo un solo *omerah* que osase protestar, en primer término, porque se trataba de un *sayed*, es decir, de uno de los parientes de Mahoma, a quien, por consiguiente, había que tener mucho respeto, y, además porque todos comprendían el plan de Aureng-Zebe, dándose cuenta de que todo aquello no era sino un pretexto para poder librarse de Morad-Bakche con alguna apariencia de justicia. Sin otra forma de proceso fué concedida a los hijos del *sayed* la cabeza del que había matado a su

padre, y acto seguido marcharon a Gualeor para hacer cumplir la sentencia.

SULTÁN-SUJAH, EL TEMERARIO

Ya no quedaba a Aureng-Zebe más enemigo que Sultán-Sujah, quien continuaba en el reino de Bengala. Pero el destino quería que al fin sucumbiese ante la fuerza, el poder y la fortuna de Aureng-Zebe. Fueron enviadas tantas tropas al emir Jemla, que se consiguió cercarle por todos lados en la región del Ganges, en todas las islas que forma éste cerca de su desembocadura. Sultán-Sujah se vió obligado a huir a Daké (1), última ciudad del reino de Bengala, situada a orillas del mar. Y en este punto va a tener lugar el desenlace de la tragedia que relatamos.

No disponiendo ese príncipe de navíos para embarcarse, y no sabiendo adónde huir, envió a su hijo mayor, Sultán-Banque, para que visitase al rey de Rakan, Mog, soberano idólatra, para saber si permitiría que su padre se refugiase en su reino por algún tiempo solamente, y si podía hacerle la merced, cuando llegase la época favorable, de facilitarle una embarcación para ir a Moka, pues deseaba pasar por la Meca, desde donde podría dirigirse a Turquía o a Persia. El rey respondió muy amablemente que se le ayudaría en todo lo posible. Sultán-Banque regresó a Dak con varios *galeasses*, como allí se llaman, o galeras del rey, conducidas por *franguis*, fugitivos portugueses y nativos de

(1) Dacca.

otras naciones cristianas, que entraron al servicio de aquel rey, y que no tienen más oficio que el de saquear todo el bajo Bengala, y en las cuales embarcó Sultán-Sujah con su familia. Fueron recibidos hospitalariamente, facilitándoseles, de orden del rey, todo lo necesario para su subsistencia.

Transcurren algunos meses. Llega la época favorable para navegar, pero el navío no es puesto a disposición de Sujah, a pesar de que éste ofrecía por adelantado el dinero. Hay que decir, de paso, que a Sujah no le faltaban rupias de oro y plata y piedras preciosas. Al contrario, acaso tenía *demasiadas*. Y decimos demasiadas, porque tal vez hayan sido esas riquezas la causa de su pérdida, o, por lo menos, contribuyeron mucho a ella. Esos reyes bárbaros no tienen ninguna generosidad verdadera, ni se consideran obligados por ninguna promesa; no tienen fe ni ley. Atentos sólo a sus intereses presentes, no piensan siquiera en las desdichas que puede acarrearles su perfidia y su injusticia. Para librarse de ellos es preciso ser el más fuerte, o no poseer nada que pueda excitar su avaricia. En vano pregunta Sujah por el navío; inútil que insista. Al contrario, el rey comienza a manifestar cierta frialdad y a quejarse de él porque no va a visitarle. Yo no sé si Sultán-Sujah creería una cosa indigna, impropia de él, visitar a aquel rey bárbaro, o si más bien creía que una vez en la mansión de aquél se apoderaría de su persona, para arrebatarse su tesoro, o le entregarían al emir Jemla, que prometía por ello, y por orden de Aureng-Zebe, grandes sumas de dinero y otras muchas ventajas. Como quiera que fuese, Sultán-Sujah no quiso

ir a ver al rey, contentándose con enviar a Sultán-Banque. Este, al hallarse cerca de la morada del rey, quiso ser grato al pueblo y comenzó a arrojarle medias rupias y hasta rupias enteras de oro y plata. Una vez en presencia del rey le ofrendó los más ricos regalos, trabajos de orfebrería cubiertos de piedras preciosas de un valor incalculable, excusando a su padre Sultán-Sujah porque no había podido ir a visitarle, y suplicando al rey en su nombre que recordase la promesa que se le había hecho de facilitarle un navío. Pero ésta entrevista no hizo mejorar las cosas. Al contrario, cinco o seis días después, el rey envió un emisario a Sujah para pedirle la mano de una de sus hijas. Sujah no podía acceder a ello y esto molestó mucho a aquel rey bárbaro. ¿Qué hará Sultán-Sujah? La época favorable para embarcarse, toca a su fin. ¿Qué resolución puede tomar sino la de un hombre desesperado? Su empresa será un gran ejemplo de lo que puede la desesperación.

Aunque el rey de Rakan era idólatra, había en sus estados numerosos musulmanes inmigrados o hechos esclavos, en su mayoría, por los *franguis*. Sultán-Sujah logró atraerse a muchos de esos mahometanos, y con 200 ó 300 hombres con que contaba aún, de los que le habían seguido desde Bengala, decidióse a asaltar un día determinado la mansión del rey bárbaro, apuñalar a todos los guardianes y servidores y proclamarse rey de Rakán. Era una empresa en extremo temeraria, que parece más propia de un desesperado que de una persona sensata. Sin embargo, a juzgar por lo que oí decir a muchos mahometanos, portugueses y holande-

ses, que a la sazón vivían allí, la cosa era muy posible. Pero la víspera del día en que debía llevarse a cabo, fué descubierto el plan. Esto hizo que fracasasen todos los proyectos de Sujah y ocasionó su ruina poco después.

No viendo otra manera de salvarse, quiso huir hacia Pegu, proyecto casi irrealizable a causa de las montañas y de los grandes bosques, sin caminos practicables. Perseguido desde el primer momento, cayó prisionero el mismo día de su fuga. No hay que decir que se defendió valerosamente, matando un número tan grande de bárbaros, que apenas podría creerse. Pero sus enemigos llegaron a ser tan numerosos, que se vió obligado a abandonar el combate. Sultán-Banque se defendió también como un león; pero después de ser herido en medio de una *lluvia* de piedras que caía sobre él, fué hecho prisionero y se le condujo a hacer compañía a sus dos hermanos menores, a sus hermanas y a su madre. En cuanto a Sultán-Sujah, son pocos los datos que se tuvieron de él. Según se decía, acompañado de una mujer, de un eunuco y de otras dos personas, logró llegar a la cumbre de una montaña. Una pedrada en la cabeza le hizo caer al suelo, vendándole el eunuco la herida con su turbante. Después huyeron a través de los bosques. Oí referir el caso de tres o cuatro maneras distintas a personas que se hallaban en el sitio en que se desarrollaron los sucesos. Hablé asimismo con personas que aseguraban que Sujah fué hallado entre los cadáveres, pero que no se le había reconocido bien. Tuve ocasión de leer una carta del jefe de la Factoría que los holandeses tienen instalada en

aquel lugar, y cuya carta confirmaba esta última versión. Pero, en realidad, es difícil saber con certeza lo que fué de Sultán-Sujah. Y esto es lo que dió motivo a las noticias alarmantes que llegaron con frecuencia a Delhi. Unas veces se suponía que había llegado a Massispatan para reunirse con el rey de Golconda y el de Visapour; otras se aseguraba que había pasado frente a Surata con dos navíos, que enarbolaban dos estandartes rojos, facilitados por el rey de Pegu o el de Siam. Unos afirmaban que se hallaba en Persia y que le habían visto en Chiras, y después, en Kandahar, a punto de penetrar en el reino de Kabul. El mismo Aureng-Zebe dijo un día, riendo, que Sultán-Sujah se había hecho al fin *agy*, o seaperegrino, como queriendo decir que se había marchado a la Meca. Y el caso es que hay todavía muchas personas que aseguran que está en Persia, de regreso de Constantinopla, de donde, al parecer, ha traído mucho dinero. Pero demuestra la inanidad de todos esos rumores una carta de los holandeses. Además, un eunuco con quien vfajé desde Bengala a Massispatan y un general de artillería que regresaba de Golconda, me aseguraron que nada de aquello era cierto, sin querer decirme más. En fin, mercaderes franceses recién llegados de Persia y de Hispaphan, en ocasión de hallarme en Delhi, me dijeron que no habían tenido en aquellos países la menor noticia acerca del asunto. También oí decir que algún tiempo después de su derrota habían sido hallados su kanger, su puñal y su espada, lo que induce a creer que, si no murió en la batalla, debió perecer después, ser víctima de algún ladrón, o de los tigres o los ele-

fantes, que tanto abundan en los bosques de ese país. Algún tiempo después fué encarcelada toda su familia y tratada con crueldad. Pero no tardó en ser puesta en libertad. El rey hizo que le presentasen a la hija mayor, con la cual se casó, y hasta la madre del rey acariciaba la idea de casarse con Sultán-Banque.

Entretanto, varios leales de Sultán-Banque, en unión de algunos de los mahometanos de que hablé antes, prepararon una conjura análoga a la primera. Pero el día señalado para ella, uno de los conjurados, que se hallaba en estado de embriaguez, hizo frustrarse el plan. Se han dado diferentes versiones del caso, de manera que no se sabe exactamente lo ocurrido. Lo que sí es cierto, es que el rey llegó a sentir tal aversión a la infortunada familia de Sujah, que ordenó su exterminio completo. Y en efecto, ni uno solo de sus miembros dejó de perder la vida, incluso la joven con quien el mismo rey se había casado, y que, según se decía, estaba encinta. Sultán-Banque y sus hermanos fueron decapitados con *hachas llenas de mellas* (para hacer más cruel el suplicio). En cuanto a las mujeres, fueron encerradas y murieron de hambre y de miseria.

Así acabó aquella guerra que la ambición de ser rey desencadenara entre cuatro hermanos. Duró cinco o seis años, es decir, desde 1655 a 1660 o 1661, quedando al fin Aureng-Zebe en pacífica posesión de aquel gran pueblo.

ACAECIMIENTOS POSTERIORES, O LO QUE OCURRIÓ DE
MÁS NOTABLE, DESPUÉS DE LA GUERRA, DURANTE
CINCO O SEIS AÑOS, EN LOS ESTADOS DEL GRAN
MOGOL

Terminada la guerra, los tártaros del Usbec (1) decidieron tener sus embajadores cerca del rey Aureng-Zebe. Cuando éste no era más que príncipe, le habían visto combatir en su país, al enviarle su padre, Chah-Jehan, con las tropas de socorro que el *kan* de Samarcanda le había pedido para luchar contra el *kan* de Balk. Habían podido juzgar de su denuedo en muchos combates, y creyeron que debía guardarles algún rencor por la ofensa que le infirieron cuando estuvo a punto de apoderarse de Balk, capital que había caído en poder del enemigo. En efecto, los dos *kans* se pusieron de acuerdo, obligando a Aureng-Zebe a retirarse. Temían que éste se apoderase de todo su país, como Ekbar había hecho en otro tiempo con el reino de Cachemira. Además, sabían todo lo que Aureng-Zebe acababa de realizar en el Indostán: conocían sus combates, sus victorias, su buena estrella, e inferían de ello que, a pesar de vivir Chah-Jehan, Aureng-Zebe era el dueño, el señor, el único que podía ser recono-

(1) Geográficamente hablando, Tartaria es región del Asia, que ha variado en extensión en los diferentes períodos: el Turquestán se ha conocido como Tartaria.

Etnográficamente, los tártaros son un pueblo de la familia ural-altáica, que abraza turcos, cosacos y tártaros kirguises. Su país es la Tartaria china, de que provino la dinastía *Manchu*, que de 1644 a 1912 ha reinado en China. Los tártaros del Usbec se agrupan principalmente al sur del Turquestán, y, en su mayor parte, son nómadas. (Nota de la edición española.)

cido como rey de las Indias. En fin, fuese por temer su justo resentimiento, fuese porque, en su avaricia y sordidez, esperasen algún beneficio considerable, ambos *kans* le enviaron sus embajadores, con orden de ofrecerle sus servicios y darle el *mobarek*, o sea desearle un feliz advenimiento al trono.

Como quiera que la guerra había terminado, Aureng-Zebe comprendió que aquel ofrecimiento no tenía ya razón de ser y pensó que sólo el temor, o la esperanza de obtener algún beneficio —como he dicho— era lo que motivaba el envío de aquellos embajadores. Sin embargo, no dejó de recibirlos dignamente. Yo estaba presente en el momento de su recepción por Aureng-Zebe, y puedo señalar con certeza las particularidades de aquella ceremonia. Los embajadores hicieron desde cierta distancia el *salam* o saludo «a la india», que consiste en colocar tres veces la mano sobre la cabeza y hacerla descender otras tantas hasta el suelo. Luego se aproximaron tanto a Aureng-Zebe que éste hubiese podido recibir las cartas credenciales de manos de los embajadores, pero un *omerah* fué quien las cogió y, después de abrirlas, se las entregó a aquél. El rey las leyó con mucha solemnidad. Luego hizo dar a cada uno de los embajadores una chaquetilla de brocado, un turbante y una faja de seda bordada, que se llama comúnmente *serapah*. Después fueron en busca de los regalos que los embajadores llevaban a Aureng-Zebe en nombre de los *kans*. Consistían en algunas cajas de lapizlázuli, varios camellos de largo pelo y algunos caballos muy hermosos —aunque por lo general los caballos tártaros son más buenos que hermosos—. Había

también grandes cantidades de frutos frescos, como manzanas, peras, uvas y melones, frutos que produce principalmente el Usbec y que se consumen durante todo el invierno en Delhi. Asimismo, enviaban los *kans* muchas frutas secas, como ciruelas de Bokara, albaricoques, *kinchmides* o uvas sin *pepita*, por lo menos aparentemente, y otras dos clases de uvas negras y blancas muy gruesas y sabrosas.

Aureng-Zebe no dejó de manifestar a los embajadores que estaba muy satisfecho por la generosidad de los *kans*. Exageró intencionadamente la bondad y rareza de las frutas, de los caballos y de los camellos, y, después de conversar un momento con los embajadores acerca de la academia de Samarkanda (1) y de la fertilidad de aquel país, tan rico en productos raros y exquisitos, les despidió para que fuesen a descansar, manifestándoles que tendría verdadero placer en verles con frecuencia. Los embajadores salieron muy satisfechos de la real presencia, pues apenas si repararon en que se les había obligado a hacer el *salam* a la manera india, saludo que es demasiado servil, ni se habían molestado porque el rey no recibiera las cartas credenciales de sus propias manos. Si se les hubiese pedido que besasen el suelo, o algo más denigrante aún, creo que lo hubiesen hecho. Ciertamente es que hubieran pretendido en vano el no saludar sino al estilo de su país, así como entregar por sí mismos las cartas cre-

(1) Samarkanda, ciudad del Turquestán, no lejos del Kara-Daria o Zarafchan (60.000 habitantes). Centro intelectual del Asia Central (en el siglo xv muy famosa su Universidad musulmana, Kalinder Khani); antigua capital del imperio de Timur. En la mezquita de Gur-Emir, tumba de Tamerlán (monolito de nefrita, de 2 metros de altura). (Nota de la edición española.)

denciales al rey, pues estos privilegios no los tienen más que los embajadores de Persia, y hasta no se les concede esta merced sino con mucha dificultad.

Los embajadores residieron más de cuatro meses en Delhi, a pesar del interés que manifestaron por marcharse. Fué una gran contrariedad para ellos, pues casi todos los de su séquito cayeron enfermos y murieron algunos, por no estar acostumbrados a los fuertes calores del Indostán y, sobre todo, a causa de la miseria y porque se alimentaban muy mal. No sé si habrá en el mundo un pueblo más sórdido y avaro que ese. Sus embajadores ahorran el dinero que el rey les había señalado y hacían una vida verdaderamente miserable, indigna de tales personajes. Por fin, obtuvieron permiso para volver a su país, despidiéndoles el rey con muchos honores. En presencia de todos los *omerahs* y dignatarios de la corte les regaló cuatro *seraphs* —dos para cada uno—; ordenó que se les llevase a su residencia la suma de ocho mil rupias —cerca de dos mil escudos para cada uno— y puso a su disposición, para que los entregasen a los *kans*, sus jefes, magníficos *seraphs*, gran número de brocados de los más ricos, las telas más finas y *alachas* o sedas con rayas de oro y plata; una colección de tapices y dos puñales cubiertos de incrustaciones en piedras preciosas.

Durante la estancia de los embajadores en Delhi les visité tres veces. Les había sido presentado, como médico, por uno de sus amigos, hijo de un usbecano que había hecho fortuna en la corte. Mi deseo era saber por ellos mismos algo curioso acerca de su país. Pero resultó que eran personas tan ignorantes que descono-

cían hasta los límites o confines de su patria, y no pudieron darme la menor noticia acerca de aquellos tártaros que conquistaron la China en los últimos años. Nada pudieron decirme que yo no supiese ya. Tuve la curiosidad de cenar con ellos, cosa fácil, pues no era gente que emplease *ceremonias*. La comida era verdaderamente extraordinaria para un hombre como yo, pues sólo consistía en carne de caballo. Sin embargo, no dejé de hacer los honores *al festín*. Se sirvió un ragú que me pareció bastante agradable; y había que mostrarse satisfecho de un plato tan exquisito, que a ellos les entusiasma. Al principio, el silencio era casi religioso, pues los embajadores no pensaban más que en sacar la comida del plato *a manos llenas* (no saben lo que es una cuchara); pero cuando la carne de caballo confortó su estómago, *recuperaron* la palabra e hicieron esfuerzos para convencerme de que ellos eran los más hábiles tiradores de arco y los hombres más diestros del mundo. Dicho esto, hicieron que les llevasen arcos, que eran de tamaño mucho mayor que los del Indostán, y quisieron apostar conmigo a que atravesarían de parte a parte un buey ¡o mi caballo! Hablaron luego de la energía y valor de sus mujeres, que me describieron como muy distintas de las Amazonas. Refirieronme varias historias fantásticas, y una que parecería al lector admirable en verdad si yo pudiese narrarla con la elocuencia tártara que ellos emplearon. Según su narración, cuando Aureng-Zebe peleaba en su país —el de los embajadores—, un grupo de veinticinco o treinta jinetes indios llegó a una aldea. Mientras esos hombres saqueaban y hacían prisioneros a

todos los moradores que podían, y a los que harían después esclavos, llegó una anciana que se acercó a ellos y les dijo: «Hijos míos: No sed tan malos, tan perversos. Mi hija no está aquí, pero ha de venir muy pronto; retiraos si sois prudentes, pues estáis perdidos si ella os encuentra». Los soldados se mofaron de la vieja y siguieron saqueando la aldea. Luego prendieron a las habitantes y a la vieja misma. Pero no habían llegado a media legua de allí cuando la anciana, que miraba siempre hacia atrás, lanzó un grito de alegría al reconocer a su hija en medio del polvo que levantaba su corcel. La joven tártara, que cabalgaba en un caballo furioso, con su arco y su carcaj al lado, les gritó, desde lejos, que estaba dispuesta a perdonarles la vida si devolvían al pueblo todo su botín y se retiraban después. La admonición de la joven les convenció tan poco como las palabras de la vieja. Y el asombro de ellos no tuvo límites cuando vieron a la amazona disparar tres o cuatro flechas que hicieron caer muertos a otros tantos hombres. Los jinetes echaron mano a sus flechas, pero la joven se hallaba a tal distancia que ninguna podía herirla. La joven se burlaba de sus esfuerzos y de sus flechas. Había sabido atacarlos calculando el alcance de su arco y la fuerza de su brazo, muy superior a la de ellos. En fin, después de poner fuera de combate a la mitad de los soldados y amedrentar a los restantes, se lanzó sobre éstos sable en mano, matándolos a todos.

No habían abandonado Delhi los embajadores de Tartaria cuando Aureng-Zebe cayó gravemente enfermo. Una fiebre continua y muy alta le hacía perder el

juicio por momento. Le acometió una parálisis tal en la lengua que le privaba casi por completo del uso de la palabra, y los médicos desconfiaban de su curación. A cada momento se oían los más graves augurios y oíase decir que Roehenara-Begún esperaba su muerte para subir al trono. También se propalaron otros rumores, según los cuales el *rajah* Jessomsseingue, que era gobernador de Guzarate, caminaba a marchas forzadas para libertar a Chah-Jehan, mientras Mohabet-Kan, que había obedecido, al fin, las órdenes de Aureng-Zebe, abandonando el gobierno de Kabul, y que se hallaba ya cerca de Lahor, se apresuraba también para realizar sus propósitos, secundado por tres o cuatro mil soldados de caballería; y, por último, se decía que el eunuco Abad-Kan, que estaba encargado de la custodia de Chah-Jehan, en la fortaleza de Agra, quería «tener el honor de ponerle en libertad».

Por un lado veíamos a Sultán-Mazum conspirando sin tregua, procurando atraer a su causa a los *omerahs*, hasta el extremo de dirigirse una noche, disfrazado, en busca del *rajah* Jesseingue, para rogarle, casi arrojándose a sus pies, que le ayudase en su intento. Sabíamos también que Roehenara-Begún, en unión de Fedai-Kan, *gran maestro de la artillería*, y muchos *omerahs*, conspiraban en favor del joven príncipe Sultán-Ekbar, tercer hijo de Aureng-Zebe y que sólo tenía siete u ocho años. Sin embargo, los secuaces de ambos partidos afirmaban que su único propósito era libertar a Chah-Jehan, de suerte que el pueblo llegó a creerlo. Pero, en realidad, ninguno pensaba en eso, y no hacían divulgarse tales rumores sino para que se tuviese

más confianza en ellos. Temían que, mediante la ayuda de Ekbar-Kan, o por algún medio desconocido, se viese un día a Chah-Jehan salir de su prisión y ponerse en campaña.

Entre tantos como parecían ser sus partidarios, que deseaban su libertad y volver a verle en el trono, sólo eran sinceros Jessomsseingue, Mohabet-Kan y algunos otros, que, por cierto, no habían mostrado en ocasiones gran celo hacia él. Es más, ¿no habían luchado todos contra él? Por lo menos le habían abandonado cobardemente. Y sabían muy bien que Chah-Jehan sería un león *desencadenado* al salir de su encierro. ¿Cómo abrigar esperanzas entonces? ¿Y qué podía esperar Ekbar-Kan, que le había tratado tan duramente? Yo no sé cuándo hubiera podido salir de su cautiverio, abandonado por todos sus partidarios, pues Aureng-Zebe, aunque se hallaba muy grave, no dejaba de ocuparse de los asuntos del Estado y de Chah-Jehan. Había ordenado a Sultán-Mazam que si él moría fuese inmediatamente a abrir las puertas de la prisión del viejo rey, pero no dejaba de hacer que escribiesen frecuentemente a Ekbar-Kan. El quinto día de su enfermedad se hizo conducir ante la asamblea de los *omerahs*. Quería *hacerse ver* a fin de que saliesen de su error los que podían creer que había muerto, y para evitar cualquier tumulto o incidente que pudiese originar la salida de Chah-Jehan de su prisión. El séptimo, el noveno y el décimo día se hizo conducir también ante la asamblea, por la misma razón, y, lo que es casi increíble, el decimotercero día de su enfermedad, después de sufrir un desvanecimiento que hizo circun-

lar por la ciudad la noticia de su muerte, hizo que llevasen a su presencia a dos o tres de los más poderosos *omerahs* y al *rajah* Jesseingue, para que se convenciesen de que no había muerto; ordenó que le incorporasen sobre el lecho, pidió tinta y papel para escribir a Ekbar-kan, y luego el gran Sello que había confiado a Roehenara-Begún y que él llevaba habitualmente en una bolsita cerrada y sujeta al brazo. Temía que Roehenara-Begún se hubiese servido ya del Sello para sus siniestros propósitos. Yo me hallaba cerca de mi *agah* cuando supo todas aquellas noticias y vi que levantaba los manos al cielo, exclamando: «¡Qué entereza! ¡Qué valor! Dios te reserva, Aureng-Zebe, para más grandes cosas; no quiere que mueras...» Y en efecto; después de ese accidente recobró poco a poco la salud.

No bien se vió restablecido, Aureng-Zebe quiso librar de manos de Chah-Jehan y de Begum-Saheh a la hija de Dara, a fin de asegurar el casamiento de Sultán Ekbar, su tercer hijo, con esa princesa, con la intención de darle más derecho a la herencia del trono, pues generalmente se cree que es a aquél a quien destina para ocuparlo. Es aun muy joven, pero tiene en la corte parientes muy poderosos. Procede de la hija de Chah-Navaze-kan, y, por consiguiente, de la sangre de los antiguos soberanos de Machate, mientras que Sultán Mazum no era más que hijo de *rajipus* o de hijas de *rajahs*. Esos reyes, aun que mahometamos, no dejan de unirse con hijas de gentiles o idólatras por alguna razón o interés de Estado, o cuando esas mujeres son extraordinariamente

hermosas. Pero Aureng-Zebe sufrió un gran desencanto. No es posible imaginarse la altivez y la indignación con que Chah-Jehan y Begum rechazaron aquella proposición. Hasta la misma princesa, temiendo que se intentase raptarla, estuvo muchos días inconsolable, afirmando que antes se mataría cien veces que casarse con el hijo del matador de su padre. Aureng-Zebe no obtuvo mayor satisfacción por parte de Chah-Jehan a propósito de ciertas piedras preciosas que aquél le pedía para acabar una labor que quería añadir al famoso trono del Mogol. Chah contestó altaneramente a Aureng-Zebe que no se ocupase más que de gobernar su reino mejor de lo que lo hacía; que no se preocupase del trono; que estaba cansado de oír hablar de aquellas piedras y que los martillos se hallaban dispuestos para pulverizarlas en cuanto volviese a importunarle sobre ellas.

Los holandeses no quisieron ser los últimos en dar el *moharek* (parabién) a Aureng-Zebe; decidieron también enviar su embajador. Fué nombrado el señor Adricán, jefe de la factoría de Surata. Como Adricán era un verdadero hombre de honor, inteligente, de claro juicio y que no desdeñaba el buscar y seguir el consejo de los amigos, supo estar a la altura de su misión. Aureng-Zebe, aunque afectaba ser un mahometano celoso, y desdeñar, por consiguiente, a los *franguis* o cristianos, no dejó de recibir al embajador con los debidos honores y hasta no pareció contrariado al verle hacer el saludo o reverencia a la *franguis* después de habérsele hecho saludar *a la india*. Es verdad que el rey recibió las credenciales del embajador por

/

mediación de un *omerah*; pero esto no podía considerarse menosprecio, pues no había hecho más honor al embajador del Usbec. Después, Aureng-Zebe le dió a entender que podía ordenar que llevasen a su presencia los regalos, haciendo al mismo tiempo que revistiesen al embajador y a algunos individuos de su séquito un *serapah* de brocado. Los regalos que debía presentar el embajador a Aureng-Zebe consistían en una gran cantidad de telas finísimas, verdes y encarnadas; varios espejos grandes y numerosos y ricos trabajos de la China y del Japón, entre los que citaremos un *paleki* y un *tack-ravan* o trono de campaña, cuya labor mereció la admiración de todos. El embajador no fué despedido tan pronto como él hubiera deseado, pues es costumbre de los reyes mogoles retener a los embajadores el mayor tiempo posible, en la creencia de que conviene a su honor y a su grandeza que los extranjeros les presten el mayor acatamiento. Sin embargo, no permaneció tanto tiempo en la corte como los embajadores de Usbec. Y el holandés tuvo suerte, pues el secretario del último había pasado a mejor vida durante su permanencia en la corte y el resto de su séquito comenzaba a caer enfermo. Cuando el rey se despidió de Adricán le hizo revestir otro *serapah* de brocado como el primero y le entregó uno verdaderamente soberbio para que lo presentase al general de Batavia (1), así como un puñal con incrustaciones de piedras preciosas y una carta muy afectuosa.

(1) Véase Bongalville, *Viaje alrededor del mundo*, tomo II, editado por CALPE,

El fin principal de los holandeses al enviar aquella embajada consistía en granjearse las simpatías del rey, adquirir cierto prestigio con ello e intimidar a los gobernadores de los puertos y otros lugares donde ellos tenían factorías, para que les dejaran tranquilamente dedicarse a su tráfico, dándoles a entender que tendrían que habérselas con una nación poderosa y capaz de dirigirse y quejarse directamente a su rey. Otro de sus fines era ver si éste se interesaba por su comercio. Compraban en todo el reino gran cantidad de mercancías, gastando sumas considerables de oro y plata cada año; pero también obtenían grandes beneficios con el cobre, el plomo, la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada, el áloe, los elefantes y otras cosas del país.

Por aquel tiempo, se le ocurrió un día a uno de los más antiguos y poderosos *omerahs* decir a Aureng-Zebe que el excesivo trabajo y el esfuerzo intelectual continuo podían muy bien perjudicar a su salud. Aureng-Zebe, sin parecer escucharle siquiera, le volvió la espalda, le dejó solo, y dirigiéndose hacia uno de los primeros *omerahs* de la corte, hombre muy letrado y juicioso, le habló en los siguientes términos (según supe después por el hijo de dicho *omerah*, joven médico, amigo mío): «¿No creéis que hay épocas, circunstancias tan apremiantes, en que un rey debe aventurar, exponer la vida por sus súbditos y sacrificarse por su defensa con las armas en la mano? Sin embargo, ese *omerah* no quiere que esfuerce mi inteligencia, que consagre mis desvelos, mis afanes y algunos días de mi vida al bien público. Por esas razones de

salud parece que quiere inducirme a no pensar más que en pasar la vida agradablemente y abandonar por completo los asuntos del reino a algún visir. ¿Ignora que la Providencia, al hacerme nacer hijo de un rey y destinarme a ceñir la Corona, hizo, por consiguiente, que naciese, no para vivir egoístamente, para mí solo, sino para velar por el bien y la tranquilidad del pueblo, para procurar a mis súbditos una existencia tranquila y feliz, en cuanto la justicia, la autoridad real y la seguridad del Estado lo permitan? Ese hombre no comprende las consecuencias que podrían tener sus consejos y las desdichas que, por lo general, acarrear los virreinos. ¿Piensa acaso que sin razón nuestro gran Sadi, pronunció audazmente las famosas palabras: «¡Cesad, reyes! ¡Cesad de ser reyes o sabed gobernar vuestros reinos por vosotros mismos!» Ve y di a tu compañero —siguió diciendo Aureng-Zebe al *omerah*— que estimaré mucho los servicios que me preste en el ejercicio de su profesión y de su cargo; pero que no traspase los límites de éste. Es natural esa inclinación que todos sentimos por vivir mucho tiempo, tranquilamente, sin preocupaciones ni dificultades. El mismo egoísmo nos aconseja eso, sin necesidad de otros consejeros, y hasta nuestras propias mujeres saben demasiado hacer que sigamos con frecuencia esa conducta.»

Por aquella misma época ocurrió un suceso verdaderamente lamentable que causó gran impresión en Delhi, y, sobre todo, en el serrallo, y que *desengañó* a muchas personas que apenas podían creer, como yo, que los eunucos, aunque mutilados por completo, se enamorasen como los demás hombres.

Ocurrió que Didar-kan, uno de los primeros eunucos del serrallo, y que había hecho edificar una casa a la cual iba con frecuencia para solazarse, se enamoró de una mujer muy hermosa, hermana de un vecino suyo que era escribano gentil. Esos *devaneos* duraron bastante tiempo, sin que nadie encontrase en ello mucho que criticar, pues al fin se trataba de un eunuco que podía entrar en todas partes, y de una mujer. Pero la familiaridad llegó a ser tan grande y tan extraordinaria entre los dos amantes, que los vecinos sospecharon algo y comenzaron a mofarse del escribano. Este se enfureció tanto que en diversas ocasiones amenazó a su hermana y al eunuco con matarlos si continuaban sus relaciones. Y en efecto, una noche en que los halló acostados juntos mató con su puñal al eunuco y dejó por muerta a su propia hermana. Todas las odaliscas y los eunucos del serrallo se coligaron contra él para hacerle morir; pero Aureng-Zebe desafió sus iras y se contentó con que se hiciera mahometano. Sin embargo, no se cree que Aureng-Zebe pueda librarle mucho tiempo de la perversidad y del poder de los eunucos. Como se dice comúnmente aquí, con los hombres no ocurre lo que con los animales; éstos se hacen más mansos y cariñosos cuando se les castra, mientras que los hombres llegan a ser más viciosos, más malignos, arrogantes e intratables, a no ser que esos vicios, como ocurre con frecuencia, se conviertan, no sé cómo, en una bravura y una generosidad que son verdaderamente maravillosas.

Me parece que fué por aquella misma época cuando surgió una diferencia entre Aureng-Zebe y su herma-

na Roehenara-Begún, a causa de sospechar el primero que ésta había hecho entrar distintas veces en el serrallo a dos hombres. Estos fueron descubiertos, en efecto, y llevados a presencia de Aureng-Zebe. Como sólo se trataba de una sospecha, el rey no manifestó a su hermana un gran resentimiento, ni empleó respecto de aquellos miserables tanto rigor y tan inusitada crueldad como en otra ocasión empleara Chah-Jehan. He aquí cómo me refirió el caso una vieja mestiza portuguesa que había sido mucho tiempo esclava del serrallo y que entraba y salía con toda libertad. Roehenara-Begún, después de satisfacer sus deseos amorosos con un joven a quien tuvo escondido en el *harrén* durante algunos días, encargó a varias mujeres que, durante la noche, le condujesen a través de los jardines, para que pudiera salir del serrallo. Pero fuese por haber sido descubiertas, porque ellas hubiesen temido serlo o por cualquier otra circunstancia, las sirvientas huyeron, dejando solo al joven, errante por los jardines, sin saber hacia qué lado dirigirse. Cuando fué descubierto se le llevó a presencia de Aureng-Zebe. Este le interrogó largo rato, sin poder obtener del joven más declaración que la de que había escalado las tapias del jardín. Aureng-Zebe dispuso simplemente que le hicieran *salir por donde había entrado*; pero los eunucos hicieron tal vez más de lo que quería Aureng-Zebe, pues le arrojaron al suelo desde lo alto de las tapias. Respecto del otro *intruso*, la misma mujer me dijo que fué encontrado vagando por los jardines como el primero, y que al confesar que había entrado por la puerta, Aureng-Zebe ordenó

igualmente que se le hiciese salir por donde entró, reservándose, sin embargo, el derecho de castigar severa y ejemplarmente a los eunucos, por tratarse —decía Aureng-Zebe— de «una cosa que, no sólo afectaba al honor de la casa del rey, sino también a la seguridad de su persona».

AURENG-ZEBE RECIBE EMBAJADORES

Algunos meses después llegaron a Delhi casi simultáneamente cinco embajadores. El primero fué el del *cherif* de la Meca, cuyos regalos consistían en varios caballos árabes y una *escoba*, con la que se había barrido aquella especie de capillita u oratorio que se halla en el centro de la gran Mezquita de la Meca. Los mahometanos tienen en gran veneración ese lugar, que ellos llaman *Best-Allah*, o sea «Casa de Dios», en la creencia de que es el primer templo que se haya levantado jamás al verdadero Dios, y que fué Abraham quien se lo consagró. Otros dos embajadores eran el del rey del Hyeman (1) o *Arabia feliz* y el del príncipe de Basora (2). Llevaban también como regalos caballos árabes. Los otros dos embajadores fueron enviados por el rey del Hebech o Etiopía (3).

(1) O Yemen, vilayato al S. W. de Arabia (capital, Sana), en que el café es su cultivo principal. (*Nota de la edición española*).

(2) Antigua ciudad capital del vilayato de su nombre en la Mesopotamia. (*Nota de la edición española*.)

(3) La voz Etiopía es nombre antiguo que designa la región situada al S. de Egipto, incluyendo la moderna Nubia, Abisinia, Kordofan y Senaar, pero cuyos límites han sido siempre imprecisos. Hoy se entiende más concretamente por Etiopía el Imperio abisinio, comprendiendo en él las regiones meridionales, habitadas por los Gallas. (*Nota de la edición española*.)

Apenas si se hizo caso de los primeros. Parecían tan míseros que se comprendía que no habían ido a Delhi sino para obtener algún dinero con el pretexto de sus regalos y mediante la venta de caballos y otras cosas que, en su calidad de embajadores, hacían entrar en el país sin pagar derechos de Aduana, así como para comprar telas de las Indias, y volver a su tierra sin pagar tampoco derechos de salida.

En cuanto a la Embajada del rey de Etiopía, debemos decir algo. El monarca había tenido noticias de la Revolución de las Indias, y cuando ésta terminó quiso que su nombre se difundiese por aquellos países y hacerles conocer su grandeza y magnificencia mediante alguna fastuosa Embajada, o, como decían los murmuradores —y era la pura verdad—, para aprovechar algún regalo como las demás. Formaban aquella famosa Embajada dos personajes a quienes se creía de los más notables de la corte del rey de Etiopía y capaces de llevar a bien tan importante misión. Pero el primero era un simple mercader mahometano, a quien yo había visto algunos años antes en Moka (1), cuando pasé por el Mar Rojo, procedente de Egipto. Le había enviado allí aquel príncipe para vender numerosos esclavos y comprar, con el dinero que esa venta produjese, mercaderías de las Indias. Ese era el tráfico de aquel *gran rey* cristiano del Africa. El otro embajador era también mercader cristiano, de origen armenio. Había nacido y contraído matrimonio en Alepo, y se le conocía en Etiopía con el nombre de Murat. Le hallé también en Moka, donde me cedió la mitad de su aposento y

(1) Ciudad célebre por el café, en el vilayato de Yemen.

me dió muy buenos consejos, como dije al principio de esta Historia, para hacerme desistir del viaje que deseaba hacer a Etiopía. Todos los años iba a Delhi, enviado por el rey, con el mismo fin que el mercader mahometano, llevando los regalos que aquel monarca hacía anualmente a los jefes de la Compañía Inglesa y Holandesa de las Indias Orientales, y llevar al mismo tiempo a su tierra los que ellos hacían al rey etíope. Como quiera que éste quería que sus embajadores llamasen la atención en todas partes por su fastuosidad, proveyó espléndidamente a los gastos de la Embajada. Le entregó treinta y dos jóvenes esclavos, varones y hembras, para ser vendidos en Moka, y constituir con el producto de esa venta un buen fondo para los gastos del resto del viaje. Era una largueza admirable, puesto que los esclavos se venden allí, generalmente, de 25 a 30 escudos cada uno, por lo que el total debía hacer una suma considerable. Dióles además, para regalarlos al Gran Mogol, veinticinco esclavos *seleccionados*, entre los cuales había nueve o diez muy jóvenes, propios para *hacerlos eunucos*. Dejo a juicio del lector si era aquél un regalo digno de un rey *cristiano* a un príncipe musulmán; pero el cristianismo de los etíopes es muy original. También les dió, como obsequio al Gran Mogol, quince caballos, que ellos estiman tanto como los de Arabia, y una especie de mula pequeña, cuya piel vi, y que era rarísima: no hay tigre tan bien marcado, ni *alacha* de las Indias, ni tela o seda de rayas, tan bien rayada, ni con tanta variedad, orden y proporción, como aquella piel (1). Regalaba además

(1) Clara alusión a la cebra. (Nota de la edición española.)

dos colmillos de elefante tan prodigiosos, que los embajadores aseguraban que todo lo que podía hacer el hombre más fuerte era levantar uno de aquellos colmillos del suelo. En fin, había entre los regalos un cuerno de buey lleno de carne de liebre. Y en verdad que era un cuerno prodigioso. Cuando los embajadores llegaron a Delhi pude medir la abertura y tenía más de medio pie de diámetro.

Preparados todos esos regios regalos, los embajadores salieron de Gonder, capital de Etiopía, y situada en la provincia de Dumbia.

A través de países muy poco hospitalarios, emprendieron una marcha que había de durar más de dos meses. Se dirigían primeramente a Beilul, puerto de mar deshabitado, que se halla frente a Moka y próximo a Bab-ed-Mandeb, no atreviéndose, por razones que podré señalar más adelante, a hacer el viaje por la ruta ordinaria de las caravanas, que se hace cómodamente en cuarenta días, a Anikiko, para pasar desde allí a la isla de Masuva (1), donde el *Gran Señor* tiene guarnición. Durante el tiempo que permanecieron en Beilul, esperando una embarcación para atravesar el Mar Rojo, murieron algunos esclavos a causa de las aguas contaminadas de esa localidad, y al llegar a Moka no dejaron de vender su *mercancía* para constituir el «fondo de Embajada», según la orden que recibieran; pero tuvieron la desgracia de que los esclavos se vendían aquel año a muy bajo precio, por haber acudido otros mercaderes con mucha *mercancía*. Sin embar-

(1) Con este nombre se designan la isla situada en el Mar Rojo y un puerto de mar en la actual Eritrea italiana. (Nota de la edición española.)

go, obtuvieron una suma importante y reanudaron su viaje.

En un navío indio se dirigieron a Surata. El tiempo era favorable y apenas duró veinticinco días el viaje. Pero fuese por no haber calculado bien sus provisiones, fuese porque sus recursos se habían agotado ya, o por cualquier otra causa, se les murieron varios caballos y bastantes esclavos, así como la mula, a la que desollaron para conservar la piel. Y apenas habían desembarcado en Surata, cuando cierto rebelde del Visapur, llamado Seva-Gi, saqueó e incendió la ciudad, a la vez que la morada de los embajadores, sin que éstos pudiesen salvar más que sus cartas credenciales, algunos esclavos que se hallaban enfermos, o que Seva-Gi no quiso prender; sus vestidos, «a la etíope», que el bandolero no les *envidiaba* por lo visto, la piel de la mula, que no debía *interesarle* tampoco, y el cuerno de buey que halló vacío, sin trazas siquiera de pastel de liebre. Los embajadores exageraban mucho su desgracia; pero el caso es que aquellos interesados indios, que les habían visto llegar miserablemente, sin provisiones, sin vestidos, sin dinero, y sin letras de cambio, decían que eran muy felices y que debían considerar el saqueo de Surata como un caso de verdadera suerte, el mejor de su vida, porque Seva-Gi les había ahorrado el trabajo de llevar a Delhi sus míseros regalos, dándoles al mismo tiempo un magnífico pretexto para hacerse los necesitados, vender la carne de liebre y algunos esclavos que ellos decían ser de su propiedad y pedir de qué vivir al gobernador de Surata, que les sostuvo algún tiempo y hasta les faci-

litó al fin algún dinero y varios carromatos para continuar su viaje hasta Delhi.

El jefe de la factoría holandesa, Adricán, que era amigo mío, dió al armenio Murat una carta de recomendación para mí. El armenio me la entregó en Delhi sin saber que yo había sido su huésped en Moka. Fué un encuentro agradable y gracioso cuando nos reconocimos ambos al cabo de cinco o seis años de no habernos visto. Yo le acogí afectuosamente, prometiéndole servirle en todo lo que pudiese. Pero, en realidad, aun cuando tenía amistades en la corte, me era casi imposible servirle a él y a su colega, pues como quiera que no había llevado nada de los regalos, excepto la piel de la mula y el cuerno de buey vacío —donde guardaban su aguardiente de azúcar negra, de que eran muy golosos—; como se les veía por las calles sin *pa-leky* y sin caballos, a no ser el de nuestro padre misionero, o uno mío, que pensaron matar, o cualquier miserable carromato de alquiler, llevando hábitos de verdaderos beduínos y un *séquito* de siete u ocho esclavos descalzos, destocados y que por toda vestimenta no llevaban más que un miserable calzón, que apenas cubría sus muslos, y una especie de *bandolera* echada sobre el hombro izquierdo y que les pasaba por la axila derecha, era inútil que yo hablase y me interesara por ellos, pues todos los creían unos miserables y ni siquiera se les miraba. Sin embargo, ponderé tanto la grandeza de su rey ante mi amigo Danechnaend-kan, que estaba encargado de los asuntos extranjeros, que consiguió que Aureng-Zebe les concediera audiencia.

El rey recibió sus cartas credenciales, les obsequió con un *serapah* de brocado, una faja de seda bordada y un hermoso turbante. Al mismo tiempo dió orden para que se les costeasen los gastos de subsistencia. Pero pronto se les despidió, tributándoles más honores de los que ellos podían esperar, pues el rey regaló otro *serapah* a cada uno y la suma de seis mil rupias —unos tres mil escudos—, de las que el musulmán obtuvo cuatro mil y Murat las otras dos mil, por el hecho de ser cristiano. Para que lo entregasen al rey su señor, hizo el rey que se les entregase un *serapah* riquísimo, dos grandes trompetas de plata dorada, dos timbales del mismo metal, un puñal incrustado de rubíes y una suma aproximada de veinte mil pesetas en rupias de oro y de plata. Les dió esto último, según él mismo dijo, para que su rey viese lo que era la moneda, y como una cosa rara que no existía en su país. Pero no ignoraba que aquellas rupias no saldrían del reino, pues los embajadores comprarían con ellas productos de las Indias. Y en efecto; emplearon aquella suma en telas finas de algodón, para hacer camisas a su rey, a la reina y a su único hijo legítimo —que debe ser su sucesor—; en *alachas* o tejidos de seda con rayas de oro y plata, para batas o calzones de verano; en telas de Inglaterra, verdes y encarnadas, para hacer también dos *abbs* o chaquetillas árabes a su rey; en especias raras y en muchas telas más toscas, para varias mujeres de su serrallo y para los hijos que el rey había tenido con ellas. Todos esos géneros no pagaron derecho de Aduana.

A pesar de mi amistad con Murat, hubo tres cosas

que casi me hicieron arrepentirme de haberle servido, así como a su compañero. En primer lugar, Murat me había prometido venderme, por cincuenta rupias, a un hijo pequeño, que estaba muy bien constituido, era de un color negro finísimo y no tenía la nariz gruesa, achatada, ni los labios abultados, propios de los etíopes. Faltó a su palabra, diciéndome que no me lo vendería por menos de trescientas rupias. A pesar de esto, pensé comprárselo, por la rareza del hecho, para que se pudiese decir que un padre me había vendido a su hijo. La segunda razón fué el haber descubierto que Murat y el mahometano se obligaron con Aureng-Zebe a conseguir de su rey que permitiese reedificar en Etiopía una antigua mezquita, arruinada en tiempos de los portugueses y que había sido construída para tumba de cierto *cheix* o *derviche* que fué allá desde la Meca, con el fin de propagar el mahometismo, haciendo gran número de prosélitos. Recibieron por ello de manos de Aureng-Zebe dos mil rupias. Aquella mezquita fué derribada por los portugueses cuando desde Goa acudieron a Etiopía con el socorro que el rey de este país, que se había hecho cristiano, les había pedido contra un príncipe mahometano que había invadido su reino. El tercer motivo fué que rogaron a Aureng-Zebe, en nombre de su rey, que les facilitase un Corán y otros ocho libros de los más famosos en la religión mahometana, pareciéndome ello una villanía en un embajador y en un rey *cristiano*, confirmando lo que me habían dicho en Moka, a saber: que ese *cristianismo* de Etiopía debía ser una cosa muy rara, que se parecería mucho al mahometismo y que los maho-

metanos van multiplicándose por todas partes, sobre todo desde la época en que los portugueses, que habían penetrado en el país por la razón que acabo de decir, fueron asesinados, después de la muerte del rey, por culpa de la reina madre, o arrojados del país, en unión del patriarca-jesuíta que ellos llevaron allí desde Goa.

Durante todo el tiempo que los embajadores permanecieron en Delhi, mi *agah*, que era extraordinariamente curioso, les hacía ir a menudo a su casa (en ocasiones en que yo estaba presente), a fin de instruirse acerca del gobierno de su país y, especialmente, para informarse de las fuentes del Nilo, que ellos llaman «*Abbadile*», y de las que nos hablaban como de una cosa tan conocida que nadie podía ignorarla. El mismo Murat y un mogol que regresó con él de Etiopía, habían visto dichas fuentes del Nilo y nos dieron ciertos detalles que coincidían con los que yo había oído en Moka. Según ellos, el Nilo tenía su nacimiento en el país de los *agáns*; salía de tierra por dos fuentes hirvientes y próximas una a otra, que formaban un pequeño lago, de treinta a cuarenta pasos de longitud. Al salir del lago era ya un río de cierta importancia y que en determinados trechos recibía el agua de varios afluentes, que lo hacían más caudaloso (1). A cierta distancia, sus sinuosidades o curvas formaban una gran isla. Después se precipitaba desde unas rocas escarpadas en un gran lago, donde hay varias islas fértiles,

(1) Las fuentes del Nilo, cuya situación intrigó a la Humanidad millares de años, fueron descubiertas por Speke. Véase Speke *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, tomos I y II, editado por CALPE.

muchos cocodrilos y, lo que sería verdaderamente notable, de ser cierto, numerosos bueyes marinos (?), especie muy curiosa, pues no tienen otra salida para los excrementos de lo que comen más que la boca, por donde los arrojan. Ese lago se halla en el país de Dumbia, a tres jornadas cortas de Gonder (1) y a cuatro o cinco de las fuentes del Nilo (2). Finalmente, el río salía de ese gran lago engrosado por las aguas de otros ríos y por muchos torrentes que se vierten en él, principalmente en la época de las lluvias, que comienzan como en las Indias —lo que es absolutamente notable y conveniente por lo que se refiere a las inundaciones del Nilo—, a fines de julio, pasando luego por Sonnar, capital del reino de los *Funges*, tributario del de Etiopía, y desde allí se esparcía por las llanuras egipcias de Mesra.

Los embajadores no se daban punto de reposo para ponderar la grandeza de su rey y la fuerza de su ejército; pero el mogol se mostraba incrédulo y, en ausencia de ellos, nos representaba aquel ejército, que él había visto dos veces en campaña, mandado por el propio rey, como el más absurdo del mundo. Nos refería también muchas singularidades del país, que he anotado en mis *Memorias* y que tal vez procuraré ordenar algún día. Entretanto expondré tres o cuatro que me dijo Murat, y que me parecen demasiado fantásticas para un reino cristiano.

(1) O Gondar, como ya se dijo (nota de la pág. 1).

(2) A lo que Bernier deja entender, parece se trata aquí no del Nilo blanco o verdadero Nilo, sino del Nilo azul (Bahr-el-Arrak), que nace en el lago Tana, no lejos de Gondar (Abisinia). (Nota de la edición española.)

Según Murat, no había en Etiopía hombres que además de su mujer legítima no tuviesen otras varias; y el buen hombre confesaba tener dos, sin contar otra que había dejado en Alepo. Las mujeres etíopes no se ocultaban, como ocurre en las Indias, entre los mahometanos, ni siquiera entre los gentiles. Las mujeres del pueblo, doncellas o casadas, esclavas o libres, se hallaban todas mezcladas en un mismo aposento, día y noche, sin observarse entre ellas todos esos celos y rivalidades que se ven en los demás países. Las mujeres de los señores, no se ocultaban para entrar en la casa de un simple caballero que ellas sabían era hombre «de resolución.» Afirmaba Murat que si yo hubiese ido a Etiopía me hubieran obligado a casarme desde el primer momento, como se había hecho, hacía algunos años, con cierto europeo que se decía médico griego, aunque era religioso, *Padry* (1).

Un hombre que tenía próximamente ochenta años presentó un día al rey veinticuatro hijos, todos en edad de tomar las armas; y como el rey le preguntara si no tenía más hijos que aquéllos y el anciano respondiera que sólo tenía varias hijas más, el rey le despidió airadamente, diciéndole: «¡Vete de aquí, inútil! Debiera darte vergüenza de no tener a tu edad más hijos que esos. ¿Es que faltan mujeres en mi reino?». El mismo rey daba ejemplo, pues tenía ochenta hijos, por lo menos, varones y hembras, que corrían confundidos, *pêlê mêle*, por el serrallo. Y era para ellos para quienes el rey mandaba hacer numerosos bastoncillos redondos y

(1) Así se dice de los religiosos.—(N. del T.).

barnizados, en forma de una pequeña maza, porque a los pequeñuelos les encantaba tener aquello en la mano, como un cetro que les distinguía de la prole de algunos esclavos y de otras personas del serrallo.

Aureng-Zebe hizo que llevasen a los embajadores a su presencia en dos ocasiones, por la misma razón que mi *agah*, y principalmente para informarse del estado del mahometismo en el país. Hasta tuvo la curiosidad de ver la piel de la mula que se había quedado no sé cómo en la fortaleza, en el cuarto de los oficiales. Por cierto que el deseo del rey me contrarió mucho, pues los oficiales querían regalármela en recompensa de los buenos servicios que les había prestado; y yo, a mi vez, pensé que algún día podría donarla a cualquiera de nuestros curiosos coleccionistas de Europa. Insistí, pues, para que al mismo tiempo que la piel de la mula llevasen a Aureng-Zebe el *cuerno*, a fin de que lo admirase; pero caímos en la cuenta de que acaso el rey les hiciera una pregunta que les pondría en grave aprieto: ¿Cómo era que habían podido salvar del saqueo de Surata el cuerno y perdido la carne de liebre?

Estando los embajadores de Etiopía en Delhi, Aureng-Zebe reunió su consejo privado y a las personas más doctas de la corte, para elegir el nuevo profesor de su tercer hijo, Sultán-Ekbar, a quien pensaba hacer su heredero. El rey expuso ante el consejo su anhelo de que el joven adquiriera una extensa instrucción y llegase a ser un grande hombre. Aureng-Zebe no ignoraba la trascendencia de eso y que sería de desear que así como los reyes sobrepujan al resto de los hombres en preeminencias, en grandeza, debieran sobre-

pujarlos tambien en virtud y en ciencia. No ignora, sin duda, que una de las principales causas de la miseria, del mal gobierno, de la despoblación y decadencia de los Imperios del Asia, se debe a que los hijos de los reyes, no educándose sino entre mujeres y entre eunucos, que no son frecuentemente más que miserables esclavos de Rusia y Circasia, Mingrelia, Gurgistán y Etiopía, almas viles, depravadas, esos príncipes llegan a ser reyes a cierta edad sin haber recibido instrucción suficiente y sin saber ser tales reyes, asombrándose de todo cuando comienzan a salir del serrallo, como seres que volviesen de otro mundo, o de alguna caverna subterránea donde hubieran permanecido toda su vida, admirándose de todo, como «grandes inocentes», como *bobalicones*, cándidos que todo lo creen y miedosos que lo temen todo, cual los niños; o, al contrario, no creyendo ni temiendo nada, cual necios y aturdidos; y todo eso con arreglo a su instinto natural y según las primeras ideas que les inculcan. Por lo general, son afectados, altaneros, pero de una afectación y altanería tan necias y ridículas, que se ve de un modo claro que todo ello no es más que brutalidad, barbarie, o consecuencia de alguna lección mal estudiada y aprendida. Por el contrario, emplean otras veces fórmulas pueriles, que son todavía más insulsas y enojosas. Propenden invenciblemente a la crueldad, pero a la crueldad más ciega y brutal; a la embriaguez más denigrante y grosera; al lujo sin recato, extravagantes, arruinando su cuerpo y su espíritu por los placeres sensuales en que se encenagan con sus numerosas concubinas. Se dedican también a la caza con fiero ardor, estimando me-

nos que a sus perros la vida de los infelices a quienes obligan a tomar parte en las cacerías, y a quienes dejan morir de hambre, de frío, de miseria, o a consecuencia de una insolación. En fin, se les ve siempre lanzarse a algo temerario, brutal, caer en los mayores excesos, según les impulsa, como dije antes, su temperamento, o las primeras ideas que les inculcaron. Casi todos esos príncipes se hallan en una ignorancia absoluta de lo que a los asuntos del reino se refiere. Las riendas del gobierno las abandonan a un visir que los mantiene en su ignorancia y en sus pasiones, que son los mejores apoyos que aquél tiene para poder gobernar siempre a su capricho, con más seguridad, más impunemente, o en manos de esclavas, de sus madres, de eunucos, que no saben más que tramar intrigas crueles, haciéndose extrangular unos a otros, a veces hasta los mismos visires y los más grandes señores de la corte, sin que nadie que posea algo pueda estar seguro de su vida.

LLEGA EL EMBAJADOR DE PERSIA

Después de recibir a todos los embajadores de que hemos hablado, se supo que el de Persia acababa de atravesar la frontera. Los *omerahs* o grandes señores persas de la corte del Mogol, hicieron correr la voz de que aquel embajador iba a Delhi para tratar asuntos de la mayor importancia; pero las personas enteradas de los asuntos del país, sospecharon que no se trataba de eso, y que lo que hacían los *omerahs* y otros persas era para dar importancia a su país, más que

para otra cosa. Esos mismos persas afirmaban que Aureng-Zebe había enviado a un *omera* para que saliese al encuentro del embajador y dispusiese para él un recibimiento digno en los diferentes puntos del itinerario. Tenía, además, orden expresa del rey para no omitir medio, a fin de obtener del mismo embajador la confesión del motivo principal de su misión y también para hacerle saber que era una antigua costumbre de todos los embajadores hacer ante el rey el *salam* o reverencia «a la india» y entregarle las cartas credenciales por mano de tercera persona. Luego se vió que Aureng-Zebe no concedía importancia a esto.

El embajador fué recibido con los mayores honores. Los bazares situados en los puntos por donde debía pasar habían sido pintados de nuevo, cubriendo las tropas de caballería un trayecto de más de una legua. Le acompañaban muchos *omera*s con bandas de música, de timbales y trompetas, haciéndose salvas cuando el cortejo entró de la fortaleza al palacio real. Aureng-Zebe le recibió muy afablemente, no pareciendo contrariado porque el embajador hiciese el *salam* a la manera persa, y recibió directamente de sus manos las cartas de su rey. Hasta le hizo el honor de levantar dichas cartas casi a la altura de su cabeza. Después de ayudarle un eunuco a romper los lacres, las leyó con gravedad e inmediatamente hizo que le llevasen un manto de brocado, un turbante y una faja de seda bordada de oro y plata, ordenando que revistiesen con ellos al embajador, en presencia suya; esto es lo que he dicho repetidas veces que se llama *serapah*. Un momento después se manifestó al embajador que podía

presentar sus regalos al rey. Los obsequios consistían en veinticinco caballos tan hermosos que en mi vida vi otros semejantes; estaban amaestrados y llevaban gualdrapas bordadas; veinte camellos de raza que se hubiesen tomado por pequeños elefantes, tan grandes y poderosos eran. En seguida llevaron cierto número de cajas llenas de frascos de excelente agua de rosas y de un agua destilada que se llama *beidmehk*, que es muy cara y que, según se cree, tiene una virtud cordial. Luego se desdoblaron cinco o seis tapices bellísimos y de un tamaño prodigioso. Vimos luego algunas piezas de tela, que en otra ocasión pude ver de cerca, y que eran muy ricas, de un trabajo de flores pequeñas, tan fino y delicado, que no sé si en Europa se podría hallar algo semejante; cuatro cuchillos damasquinados y otros tantos puñales, todos cubiertos de piedras preciosas; finalmente presentaron al rey cinco o seis monturas hermosas; el material estaba enriquecido por ricos bordados, con pequeñas perlas y soberbias turquesas. Todos observaron que Aureng-Zebe examinaba atentamente aquellos regalos, admirando la belleza y la rareza de cada cosa, y exaltando a cada momento la generosidad del rey de Persia. Luego señaló al Embajador un puesto entre los primeros *omerahs* y, después de conversar un momento con él acerca de las fatigas del viaje, se despidió, repitiéndole varias veces que fuese a verle todos los días.

Durante los cuatro o cinco meses que el embajador residió en Delhi fué tratado siempre espléndidamente por el rey y por los más grandes *omerahs*. Al despedirse, Aureng-Zebe le ofreció otro magnífico *serapah*,

y con carácter particular, es decir, para el mismo embajador, le entregó valiosos regalos manifestándole su propósito de enviarlos también al rey de Persia, con un embajador especial, como lo hizo algún tiempo después.

A pesar de todos los honores que Aureng-Zebe había prodigado al embajador, los mismos persas de que hablé antes pretendían que el rey de Persia zahería a aquél en sus cartas, reprochándole la muerte de Dara y el encarcelamiento de Chah-Jehan, como actos indignos de un hermano, de un hijo y de un musulmán o fiel; y que llegaba asimismo a motejarle por la palabra «Alem-Guire» o «Conquistador del mundo», que Aureng-Zebe había hecho grabar en las monedas. He aquí, según dichos persas, algunas palabras curiosas de una de las cartas:

«Puesto que eres ese Alem-Guire-Beson Illehs en nombre de Dios, te envío una espada y caballos; aproximémonos» (1). Esto hubiera sido una especie de reto, y a los resultados me atengo. Aunque en tal corte no ocurre apenas nada que un hombre inteligente, que conoce el lenguaje y que, como yo, no escatima el dinero para satisfacer su curiosidad, no consiga saber fácilmente, nada pude saber de cierto acerca de lo que se susurraba. Pero me cuesta trabajo creer que el rey de Persia emplease tal procedimiento. Esto no quiere decir, que los persas no sean fatuos cuando se trata de hacerse valer y de mostrar su grandeza y poderío. Yo creo, y no soy el único que piensa así, que la Persia

no se halla en condiciones de intentar nada contra el Indostán, y tendrá muy buen cuidado de guardar su Kandahar por la parte de las Indias y sus fronteras con Turquía. Conocemos su riqueza y su poderío; pero Persia no produce ya hombres como el gran Chah-Abas, valerosos, instruídos, sagaces, astutos, que saben servirse de todo y hacer muchas cosas con poco gasto. Y si se creyese en condiciones de intentar algo contra el Indostán o tuviese realmente aquellos sentimientos de piedad y de religiosidad, ¿por qué durante las revueltas y guerras civiles que ensangrentaron las Indias tanto tiempo se mantuvo Persia con los *brazos cruzados*, contemplando la matanza, y esto cuando Dara, Chah-Jehan, Sultán-Sujah y acaso el gobernador del Kabul, le tendían las manos a ella, que hubiese podido, con un mediano ejército y un reducido gasto apoderarse de lo más hermoso de la India, desde el reino de Kabul hasta más allá del Indo, y hacerse así árbitra de todo? Sin embargo, algo desagradable debía haber en aquella carta del rey de Persia, o el embajador había hecho o dicho alguna cosa que desagradó a Aureng-Zebe, pues dos o tres días después de su marcha hizo correr la voz de que había cortado los corvejones a los caballos que llevó en nombre del rey de Persia, y cuando llegó a la frontera le hizo devolver todos los esclavos indios que llevaba, y en verdad que era una cantidad prodigiosa, habiéndolos comprado casi por nada a causa del hambre. Hasta se llegó a acusar a los que le acompañaban de haber rapado a varios niños.

Por lo demás, Aureng-Zebe no se sintió tan molesto,

a causa de aquel embajador, como Chah-Jehan, en una circunstancia semejante, con el enviado del gran Chah-Abas. Cuando los persas quieren mofarse de los indios refieren tres o cuatro anécdotas. Según una, Chah-Jehan, al ver que el amable recibimiento que había dispensado al embajador persa no le había hecho depoler su orgullo y que no quería de ninguna manera saludar según la costumbre india, imaginó en el acto un ardid. Ordenó que se cerrase la gran puerta del patio del *Ankas*, donde debía recibirle en audiencia, y que no se dejase abierta más que una puertecilla por donde no podía pasar un hombre sino a duras penas, inclinándose mucho, bajando la cabeza hacia el suelo, como se hace cuando se saluda a la manera india. Así se podía decir, por lo menos, que Chah-Jehan había hecho ponerse al embajador en una postura algo *más baja que la del «salam»* o reverencia india. Mas el embajador se había dado cuenta de la cosa y entró de espaldas. Chah-Jehan, sorprendido al ver frustrado su propósito, exclamó: «*Eh-Bed-bak*» «¡Desdichado!» ¿Acaso crees que entras en una cuadra de asnos como tú?» Pero el embajador, sin inmutarse lo más mínimo, replicó: «¿Quién no lo creería al ver una puerta tan pequeña?» Refieren también que en otra ocasión Chah-Jehan, disgustado por el tono algo duro con que el embajador le contestaba, no pudo menos de decirle: «*Eh-Bed-Bak*»: «¿No tiene Chah-Abas en su corte hombres inteligentes, cuando me envía un loco como tú?» Y el embajador le replicó: «Cierto que hay en la corte hombres más inteligentes que yo, y muchos; pero a tal rey tal embajador.» Cuentan asimismo que

cierto día en que Chah-Jehan había hecho que el embajador cenara en su presencia, quiso, como hacía siempre, hallar un pretexto para mortificarle, y lo halló al ver que el embajador se entretenía en roer los huesos; entonces le dijo riendo: «*Eh-Eltchyt-Gy*», «Señor embajador», y ¿qué comerán entonces los perros? Y el embajador respondió sin vacilar: «comerán *chicheri*.» El *chicheri* es una mezcla de legumbres, la comida ordinaria del pueblo bajo, y que agradaba mucho a Chah-Jehan, que lo comía cotidianamente. Otra vez le preguntó Chah-Jehan qué le parecía el nuevo Delhi —que él estaba haciendo edificar—, en comparación con Ispán; y el embajador respondió altaneramente: «*Billah-Billah Ispán ne vient pas á la poussière* de vuestro Delhi (1), lo que Chah-Jehan consideró como una alabanza de las reformas de la ciudad de Delhi, cuando la intención del embajador era burlarse de ella a causa del polvo, que es verdaderamente molesto en esa ciudad. Finalmente, cuentan que al apremiarle un día para que dijese su opinión acerca de la grandeza de los reyes del Indostán en comparación con los de Persia, contestó el embajador que los reyes de las Indias no podían ser comparados mejor que con una gran luna de quince a diez y seis días, y los de Persia, con una luna pequeña de dos o tres días. Según parece, esa respuesta agradó mucho a Chah-Jehan en el primer instante, pero luego se dió cuenta de que la comparación no era muy ventajosa para él, pues el embajador quería decir que los reyes de las Indias iban *men-*

(1) El autor emplea este *calembour* intraducible.

quando, mientras que los de Persia iban *en aumento*, como un creciente.

Cada cual puede juzgar si esas cosas son dignas de admirar y señales de un gran espíritu, como algunos pretenden. Pero yo creo que sienta más a un embajador la gravedad modesta y respetuosa, que la altivez y la ironía, y que con los reyes, sobre todo, no hay casi nunca razón para la burla, como lo demuestra el accidente que estuvo a punto de sobrevenir a ese mismo embajador, a quien Chah-Jehan, cansado, al fin de él, no llamaba más que el «dely», el loco. Cierta día ordenó el rey que cuando viesen al embajador internarse en un pasadizo bastante largo y estrecho que había en la fortaleza, y que conducía a la sala de la asamblea, soltasen un elefante que estaba furioso a la sazón. El embajador tuvo el buen acuerdo de arrojarse pronto debajo de su *paleky*, así como la suerte de ir acompañado de gente valerosa que disparó sus flechas sobre la trompa del animal, haciéndole retroceder.

Fué por la época en que el embajador de Persia volvía a su país, cuando Aureng-Zebe dispensó una acogida curiosísima, admirable, a su antiguo preceptor Mullah-Salé. Es una historia verdaderamente rara.

Ese anciano, que se había retirado hacía mucho tiempo a las tierras que poseía en el Kabul, y que Chah-Jehan le había concedido, en cuanto tuvo noticias de que su antiguo discípulo, Aureng-Zebe, había triunfado de Dara y de sus otros hermanos, y era rey del Indostán, se presentó en la corte con la ilusión de que el rey le haría *omera**h*. Desde su llegada comienza a intrigar y a hablar a sus amigos para que se intere-

sen por él cerca de Aureng-Zebe. Hasta la princesa Roehenara-Begún se interesa en el asunto. Sin embargo, habían transcurrido tres meses y Aureng-Zebe no parecía haberse dignado siquiera mirarle. Por fin, cansado de tenerle siempre ante su vista, le hizo llevar cierto día a un lugar apartado y solitario y, en presencia únicamente de Kakim-ul-monlouk, Danechmend-kan y tres o cuatro *omerahs* de aquellos que se jactaban de su ciencia, y con el fin de despedirle, le dijo, poco más o menos, lo siguiente. Y digo poco más o menos, porque es imposible que estas cosas se puedan conocer y referir palabra por palabra sin poner nada de su *propia cosecha*. Había de haber estado yo presente, como mi *agah*, que es la persona por quien pude saber lo que refiero, y, sin embargo, no lo haría con toda certidumbre. Lo que sí puedo afirmar, es que no omito nada substancial. Pero he aquí las palabras que Aureng-Zebe dirigió a su antiguo preceptor:

«¿Qué pretendes de mí, Mullah-Gy?» (doctor). ¿Quieres que te haga uno de los primeros *omerahs* de mi corte? Nada sería más razonable si me hubieses instruído como debías, pues yo creo que un joven bien educado debe tanta gratitud a su maestro como a su padre, acaso más. Pero ¿dónde están tus enseñanzas? En primer lugar, me enseñaste que todo el Frangistán (Europa), era no sé qué pequeña isla, de la que el rey más poderoso fué en otro tiempo el de Portugal, figurando en segundo lugar el de Holanda y después el de Inglaterra. En cuanto a los otros reyes, como el de Francia y el de Andalucía, tú me los representaste como a nuestros pequeños *rajahs*, haciéndome com-

prender que los monarcas del Indostán eran muy superiores a ellos, «los verdaderos y únicos Honmayus» los «Ekbars», los «Jehan Guires», los «Chah-Jehan» los «Afortunados», los «Grandes por excelencia», los «Conquistadores», los «reyes del mundo»; que la Persia, el Usbec, Kachguer, Tatar, Catay-Pegu, Siam, Tchine y Matchine temblaban al oír el nombre de los reyes del Indostán (1). ¡Admirable Geografía! Tú debiste, ante todo, hacerme distinguir exactamente todos esos pueblos, comprender bien su fuerza y maneras de combatir; sus costumbres y religión, su gobierno y sus riquezas, sus intereses; y, mediante una lectura atenta de la Historia, enseñarme sus orígenes, sus progresos, su decadencia; las causas de tales mudanzas, vicisitudes y revoluciones. Y es el caso que apenas si he aprendido de ti el nombre de mis abuelos, los famosos fundadores de este Imperio. No me hiciste conocer su vida, los medios de que se valieron para realizar tan famosas conquistas. Pero quisiste enseñarme a leer y escribir el árabe. Y debo estarte muy agradecido por haberme hecho perder tanto tiempo en el estudio de una lengua que requiere diez o doce años para ser sabida con alguna perfección, como si el hijo de un rey debiese nunca presumir de gramático o de doctor de la

(1) Es sabido que con Aureng-Zebe el Imperio del Gran Mogol llegó a su apogeo, pues favoreció las letras y las artes, bien que su intolerancia religiosa provocase, más tarde, la decadencia del Imperio mismo. Aureng-Zebe nació en 1619; subió al trono tras los crímenes que se han leído, y fué coronado en Dehli en 1659; murió en 1707. Bernier, su médico durante doce años, fué, acaso, su más fiel historiador. El fundador del primer Imperio mogol fué Gengis-Khan (Tchinkkiz-Khakhan) el primer genio militar y organizador de su tiempo (1227); el del segundo fué Tamerlán o Timur-Leng, que conquistó casi toda el Asia, y murió al emprender la conquista de China (1405). De Tamerlán descendía Aureng-Zebe.—(*Nota de la edición española.*)

Ley y aprender otro lenguaje que no sea el de sus vecinos, cuando no pueda prescindir de ello. El tiempo es muy necesario para otros menesteres y cosas que el príncipe debe aprender desde la infancia; y no hay que olvidar que ningún espíritu deja de cansarse en un ejercicio tan árido, tan seco, tan largo y molesto como el de aprender palabras.»

Aureng-Zebe dijo todo eso con tono severo, pero algunos de los sabios allí presentes, bien para lisonjearle y amplificar lo que había dicho, bien por sentir celos del Mullah, o por cualquier otra causa, hicieron correr la voz de que Aureng-Zebe no se limitó a decir eso, sino que, después de hablar de diferentes cosas, continuó su discurso de esta manera:

«¿No sabías que la infancia, a causa de la memoria feliz que la acompaña por lo general, es capaz de comprender mil bellos preceptos, mil enseñanzas o conocimientos que quedan fuertemente impresos en la mente por toda la vida y que mantienen siempre abierto y elevado el espíritu para las grandes cosas y los actos más nobles? ¿Es que la ley, la oración y las ciencias no se pueden expresar tan bien o mejor en nuestra lengua nacional que en la lengua árabe? Decías a Chah-Jehan, mi padre, que me enseñabas la Filosofía. Y en efecto, recuerdo que, durante algunos años, me entretuviste con cosas vagas, que no ofrecen ninguna satisfacción al espíritu y que no tienen nunca utilidad en los usos o prácticas comunes de la vida; son elucubraciones secas, abstrusas, que no se conciben sino muy difícilmente, pero que se olvidan con la mayor facilidad y, en fin, que no son capaces sino de fastidiar

y turbar un buen espíritu, haciendo del hombre un terco insoportable. Luego de entretenerme no sé cuánto tiempo con tu donosa Filosofía, lo único que aprendí de tu ciencia fué una cantidad considerable de palabras bárbaras y obscuras, propias para alarmar y turbar las conciencias, y que no han sido inventadas sino para encubrir mejor la vanidad y la ignorancia de los hombres como tú, de esos hombres que nos quieren hacer creer que lo saben todo y que esas palabras incomprensibles y ambiguas encierran grandes cosas y extraordinarios misterios que sólo ellos son capaces de descubrir y comprender. Si tú me hubieras enseñado aquella Filosofía que *forma el espíritu*, que lo habitúa al razonamiento y lo acostumbra insensiblemente a no basarse sino en razones sólidas; si me hubieras enseñado aquellos bellos preceptos y máximas que elevan el alma sobre las vicisitudes y las luchas de la vida, y la colocan como en un baluarte inquebrantable, siempre ecuánime, serena, sin permitir que se enorgullezca insolentemente por la prosperidad ni que se abata con vileza ante el infortunio; si te hubieses consagrado a hacerme conocer lo que somos, cuáles son los primeros principios de las cosas, ayudándome a formarme alguna bella idea de la grandeza de este Universo, del orden y de los admirables movimientos de sus partes; si, repito, me hubieses enseñado esa suerte de filosofía, yo te estaría infinitamente más reconocido que Alejandro a Aristóteles, y creería un deber mío recompensarte de modo muy distinto a como aquél lo hizo. ¿No debiste, lisonjeador, enseñarme algo sobre una materia tan importante para un rey, cual es la de los deberes

recíprocos del soberano hacia sus súbditos y de éstos hacia él? ¿No debiste, por lo menos, pensar que un día me vería obligado a defender con la espada mi vida y mi corona contra mis hermanos? ¿No es éste, por ventura, el destino de casi todos los hijos de los reyes del Indostán? Sin embargo, ¿te cuidaste jamás de hacerme comprender lo que es sitiar una plaza y disponer un ejército para la batalla? ¡Suerte tuve al consultar sobre esto a otras personas expertas! En fin, ¡vetel, ¡retírate de aquí! Márchate a tus tierras y que nadie sepa lo que eres ni lo que de ti ha sido.»

Por aquel tiempo se discutió un asunto sobre los astrólogos, que no dejó de hacerme gracia. Los asiáticos, en su mayoría, están tan infatuados de la astrología que creen que nada se verifica en el mundo que no esté escrito en lo alto —es su modo de hablar—. En todas sus empresas consultan a los astrólogos. Si dos ejércitos se hallan frente a frente, prontos para la batalla, se guardarán muy bien de comenzar la lucha antes de que el astrólogo haya pronunciado el *sahet*, es decir, determinado el momento que debe ser propicio, feliz, para comenzar la batalla. Del mismo modo, si hay que elegir un general, celebrar unas nupcias, emprender un viaje, hacer, en fin, la cosa más insignificante, comprar un esclavo, estrenar un traje, nada de ello puede hacerse sin el parecer del astrólogo. Es esta una costumbre molesta hasta lo inconcebible y que origina consecuencias tan graves, que no concibo cómo puede subsistir tanto tiempo, pues repito que el astrólogo ha de intervenir en todo, en los asuntos más importantes como en las cosas más nimias. Ahora bien; ocurrió,

desgraciadamente, que el astrólogo del rey se ahogó por aquellos días. Esto causó enorme impresión en la corte y desacreditó en cierto modo la astrología, pues sabiéndose que el astrólogo era quien señalaba al rey y a los *omerahs* el *sahet* o vaticinio, todo el mundo se asombró de que un hombre tan experimentado y que desde hacia tanto tiempo echaba la *buenaventura* a los demás no hubiera podido prever y evitar su sino de morir ahogado. Hasta había personas, de las que se tenían por más sabias, que decían que en el *Franguistán* (países europeos, cristianos), donde las ciencias se hallan en estado floreciente, los grandes señores tienen a su lado gente sospechosa de esa clase, y que algunos llegan incluso a considerarlos charlatanes, dudándose mucho de si esa ciencia se funda en buenas y sólidas razones y murmurándose que podría ser muy bien invento de los astrólogos o, mejor dicho, un *artificio* para hacerse necesarios a los grandes personajes y tenerlos en cierta forma de dependencia.

Todas estas cosas no eran muy gratas, naturalmente, a los astrólogos; pero nada les molestaba tanto como cierta leyenda que se ha hecho famosa. Según ella, el gran Chah-Abas, rey de Persia, había mandado reservar en su serrallo un pequeño espacio de tierra para hacer un jardín. Los arbustos estaban preparados y el jardinero quería plantarlos al día siguiente. Pero el astrólogo, dándose importancia, dijo que era preciso esperar el *sahet* favorable para hacerlo. A Chah-Abas pareció alegrarle eso mucho. El astrólogo cogió entonces sus instrumentos, hojeó sus libros, hizo sus cálculos y dijo, que, en vista de tal y tal conjetura y aspecto de

los planetas, era necesario plantar los árboles en el acto. El maestro jardinero, que en lo que menos podía pensar era en el astrólogo, no se hallaba presente, mas no por ello se dejó de poner manos a la obra; los hoyos fueron hechos y plantados los arbustos, colocándolos el mismo Chah-Abas en su sitio, para que más adelante se pudiese decir que aquellos árboles los había plantado Chah-Abas con sus propias manos. El jardinero llegó a la caída de la tarde y se asombró en extremo al ver realizada la tarea; pero al observar que los árboles no estaban plantados según el sitio adecuado y el orden que él tenía previsto, que un albaricoque, por ejemplo, estaba en el puesto que debía ocupar un manzano y un peral en el de un almendro, muy irritado contra el astrólogo, hizo arrancar todos los arbustos y los colocó como él los había dejado, con una poca tierra en las raíces. Inmediatamente se dió cuenta del hecho al astrólogo y a Chah-Abas. Este le preguntó, lleno de cólera, cómo había osado arrancar aquellos árboles que él mismo había plantado con sus manos, añadiendo que se había determinado el *sahet* muy exactamente; que no se podría nunca hallar otro más favorable y que, por consiguiente, él, el jardinero, lo había echado a perder todo. El rufián del jardinero, que había ingerido algún vino de Chiras y se le había *subido* a la cabeza, miró al astrólogo de través y le dijo refunfuñando: «*Billah, Billah*, bonito *sahet* —vaticinio— han hecho al plantar esos árboles. ¡Astrólogo del diablo! Han sido plantados hoy al mediodía y arrancados esta tarde.» Al oír Chah-Abas tal razonamiento echóse a reír, volvió la espalda al astrólogo y se retiró.

He de referir aquí dos casos porque, si bien sucedieron en tiempos de Chah-Jehan, se repiten ahora, y permiten formarse idea de esa costumbre antigua y bárbara, según la cual los reyes de las Indias son herederos de los que mueren a su servicio. El primero ocurrió con Meiknan-kan, uno de los más antiguos *omerahs* de la corte, y que, durante los cuarenta o cincuenta años que ocupó puestos importantes, había reunido una cantidad considerable de oro y plata. Hallándose a punto de morir, ese *omerah* recordó esa extraña costumbre (que hace que la mujer de un gran señor se vea de repente, a la muerte de su esposo, pobre y miserable, obligada a solicitar una pequeña pensión para poder vivir, y sus hijos en la necesidad de alistarse como simples soldados al servicio de cualquier *omerah*), distribuyó secretamente todas sus riquezas a pobres viudas y señores; llenó sus cofres de hierro viejo, de babuchas rotas, de huesos y andrajos, los hizo cerrar y precintar bien, diciendo a todo el mundo que aquella era la herencia de Chah-Jehan. Al morir el *omerah*, aquellos cofres fueron llevados a presencia de Chah-Jehan, cuando se hallaba éste presidiendo la asamblea. En el acto ordenó que fuesen abiertos ante todos los grandes señores, que contemplaron atónitos todos aquellos *tesoros*. A Chah-Jehan le afectó tanto el caso que, desconcertado, se levantó y retiróse de la sala.

Se cuenta también que un rico *banyiano*, mercader gentil, gran usurero, como lo son en su mayoría, y que había ocupado puestos remunerados por el rey, murió de repente. Algunos años después de su muerte, un hijo suyo atormentaba en extremo a la viuda, su madre,

pidiéndola dinero. Pero ella sabía que era un derrochador y un *crapuloso* y le daba lo menos que podía. El joven calavera, por instigación de otros como él, fué a quejarse a Chah-Jehan, declarándole sin ambages todo lo que su padre había dejado, y que ascendía a unos doscientos mil escudos. Chah-Jehan, que hacía tiempo que hubiese querido quedarse con el dinero de aquel avaro, hizo llevar a su presencia a la viuda y ordenó en plena asamblea que le enviase cien mil rupias y que entregara a su hijo cincuenta mil; dispuso al mismo tiempo que la hiciesen salir en el acto de la sala. La anciana, aunque muy extrañada por aquella orden e irritada al verse arrojada de la sala tan desconsideradamente, sin darle tiempo para alegar sus razones, no perdió, sin embargo, la presencia de ánimo y resistióse a salir, gritando que tenía que revelar algo al rey. Entonces se la hizo volver a la sala, y cuando la vieja estuvo bastante cerca para hacerse oír bien exclamó: «¡*Hazaret Salamet!* («¡Dios guarde a vuestra majestad!») Me parece que mi hijo tiene alguna razón para reclamarme los bienes de su padre, porque al fin es de su sangre y de la mía y, por consiguiente, nuestro heredero; pero yo quisiera saber qué parentesco podía tener vuestra majestad con mi difunto marido para reclamar la herencia.» Al oír Chah-Jehan la ingenua perorata y aquello del parentesco del rey de las Indias con un *banyiano* o mercader idólatra, no pudo contener la risa y dijo que no se le reclamase nada.

No narraré otros hechos importantes sucedidos desde el fin de la guerra, es decir, desde 1660, hasta mi salida del país, seis años después, Pero no se me oculta

que servirán mucho para el objeto que me propuse al referir los otros, y que consiste en dar a conocer el genio de los mogoles y de los indios. Lo haré en otro lugar. Aquí sólo expondré cinco o seis casos que, sin duda, parecerán curiosos a los que lean esta historia.

Cierto es que Aureng-Zebe tuvo encerrado en la fortaleza de Agra a Chah-Jehan, con todas las precauciones imaginables; pero también es verdad que le permitió vivir en las habitaciones que ocupaba siempre, en compañía de Begún-Saheb, de todas sus mujeres, cantadoras, bailarinas, cocineras y otros servidores. Respecto de eso nada le faltó. Hasta se permitía a ciertos *mullahs* que le visitasen, para leerle el Corán —pues Chah-Jehan había sentido un súbito renacimiento de su fe—. Cuando se le antojaba al anciano rey, se le llevaban caballos amaestrados; gacelas, para hacerlas reñir; aves de caza de distintas especies y muchos animales curiosos, para divertirle como otras veces.

Aureng-Zebe supo, al fin, vencer aquella altivez insoportable y aquella acritud que eran características de Chah-Jehan, incluso estando prisionero y que parecían irreductibles. Ese cambio se debía a las cartas afectuosas, llenas de respeto y humildad que Aureng-Zebe le escribía a menudo. Este le consultaba como a su *oráculo*, le prodigaba las mayores atenciones y le hacía sin cesar pequeños regalos, hasta el punto de que el anciano rey le escribía también con frecuencia acerca de la marcha de los negocios del Estado y sobre el Gobierno. Hasta llegó a enviarle espontáneamente algunas piedras preciosas de aquellas que en cierta oca-

sión rehusó darle, contestándole con tanta acritud que estaban *preparados los martillos para pulverizarlas en cuanto* osara volver a pedírselas. Consintió asimismo en enviarle la hija de Dara, que también se había negado antes a entregarla, y, en fin, le concedió el perdón y la bendición paternal que Aureng-Zebe le había pedido tantas veces sin poder obtenerlos. No quiere decir esto que Aureng-Zebe le halagase siempre; al contrario, a veces contestaba a sus cartas de una manera severa, cuando le parecía que en las misivas de Chah-Jehan había algo de aquella altivez peculiar y llena de autoridad que no podía evitar, o cuando le parecían un poco duras, intencionadas o picarescas. Puede juzgarse de ello por la carta que me consta positivamente que le dirigió un día Aureng-Zebe, y que estaba concebida poco más o menos en los siguientes términos:

«Queréis que yo siga inquebrantablemente esas antiguas costumbres y que me constituya en heredero de las personas que están a mi servicio; y esto con el rigor acostumbrado. Apenas un *omerañ* y hasta uno de nuestros mercaderes acaba de morir —a veces cuando no han muerto todavía— abrimos sus cofres y nos apoderamos de sus bienes, después de hacer una investigación exacta de los que debía poseer el difunto; mandamos prender y maltratar a los servidores de su casa para obligarlos a *descubrirnoslo* todo, incluso las alhajas más insignificantes. Quiero creer que haya en eso algo de política... utilitaria; más no se podrá negar que hay también excesivo rigor y, muy frecuentemente, iniquidad, injusticia.

»Hablando sinceramente, mereceríamos que todos los días nos ocurriese lo que os sucedió a vos con Neik-Nam-Kam y con la viuda del rico mercader indio.

»Además, parece que me consideráis como un hombre soberbio, envanecido, desde que soy rey. Se diría que después de vuestra experiencia de más de cuarenta años de reinado, ignoráis cuán pesado adorno es una corona, cuántas noches de tristeza e inquietud nos hace pasar. Yo no puedo ignorar aquel bello gesto de Mir-Timur (Tamerlán), que tan acertadamente nos muestra como ejemplo, en sus *Memorias*, nuestro ilustre abuelo Ekbar, a fin de hacernos comprender la estimación en que debemos tenerlo y si podemos nosotros enorgullecernos tanto. Como sabéis, refiere Ekbar que el mismo día en que Timur hizo prisionero a Bayaceto ordenó que lo llevasen a su presencia, y, mirándole fijamente al rostro, echóse a reír, lo cual indignó tanto a Bayaceto que le dijo con tono altivo: «No te rías de mi infelicidad, Timur. Debes saber que es Dios quien distribuye los reinos y los imperios, y que puede ocurrirte a ti mañana lo que a mí me sucede hoy.» Entonces Timur le contestó seriamente: «Sé, como tú, Bayaceto, que Dios distribuye los reinos y los imperios. No me río de tu desgracia. ¡Dios me libre de ello!; es que al contemplar tu rostro he pensado que es menester que esos reinos y esos imperios sean ante Dios, y acaso por sí mismos, muy poca cosa, cuando los distribuye entre personas tan defectuosas como nosotros, concediéndolos a un pobre tuerto como tú y a un miserable cojo como yo.»

«Pretendéis también que, abandonando todas mis demás tareas, que creo necesarias para el afianzamiento y la prosperidad del Estado, no piense más que en conquistar y en extender los límites del imperio. Preciso es confesar que ese es el deber de un gran monarca, de un alma verdaderamente regia, y que no merecería yo llevar en mis venas la sangre del ilustre Timur si no participase de esos sentimientos. Pero no creo que se pueda decir que estoy inactivo, con los brazos cruzados, que mis ejércitos son inútiles en el Decán y en Bengala. Hay que confesar también que los más grandes conquistadores no son siempre los más grandes reyes, y hasta se ve con demasiada frecuencia a un bárbaro hacer conquistas. Por otra parte, esos ejércitos destinados a las conquistas caen, generalmente, en la corrupción y la decadencia. En fin, es un gran rey el que sabe cumplir dignamente la grande y augusta tarea, deber de los reyes, de hacer por que reine la justicia entre sus súbditos...» El resto de la carta no pude saberlo.

Otro hecho que debo señalar se refiere al emir Jemla. Sería injusticia hacia ese grande hombre guardar silencio sobre su proceder respecto de Aureng-Zebe después de la guerra, así como el omitir algunos datos anteriores a su muerte.

Después de poner término a los asuntos de Bengala, con Sultán-Sujah, y no como un Gionkan, el infame *patan*, respecto de Dara, o como el *rajah* de Serenaguer, respecto de Solimán-Chekuh, sino como un gran capitán y un hábil político, arrojándole hasta el mar y obligándole a huir para librarse de caer en sus manos,

el ilustre Jemla envió un emisario a Aureng-Zebe para suplicarle permitiera que le llevasen su familia a Bengala. Decíale que había terminado la guerra, que él era ya muy viejo y se sentía enfermo, por lo que esperaba que le proporcionaría el consuelo de poder pasar el resto de sus días al lado de su mujer y de sus hijos.

Pero Aureng-Zebe es demasiado sagaz, clarividente, para no adivinar los propósitos del emir. Se lo representa como triunfador de Sujah, sabe cuán grande es su fama y que todo el mundo le considera hombre inteligente, emprendedor, valeroso, rico. Piensa al mismo tiempo que el reino de Bengala es lo mejor del Indostán, y que el emir, fuerte por sí mismo, se halla al frente de un ejército aguerrido que le honra y le respeta tanto como le teme. Sabe, además, desde ha mucho tiempo, cuán grande es su ambición, y cree que si tuviese a su lado a su hijo Mahmet-Emir-kan aspiraría seguramente a la corona y se haría rey absoluto de Bengala. Y ¿quién sabe? Acaso se atreviese a llevar las cosas más adelante. Sin embargo, Aureng-Zebe comprende el peligro que puede implicar el hecho de no concederle lo que pide, pues el emir sería capaz de lanzarse a alguna aventura arriesgada como la de Golconda. ¿Qué hará Aureng-Zebe? Al fin se decide. Le devuelve su mujer, su hija y sus nietos; le nombra *Mir-ul-omerah*, que es en ese país el sumo honor a que puede ser elevado un favorito. En cuanto a su hijo, Mahmet-Emir-kan, le nombra gran *Bahchis*, algo así como nuestro *Gran Maestre de la Caballería*, el segundo o tercer puesto del Estado, pero que liga, vincula absolutamente a la corte a quien lo desempe-

ña, que no puede sino muy difícilmente separarse del rey. El emir, por su parte, comprende también que Aureng-Zebe ha sabido *parar el golpe*, que sería inútil insistir en lo de su hijo; hasta chocaría su insistencia; lo más seguro era contentarse con todas aquellas pruebas de amistad, con todos aquellos honores y con el Gobierno de Bengala; pero manteniéndose siempre vigilante, de tal forma que si él no podía intentar nada contra Aureng-Zebe éste no podía tampoco hacer nada contra él.

Así procedieron esos dos grandes hombres, uno respecto de otro, durante cerca de un año, hasta que Aureng-Zebe, sabiendo muy bien que un gran capitán no podría permanecer inactivo mucho tiempo y que si no se le busca *ocupación* en una guerra con los extraños acabará por suscitar o promover una en su propio país, si tiene probabilidad para ello, le propuso declarar la guerra al rico y poderoso *rajah* de Achán, cuyas tierras estaban situadas al Norte de Daké, en el golfo de Bengala. El emir, que, por lo visto, había tenido la misma idea y que creía que la conquista de aquel país le abriría el camino para una gloria inmortal, llevando el prestigio de sus armas y de su nombre hasta la China, se halló pronto preparado para la empresa.

Embarcó en Daké con numerosas fuerzas, y después de navegar unas cien leguas hacia el Norte llegó ante un castillo o fortaleza llamada Azo, que el *rajah* de Achán había usurpado al rey de Bengala hacía bastante tiempo. Atacó esa plaza y se apoderó de ella en menos de quince días. Entonces se dirigió a Chandara, que se halla en el umbral de los dominios del *rajah*,

llegando a esa ciudad a los veintiocho días de marcha, siempre en dirección Norte. En ese punto hubo un combate, quedando vencido el *rajah* de Achán, que se vió obligado a retirarse a Guerguon, capital de su reino y que se halla a cuarenta leguas de Chandara. El emir le persiguió de tal modo, que no dió tiempo al *rajah* para tomar posiciones en Cuerguon y fortificarlas, como él esperaba, pues aquél llegó a las puertas de la ciudad en cinco días. Cuando el *rajah* divisó el ejército del emir huyó hacia las montañas del reino de Lassa, abandonando Guerguon, que fué saqueado, como lo había sido Chandara. En Lassa hallaron grandes riquezas. Es una ciudad hermosa, muy comercial, y sus mujeres de una belleza extraordinaria. Desgraciadamente para el emir, adelantóse el período de las lluvias, que son verdaderamente excesivas en el país, inundando todas las tierras durante más de tres meses, con excepción de los pueblos, que se hallan enclavados en ciertas alturas o colinas. Ello fué un gran contratiempo para el emir, pues el *rajah*, desde las montañas, enviaba a todas partes gentes conocedoras del país y que en poco tiempo supieron dejar la comarca *exhausta* de víveres, de tal forma, que el ejército del emir, a pesar de sus riquezas, se halló en la mayor dificultad, sin provisiones, e imposibilitado, mientras no cesasen las lluvias, de avanzar y de retroceder. No podía hacer lo primero a causa de las montañas, que son casi inaccesibles y donde se desencadenan grandes temporales; no podía retroceder a causa de esas mismas lluvias, del barro, y porque el *rajah* había hecho cortar en diversos puntos el camino, que era una especie de

dique construído a cierta altura del terreno y que conducía a Chandara. En fin, el emir tuvo que pasar en aquel sitio todo el período de las lluvias, y viendo, al terminar éstas, que su ejército estaba agotado, hambriento, se vió obligado a desistir de su proyecto, que consistía en seguir avanzando, y emprendió, por el contrario, la retirada. Hizo ésta en condiciones tan difíciles, a causa del cansancio de las tropas, del estado de los terrenos por donde tenían que pasar, por la falta de víveres y la persecución del *rajah*, que otro caudillo que no hubiese sido el emir, quien supo remediar los inconvenientes de la marcha y tuvo a veces la paciencia de permanecer cinco o seis horas ante un paso difícil para ver desfilar animosamente a sus soldados, habría forzosamente sucumbido en la empresa y dejado en aquellos parajes todo su ejército. Mas el emir Jemla, a pesar de todas aquellas desventuras, volvió de su campaña con mucha gloria y grandes riquezas. Tenía el propósito de reanudar su empresa al año siguiente, suponiendo que el castillo de Azo, que había dejado fortificado y con una excelente guarnición, podría resistir los ataques del *rajah*. Pero tantas fatigas y penalidades quebrantan la mejor naturaleza. Apenas había regresado de su expedición, cuando la disentería hizo estragos en sus tropas. El emir no era de bronce: cayó enfermo y murió.

Con la muerte del emir se desvanecieron los justificados temores de Aureng-Zebe. Y digo justificados porque no había una persona conocedora de los asuntos del Indostán y de ese grande hombre que no dijese: «Ahora es cuando Aureng-Zebe puede considerarse

rey de Bengala.» Y él mismo no pudo menos de dejar traslucir su pensamiento, pues ingenuamente dijo un día a Mahmet-Emir-Kan: «Habéis perdido a vuestro padre y yo al amigo más grande y más peligroso que tenía.»

Aureng-Zebe obró noblemente con el hijo del emir. Le expresó su profundo sentimiento, asegurándole que mientras viviese él le serviría de padre y, en vez de suprimirle su paga y apoderarse de sus tesoros, como se creía, le confirmó en su empleo de *Bakchis*, aumentó su «pensión» en mil *rupias* mensuales y le dejó en posesión de los bienes paternos, aunque la costumbre del país le autorizaba para apoderarse de ellos.

En cuanto a Cha-heft-kan, Aureng-Zebe le había nombrado gobernador de Agra cuando él salió para la batalla de Kadjoue, contra Sultán-Sujah; luego le nombró gobernador y general del ejército del Decán, y, finalmente, después de la muerte del emir Jemla, le envió a Bengala con el mismo empleo y con la dignidad de *Mir-ul-Omerahs* que disfrutaba el emir.

Como hemos dicho en otro lugar, Cha-heft-kan era tío de Aureng-Zebe, y había contribuido mucho a la fortuna de éste con su elocuencia y con su pluma, así como con sus consejos y sus intrigas. Y sería injusto no señalar la importante obra que realizó en su gobierno de Bengala, tanto más cuanto que el emir Jemla, por razones políticas o de otro género, no quiso intentarla. Además, las particularidades que he de señalar no sólo nos permitirán conocer el estado pretérito y presente del reino de Bengala y del Rakán, de lo que nadie nos ha informado bien hasta ahora, sino que nos

instruirán sobre otras muchas cosas que merecen ser sabidas.

HAZAÑAS DE LOS PIRATAS

Para comprender la importancia de la empresa realizada por Cha-heft-kan y formarse una idea de lo que acaece en el golfo de Bengala, es preciso saber que durante largos años han vivido siempre en el reino de Rakán o Mog algunos portugueses, así como gran número de mestizos o esclavos cristianos y otros *franguis* inmigrados de diferentes países. Era aquel el retiro de los fugitivos de Goa, Ceilán, Cohin, de Malague y de todos aquellos territorios que los portugueses poseyeron en otro tiempo en las Indias. Eran esos fugitivos religiosos escapados de sus conventos, sujetos que se habían casado dos o tres veces, aventureros y asesinos. Todos estos miserables eran muy bien acogidos y considerados en el país, donde hacían una vida verdaderamente detestable e indigna de cristianos, hasta el punto de asesinarse y envenenarse impunemente unos a otros y de matar a sus propios eclesiásticos, que, por lo general, no valían más que ellos.

Por el recelo que el rey de Rakán tuvo siempre del Mogol, aprovechaba la entrada de aquellos fugitivos en su territorio, encomendándoles la vigilancia de la frontera, en un punto llamado Chatigon, cediéndoles tierra de esa comarca y permitiéndoles vivir como quisiesen. La ocupación u *oficio* ordinario de aquella gente era *el de ladrón y pirata*. Embarcados en pequeñas *galeasses* (galeras) recorrían el mar en todas

direcciones, surcaban todos los ríos, canales y brazos del Ganges y contorneaban todas las islas del bajo Bengala, llegando hasta internarse cuarenta y cincuenta leguas en el territorio. Sorprendían y saqueaban pueblos enteros, ferias y mercados; penetraban en las casas de los pobres gentiles, que se hallaban celebrando sus fiestas y sus nupcias, prendiendo a hombres y mujeres, a grandes y chicos, con crueldades extrañas, inauditas, y quemando todo aquello que no podían llevarse. Por esto se ven ahora en la desembocadura del Ganges tantas y tan hermosas islas desiertas, que en otro tiempo estuvieron muy pobladas y donde hoy no existen más habitantes que las fieras, tigres principalmente.

Veamos lo que hacían con los esclavos. En el mismo país vendían a los viejos, que para nada podían servirles. Muchos infelices gentiles, que se habían librado de caer en manos de los piratas, huyendo o internándose en los bosques, acudían a los mercados de esclavos en la creencia de hallar allí a sus padres o a sus madres. El resto de los esclavos lo destinaban para su servicio, para hacerles remeros y *cristianos* como ellos, iniciándoles en el robo, habituándoles a la sangre y a la matanza; otras veces los vendían a los portugueses de Goa, Ceilán, Santo Tomé y hasta a los que vivían en Bengala, en Oguli, establecidos allí bajo los auspicios de Jehan-Guire, abuelo de Aureng-Zebe. Jehan-Guire toleraba su permanencia allí a causa del comercio y porque no odiaba a los cristianos, pero, sobre todo, porque ellos le prometieron *limpiar* de corsarios el golfo de Bengala.

Era en dirección de la isla de Galle, próxima al cabo de Las Palmas, donde se verificaba el indigno tráfico. Los piratas esperaban allí la llegada de los portugueses, quienes llenaban sus navíos de esclavos *muy baratos* —como han hecho otros europeos desde la decadencia de los portugueses—, y aquellos infames se jactaban desvergonzadamente de *hacer* más cristianos en un año que todos los misioneros de la India en diez, lo que significaba una extraña manera de extender el Cristianismo.

A esos piratas se debe que Chah-Jehan, que era un mahometano más sincero y celoso que su padre, Jehan-Guire, cometiese un desafuero, no sólo con los reverendos padres misioneros de Agra, haciendo derribar la mayor parte de una iglesia muy hermosa y grande que había sido construída, como la de Lahor, por merced de Jehan-Guire, que, como dije antes, no odiaba el Cristianismo, y cuya iglesia tenía una torre muy alta con una campana que se hacía oír en toda la villa, sino también con los cristianos de Orguli.

En efecto; cansado de ver que éstos estaban en convivencia con los piratas, haciendo que llegase a ser temible el nombre de *franguis*, llenando sus moradas de esclavos, Chah-Jehan los persiguió y los arruinó enteramente. Al principio procuró obtener de ellos mucho dinero, bien con palabras amables, bien con amenazas. Pero cuando los *franguis* se obstinaron indiscretamente en rehusarle lo que les pedía, hizo sitiar la ciudad, se apoderó de ella y condujo a Agra a todos sus habitantes, sin exceptuar los niños, los sacerdotes y los misioneros. Había centenares de cautivos, y el

espectáculo de su desolación y su miseria conmovía profundamente. En Agra se convirtieron en esclavos todos aquellos cristianos. Las mujeres y las doncellas hermosas fueron internadas en el serrallo; las de más edad y algunas jóvenes fueron distribuídas entre diferentes *omerahs*; los niños fueron hechos pajes y circuncisos. En cuanto a los hombres, renegaron de su fe casi todos, espantados ante la amenaza que se les hacía todos los días de arrojarlos a los elefantes, o seducidos por halagadoras promesas. Pero hubo algunos, y entre ellos varios religiosos, que tuvieron firmeza, valor, y no renegaron de su fe. Los misioneros de Agra, a pesar de todos aquellos horrores, habían permanecido en la ciudad y les fué posible algún tiempo después rescatar a muchos de aquellos infelices y hacerles conducir a Goa y a otras plazas de los portugueses.

Esos mismos piratas fueron quienes, algún tiempo antes de la desolación de Aguli, ofrecieron al virrey de Goa hacer que todo el reino de Rakán pasase a ser del dominio del rey de Portugal. Pero el virrey rehusó aquel ofrecimiento, según se dijo, por arrogancia y por celos, y dejó de enviar el socorro que para su empresa le pidiera un tal Sebastián Gonsalve, que se había convertido como en *cabecilla* de aquellos aventureros, llegando a ser tan rico y poderoso que se casó con una de las hijas del rey. El virrey portugués no quería que se pudiese decir que un hombre de nada ilustre prosapia, como era Sebastián Gonsalve, había realizado tal hazaña. Entre paréntesis diremos, que no hay motivo para asombrarse de ello, pues los portu-

gueses residentes en las Indias han perdido otras muchas ocasiones tan propicias como esa en el Japón, en Pegu, en Etiopía y en otros países, a causa de su conducta, de su manera de vivir. Y esto, unido tal vez a un justo castigo de Dios, como ellos mismos confiesan con la mayor franqueza, hizo que llegasen a ser víctimas de sus enemigos, hallándose en una situación tan abyecta en las Indias que no sé si podrán alguna vez elevarse, redimirse. En cambio, antes de ser corrompidos por los vicios y de degradarse en las delicias o placeres, eran verdaderamente temidos, bravos, generosos, hombres llenos de celo por el Cristianismo, que realizaban grandes hazañas y adquirirían riquezas inmensas, hasta el punto de que todos los reyes indios buscaban su amistad.

También fueron esos mismos piratas quienes se apoderaron de la isla de Londiva, puesto muy ventajoso, por dominar una parte de la desembocadura del Ganges. En esa isla hizo de reyezuelo durante algunos años cierto religioso de la Orden de San Agustín, llamado fray Juan. Gozaba de cierta nombradía y había sabido, Dios sabe cómo, *deshacerse* del comandante de la plaza.

Esos mismos piratas habían ido a Daka en busca de Sultán-Sujah para llevarle en sus galeras a Rakán, como dijimos antes. Y los bandidos hallaron la manera de abrir algunos de sus cofres y apoderarse de una gran cantidad de piedras preciosas. Estas se vendieron después en Rakán clandestinamente y casi de balde, pues en su mayoría cayeron en manos de personas que no sabían lo que era aquéllo, así como de los holan-

deses, que se apresuraron a adquirirlas todas, diciendo a aquellos ladrones ignorantes que eran diamantes blandos y que ellos lo pagaban a proporción de su dureza.

Finalmente, ellos son los que durante largos años han tenido al Gran Mogol en perpetua alarma respecto de Bengala, obligándole a sostener numerosos destacamentos en todos los sitios de paso, una milicia y una pequeña flota de *galeasses* (galeras) para evitar sus desmanes. Pero eso no ha impedido que realicen con frecuencia los mayores crímenes, los estragos más horribles, y que se internen en el país, como dije antes, mofándose de todas las tropas mogolas. Son tan intrépidos y han llegado a ser tan hábiles en el manejo de las armas y a bordo de sus galeras, que con cuatro o cinco de éstas no vacilan en atacar a catorce o quince de las del Mogol. Y con frecuencia vencen los primeros, capturando o echando a pique a las indias.

Ahora bien; a esos piratas piensa combatir Cha-heft-kan al llegar a Bengala. Está decidido a librar al país *de aquella peste*, de los bandoleros que la arruinan desde hace tanto tiempo. Después de realizar tal empresa, aprovechará la primera circunstancia propicia para atacar al rey de Rakán, cumpliendo así la orden de Aureng-Zebe, que quiere vengar a cualquier precio la sangre de Sultán-Sujah y de toda su familia, y enseñar a aquel bárbaro cómo se debe, en todas circunstancias, respetar la sangre real.

Cha-heft-kan sabía la imposibilidad de transportar por tierra desde Bengala a Rakán tropas de caballería, ni de infantería siquiera, a causa de los numerosos ríos

y canales que hay en los territorios fronterizos. Había, además, el peligro de que los piratas de Chatigon, de que hablé antes, pudieran impedirle el transporte de sus tropas por mar. A Cha-heft-kan se le ocurrió entonces una idea que consistía en interesar a los holandeses en su empresa. Envio a Batavia un emisario con poderes para tratar con el general de la plaza sobre la manera de apoderarse conjuntamente de todo el reino de Rakán, como en otro tiempo hizo Chah-Apas de Ormuz con los ingleses. El general de Batavia comprendió que el plan era realizable, y, además, un medio para acabar de una vez para siempre con la influencia de los portugueses residentes en las Indias. Por otra parte, la compañía holandesa obtendría indudables ventajas al realizarse el proyecto. Inmediatamente envió dos buques de guerra de Bengala, a fin de facilitar el transporte de las tropas del Mogol, protegiéndolas de los piratas. Pero veamos ahora lo que hizo Cha-heft-kan antes de que llegasen los dos navíos. Preparó algunas galeras y varias embarcaciones grandes para transportar las tropas. Al mismo tiempo amenazó a los piratas con la ruina y el exterminio si se oponían o dificultaban la realización de su empresa. Les hizo saber el deseo del rey Aureng-Zebe de apoderarse del Rakán, y les anunció la llegada de un poderoso ejército holandés. Según Cha-heft-kan, si eran prudentes debían pensar en su seguridad y en la de sus familias; y, por lo demás, si querían abandonar el servicio del rey del Rakán y entrar al de Aureng-Zebe, él les facilitaría una posición ventajosa, les concedería todo el terreno que quisiesen en Bengala y les asignaría doble

paga de la que disfrutaban. No se sabe si fué a causa de esas amenazas y promesas o si se debió a la circunstancia de haber asesinado por aquellos días a uno de los primeros oficiales del rey de Rakán y temer los piratas algún castigo, el hecho es que un día, sobrecoídos por el terror, embarcaron precipitadamente en cuarenta o cincuenta de sus galeras y se dirigieron a Bengala en busca de Cha-heft-kan. He dicho que lo hicieron precipitadamente, y, en efecto, apenas si dieron tiempo para embarcar a sus mujeres y a sus hijos con todo lo que poseían de más precioso.

Cha-heft-kan los recibió con los brazos abiertos, les hizo mil obsequios, colocó a sus familias en Daka, les asignó pagas muy considerables y, sin perder tiempo, hizo que, en unión de sus tropas, atravesaran y tomaran por asalto la isla de Sondina, que había caído algún tiempo antes en poder del rey Rakán. Después se dirigió el ejército a Chatigon.

Entretanto los buques de guerra de los holandeses habían llegado al punto de destino. Pero Cha-Heft-Kan creyó que le sería ya factible conseguir sin su ayuda lo que pretendía, y se limitó a dar las gracias a los comandantes.

Tuve ocasión de ver aquellos navíos en Bengala, así como a sus comandantes, que por cierto no parecían muy satisfechos de las palabras de agradecimiento ni de las liberalidades de Cha-heft-kan. En cuanto a los piratas, desde que los tiene a ellos y a sus mujeres en su poder, sin que les quepa la esperanza de vivir nunca más en Chatigon, Cha-heft-kan se burla de todas las promesas que les hizo y los trata, acaso no

como debiera, pero sí como merecen, no abonándoles sus pagas en muchos meses seguidos, considerándoles como traidores e infames, de quienes no había que fiarse después de haber abandonado cobardemente a aquel por quien vivieron tantos años. Así acabó Cha-heft-kan con aquella «peste» que arruinaba y despoblaba todo el bajo Bengala. En cuanto a su segunda empresa, la de apoderarse del reino de Rakán, el tiempo nos dirá si fué tan afortunado como en la primera.

Ahora debemos ocuparnos de dos hijos de Aureng-Zebe: de Sultán-Mahmud y Sultán-Mazun. El primero sigue encerrado en Gualeor, pero de creer lo que se dice, no se le obliga a beber el *pust*, breva de que hablamos en otra ocasión.

En cuanto a Sultán-Mazun, aunque fué siempre un modelo de conducta ordenada y de moderación, no se sabe, sin embargo, si cometió alguna indiscreción cuando Aureng-Zebe estuvo gravemente enfermo, si éste se apercibió de algo que despertó sus sospechas o si es que quiso simplemente poner a prueba, de un modo que no dejase lugar a dudas, su obediencia y su valor. El caso es que cierto día, en plena asamblea de los *omerahs*, le ordenó que fuese a matar un león que había bajado de las montañas y hacía grandes estragos en los campos. Hay que tener en cuenta que omitió decir que se facilitasen a Sultán-Mazun unos artefactos que se usan habitualmente en esa caza peligrosa, diciendo secamente al *Gran Maestre de Caza* —montero mayor—, que los pedía, que cuando él era príncipe no necesitaba tan engorrosos artefactos. Sultán-Mazun fué afortunado en aquella cacería, pues no perdió más que

dos o tres hombres, resultando heridos algunos caballos. Y la empresa había sido arriesgadísima, pues el león, herido, había llegado a saltar hasta la cabeza del elefante de Sultán-Mazun.

Por lo demás, Aureng-Zebe no ha dejado después de darle pruebas de su afecto, concediéndole el gobierno del Decán (1), pero con tan poco poder y hacienda tan reducida que no tiene mucho que preocuparse por ese lado.

Debemos decir algunas palabras acerca de Mohabet-kan, gobernador de Kabul.

Aureng-Zebe le relevó de su cargo y le perdonó generosamente, pues no quería (son sus propias palabras) perder a tan bravo capitán, que se había conducido admirablemente con Chah-Jehan, su bienhechor. Luego le nombró gobernador de Guzarate, en sustitución del *rajah* Jessonsseingue, a quien envió a pelear. Puede ser, naturalmente, que contribuyeran a la buena fortuna de Mohabet-kan los regalos magníficos que hizo a Roehenara-Begún, y cierto número de soberbios caballos y de camellos de Persia, así como quince o diez y seis mil rupias de oro con que obsequió a Aureng-Zebe.

A propósito del gobierno de Kabul, que confina con el reino de Kandahar (2), y que se halla ahora en

(1) La conformación fisiográfica de la India ha decidido, en gran parte, de su historia. Hay en ella varias grandes regiones naturales que son: a) la cadena del Himalaya; b) la planicie aluvial de los grandes ríos septentrionales; c) la barrera de Vindhyan; d) El Decán o la Península. El Decán se subdivide en Decán propio o alta meseta al norte de los ríos Tungabhadra y Krishna y el reino de Tamil al extremo-sur. (Nota de la edición española.)

(2) Ciudad a 1.055 m. de altitud en el actual Afghanistan. (Nota de la edición española.)

poder de los persas, he de señalar aquí algunas particularidades que servirán para la mejor inteligencia de nuestra historia y que nos permitirán conocer el país y los intereses que pueden existir entre el Indostán y Persia, cosa que nadie ha dilucidado apenas.

Kandajar, esa importante plaza fuerte que es la capital del hermoso y rico reino de su nombre, ha originado durante los últimos siglos guerras entre mogoles y persas. Ekbar, el gran rey de las Indias, la conquistó y la conservó mientras vivió, y Chah-Abas, el famoso rey de Persia, la ganó a Jehan-Guire, hijo de Ekbar. Luego pasó a poder de Chah-Jehan, hijo de Jehan-Guire, no por la fuerza de las armas, sino por habérsela entregado el gobernador Ali-Merdankan, que se retiró y pasó a su servicio temiendo la malignidad de sus enemigos, que le habían malquistado con el rey de Persia, quien le hizo ir a la capital para rendir cuentas y quitarle su gobierno.

Dicha plaza fué luego sitiada y recuperada por el hijo de Chah-Abas, y después sitiada dos veces más, pero no conquistada, por Chah-Jehan. La primera vez no se rindió por la mala inteligencia y los celos de los *omerahs* persas que están a sueldo del Gran Mogol y son los hombres más poderosos de la corte, y por el respeto a su rey natural, el de Persia. Se portaron mal en el asedio de la plaza y no quisieron seguir al *rajah* Roup, que había enarbolado ya sus estandartes sobre la muralla, del lado de la montaña. La segunda vez fué a causa de la rivalidad de Aureng-Zebe, que no quiso atacar por la brecha que los *franguis*, ingleses, portugueses, alemanes y franceses habían abierto a cañona-

zos. Aquello hubiera sido muy razonable; pero Aureng-Zebe no quiso que se pudiera decir que en tiempos de Dara, que era como el primer móvil de aquella empresa, y que se hallaba por entonces en Kabul, con su padre, Chah-Jehan, había sido tomada la fortaleza de Kandahar. Algunos años antes de las últimas guerras civiles, Chah-Jehan tuvo intención de sitiarla por tercera vez, y lo hubiese hecho si el emir Jemla no le hubiese disuadido de ello, aconsejándole que llevase sus armas por la parte del Decán, como dije antes. Y el mismo Ali-Merdankan le hizo también desistir de su propósito, llegando a decirle ciertas palabras que menciono aquí por tener algo de fantásticas y de cínicas:

«Vuestra majestad no tomará nunca la fortaleza de Kandahar, a menos de contar con un traidor como yo, o si se resuelve a no llevar a ella ningún persa y a hacer que los mercados sean absolutamente libres, es decir, a no cobrar ningún impuesto a los que hacen llegar los víveres para el ejército.» En fin, Aureng-Zebe, como los demás, se preparó en los últimos años para sitiarla, bien por la irritación que le habían causado ciertas cartas del rey de Persia, bien por los malos tratos de que había hecho objeto a su embajador Tarbier-kan. Pero al tener noticia de la muerte del rey de Persia desistió de su plan y retrocedió, diciendo (lo que no es muy exacto) que no quería combatir a *un niño*, al nuevo rey, a pesar de que Chah-Solimán, que sucedió a su padre, tiene cerca de veinticinco años.

AURENG-ZEBE, MAGNÁNIMO

Otro hecho que debe señalarse, se refiere a los que sirvieron fielmente a Aureng-Zebe. A todos los favoreció con la mayor liberalidad. Como dije antes, primero hizo a su tío, Cha-heft-kan, gobernador y general del ejército del Decán, y después gobernador de Bengala; a Kalilullah-kan, gobernador de Lahor (1); a Mir-Baba, gobernador de Elebas; a Latker-kan, de Patna; al hijo de Allah-Verdi-Kan, gobernador de Seimdy y a Fazelkan, que le había servido con sus consejos y con su sabiduría, le nombró *Kane-Saman*, que quiere decir *Gran Maestre de la casa del rey*. En cuanto a Denechmend-kan, le nombró gobernador de Delhi, con la gracia y prerrogativa particularísima de eximirle (por estar siempre ocupado en el estudio y solución de los asuntos exteriores del Imperio) de la obligación de ir dos veces cada día, según una antigua costumbre, a saludar al rey y a la asamblea, sin descontarle nada de su paga, como se hace con los otros *omerahs* cuando faltan a ese deber. A Dianet-Kan le confió el gobierno de Cachemira (2), ese reino considerado como inaccesible, del que se apoderó Ekbar por astucia; que es a

(1) Ciudad antigua de la India, capital del Punjab, cuyo nombre, según tradición india, se cree viene de Loh o Laxa, hijo de Rama, el héroe del *Ramayana*. En tiempos del Gran Mogol alcanzó espléndida magnificencia. (*Nota de la edición española.*)

(2) Cachemira (Kashmir), al N. W. de la India, es al presente un estado indígena, muy montañoso, que se extiende hasta el Pamir, y en el que incluye parte del Himalaya. Su belleza es proverbial. Hoy comprende las provincias de Yammujagir, de Punch, Kashmir, Ladakh, Baltistan y Gilgit. Sus tres millones de habitantes son mahometanos (en inmensa parte), budistas, brahmanes y sikhs. (*Nota de la edición española.*)

modo del Paraíso terrenal de las Indias, que tiene su historia y sus anales escritos en su lengua particular (1), de los que poseo un compendio escrito en persa por orden de Jehan-Guire, y donde reinó una serie de monarcas muy antiguos y tan poderosos a veces que sojuzgaron las Indias hasta Ceilán. Es cierto que Aureng-Zebe obró severamente con Nejabat-kan, que se condujo muy bien en las batallas de Samonguer y de Kadjone; pero también es verdad que no se debe reprochar a su rey, como él lo hacía, los servicios que se le han prestado. En cuanto a los infames Giokan y Mazer, se sabe que el primero fué *recompensado* como merecía; del segundo no se sabe nada.

Respecto de Jessonsseingue y de Jesseingue, circulan rumores verdaderamente extraordinarios. Cierta idólatra y rebelde del Visapur, llamado Seva-Gi, logró apoderarse de varias fortalezas importantes y de algunos puertos de mar de dicho reino. Era Seva-Gi, un hombre temerario, que daba más trabajo a Cha-heft-kan, en el Decán, que el rey de Visapur con todas sus tropas y con todos los *rajahs* que se unen generalmente a él para la defensa común. Habiéndose propuesto Seva-Gi apoderarse de Cha-heft-kan y de sus tesoros en medio de su ejército y de la ciudad de Aureng-Abad, llevó tan adelante su empresa que hubiera triunfado en ella si por un pequeño detalle no hubiese sido descubierto demasiado pronto. Una

(1) Refiérese, sin duda, Bernier al *Rajatarangini*, crónica rimada (en Kasmiri) de los reyes de Cachemira, escrita por Kalhana en el siglo XII, y a su traducción en persa por Abu'l Fazl, en su *A'in-i-Akbari*. Véase M. A. Stein, *Kalhana's Rajatarangini* (1900). (Nota de la edición española.)

noche penetró, con varios hombres audaces y que le obedecen ciegamente, en el aposento de Cha-heft-kan. El hijo de éste fué muerto al salir a la defensa de su padre, y el mismo Cha-heft-kan resultó herido. Seva-Gi salió sano y salvo y no se desanimó por el fracaso. Se lanzó a otra empresa mucho más atrevida y peligrosa y que tuvo mejor éxito. Escogió dos o tres mil de los mejores hombres de su ejército y se puso en campaña, sin ruido, dando a entender, por los caminos que seguía, que era un *raja* que se dirigía a la corte. Cuando estuvo cerca de Sourata, el famoso y rico puerto de las Indias, en vez de seguir adelante, como hizo creer al *Gran preboste del campo*, a quien encontró, lanzóse al asalto de la ciudad, donde permaneció cerca de tres días, cortando los brazos y las piernas a numerosos habitantes para hacerles confesar el sitio en que se hallaban guardados los tesoros. Durante aquellos tres días no cesó de buscar, registrar y cargar en sus bagajes el producto de su saqueo, quemando todo lo que no podía llevarse. Después se dispuso para reanudar su marcha, sin que nadie osase oponerse a ello, y, en efecto, se marchó cargado de millones en oro y plata, en perlas, sedas, ricos tejidos y otras mercancías de gran valor. Se sospechó que Jessonsseingue había cooperado en esas dos hazañas de Seva-Gi, lo que obligó a Aureng-Zebe a ordenarle que abandonara el Decán; pero en vez de dirigirse a Delhi se internó en sus tierras.

Olvidaba un detalle curioso: en el saqueo de Surata, Seva-Gi, como un devoto, respetó la morada del reverendo padre Ambrosio, capuchino, dando orden

para que fuese respetado porque —son sus propias palabras—: «Yo sé que los padres *franguis* —cristianos— son buenas gentes.» Respetó asimismo la casa del difunto Delale, corredor gentil de los holandeses, por habérsele dicho que había sido *Gran limosnero*. Tampoco saqueó las casas de los ingleses y los holandeses, no por devoción, naturalmente, sino porque supieron sostenerse y se defendieron muy bien, sobre todo los ingleses, que habían tenido tiempo de hacer desembarcar de algunos navíos de su país que se hallaban anclados en la rada numerosos hombres, que salvaron del saqueo muchas casas sitiadas cerca del puerto. Pero un judío de Constantinopla, que llevaba una cantidad considerable de rubíes de gran valor para venderlos a Aureng-Zebe, logró librarse de Seva-Gi. Antes que confesar que poseía piedras preciosas, prefirió arrodillarse y ver tres veces preparar un cuchillo, como para cercenarle el cuello. Sólo un judío, dominado por la ambición, podía librarse de tal forma.

En cuanto a Jesseingue, Aureng-Zebe le consintió que marchase al Decán con un ejército, acompañándole Sultán-Mazún, a quien no se concedió ningún poder. En primer lugar atacó audazmente la principal fortaleza, que estaba en poder de Seva-Gi. Y como era más hábil que los demás se condujo de tal modo que le hizo entregar la plaza, sin esperar que la situación se hiciese insostenible y logró que Seva-Gi se adhiriese al partido de Aureng-Zebe contra el rey de Visapur. Aureng-Zebe le hizo *rajah*, le tomó bajo su protección y concedió a su hijo una pensión de *ome-rah* muy considerable. Algún tiempo después, Aureng-

Zebe, que acariciaba siempre la idea de declarar la guerra a Persia, escribió a Seva-Gi varias cartas tan afectuosas, hablando de su generosidad, de su sabiduría y de su noble conducta, que Seva-Gi se decidió a ir a Delhi para visitar a Aureng-Zebe. Pero una parienta de éste, la mujer de Cha-heft-kan, que se hallaba entonces en la Corte, influyó de tal modo en el espíritu de Aureng-Zebe que llegó a persuadirle de que no debía proteger a aquel que había matado a su hijo, herido a su esposo y saqueado Surata. Una noche vió Seva-Gi que sus tiendas estaban vigiladas por varios *omerahs*; pero halló la manera de abandonar el campo disfrazado.

La fuga de Seva-Gi causó gran sensación en la corte, acusando todo el mundo al hijo mayor del *rajah* Jesseingue de haberle ayudado en su huída. Al saber Jesseingue que Aureng-Zebe estaba muy irritado contra él y su hijo, temiendo que con tal pretexto se apoderase de sus tierras, abandonó el Decán para ir a defenderlas, pero murió al llegar a Brampour. Ahora bien; Aureng-Zebe, muy lejos de manifestar entonces alguna animosidad o rencor contra el hijo de Jesseingue, envió a un mensajero para darle el pésame por la muerte de su padre y le concedió la misma pensión que disfrutaba éste. Esto parece confirmar lo que sostienen muchos, o sea que fué con el consentimiento del mismo Aureng-Zebe como se fugó Seva-Gi. El rey no podía consentir que siguiese en la corte, pues todas las mujeres sentían una gran animosidad contra él y le consideraban como un hombre que había manchado sus manos con la sangre de sus parientes.

GUERRA EN EL DECÁN

Pero retrocedamos un poco para considerar el Decán, reino que durante más de cuarenta años ha sido sin cesar teatro de guerras intestinas y por el cual el Mogol tiene intereses grandes y solidarios con los reyes de Golconda y Visapur y con otros varios soberanos. Pero antes es preciso conocer algunos hechos importantes ocurridos en esas regiones y las circunstancias de los príncipes que los gobiernan.

Toda la gran península del Indostán, desde el golfo de Combaya hasta el de Bengala, proximo a Jagannate y al cabo de Comori, apenas hace doscientos años que estaba, con excepción de algunas regiones montañosas, bajo el dominio de un solo hombre, que era, por consiguiente, un grande y poderoso soberano. Pero en la actualidad se halla dividida en varios reinos distintos y hasta de diferente religión. La causa de esa división, fué que el *rajah* o rey Ram-ras, último de los que poseyeron por entero ese Estado, elevó desconsideradamente a los más altos puestos a tres de sus esclavos *gurgis*, hasta el punto de nombrar a los tres gobernadores. Al primero le confió el mando de la mayor parte de los territorios que constituyen actualmente el Mogol, en el Decán, en derredor de Danlet-Abad, desde Bider, Paranda, Sourata, hasta Narvadar. Al segundo todas las tierras que comprende ahora el reino de Visapur, y al tercero las comarcas que forman el reino de Golconda. Esos tres ex-esclavos llegaron a ser riquísimos y muy poderosos, apoyándoles muchos mogoles

que se hallaban al servicio de Ram-ras, por ser los mahometanos de la secta Chias —como los persas—, no pudiendo ser admitidos en la ley de los gentiles aunque ellos hubiesen querido porque éstos creen que su ley sólo se ha hecho para ellos, y, al fin, se rebelaron cierto día, de común acuerdo, asesinaron a Ram-ras y se marcharon luego a sus gobiernos tomando cada uno el título de *chah*, que quiere decir rey.

Los descendientes de Ram-ras no se sintieron bastante fuertes para combatirlos, contentándose con sostenerse en una especie de *cantón* en el país llamado hoy Karmatek, de donde son actualmente *rajahs*. El resto del Estado quedó también repartido entre los *rajahs naiques* y señores que vemos hoy. Los tres esclavos y sus descendientes se sostuvieron bien en sus reinos mientras permanecieron en buenas relaciones entre ellos, ayudándose unos a otros en sus grandes guerras con los mogoles; pero en cuanto llegó la desunión no tardaron en sentir sus efectos. Los mogoles supieron hace treinta y cinco o cuarenta años aprovechar tan bien las circunstancias que en poco tiempo se apoderaron de todo el país de Nejam-Chah, o rey Nejam, que era el quinto o sexto descendiente del esclavo, y le hicieron al fin prisionero en Daulet-Abad, su capital, donde murió poco después.

Desde entonces, los reyes de Golconda han podido sostenerse con cierta tranquilidad, no porque puedan compararse sus fuerzas con las del Mogol, sino porque este estado se ha visto siempre en lucha con los otros dos, con el fin de arrebatárles Amber, Paranda, Bider y algunas otras plazas, antes de poder pasar con facili-

dad a Golconda, y porque los últimos, que son riquísimos, han tenido siempre la habilidad de facilitar dinero al rey de Visapur (1) y ayudarle a sostener la guerra contra el Mogol. Además tienen un ejército bastante importante, que está siempre preparado y no deja nunca de ponerse en campaña y dirigirse a la frontera en cuanto se tiene noticia de que las tropas del Mogol marchan contra Visapur, a fin de hacer comprender a aquél, no sólo que están siempre dispuestos para defenderse, sino que podrían abiertamente ayudar a éste en el caso de que se le llevase al último extremo.

Y lo que resulta muy interesante es que saben hacer llegar ciertos *subsidios* a los primeros jefes del ejército del Mogol, quienes por esto dan siempre a entender a la corte que a su país le conviene más la empresa de Visapur por hallarse más cerca de Daulet-Abad. Al mismo tiempo, todos los años ofrendan al Mogol, como a modo de tributo, fastuosos regalos, consistentes en algunas manufacturas raras del país, en elefantes de Pegu, de Siam y de Ceilán y en dinero.

Por otra parte, el Mogol considera ese reino casi como suyo, no sólo por creerle su tributario, sino principalmente desde el convenio que el rey actual hizo con Aureng-Zebe cuando este sitió a Golconda, y porque, no teniendo desde Daulet-Abad hasta esa capital ninguna plaza capaz de resistir, cree que al querer hacer un esfuerzo se apoderaría de todo el reino en una sola campaña. Y a mi juicio lo hubiese hecho

(1) Visapur o Bijapur, como escriben los ingleses, es antigua ciudad al sur de Bombay. A fines del siglo xv fué sultanato independiente y sus dominios en la costa oeste de la India incluían hasta Goa. (*Nota de la edición española.*)

ya de no temer que, al lanzar sus fuerzas por la parte de Golconda, el rey de Visapur penetrase en el Decán, como no dejaría de hacerlo, indudablemente, considerando que le conviene mucho que aquel reino conserve siempre su independencia.

Por lo dicho podemos formarnos una idea acerca de los intereses y las relaciones del rey de Golconda con el Mogol, y de la manera como se va sosteniendo en su independencia. Sin embargo, ese país me parece muy trastornado, pues el rey actual parece haber decaído mucho desde aquel desdichado asunto de Aureng-Zebe y el emir Jemla. Ese rey tiene como abandonado el gobierno. No se atreve a salir de la fortaleza de Golconda, ni a aparecer en público para escuchar a cada uno y hacer justicia, según la costumbre del país. A causa de ello van mal los negocios del Estado; los grandes tiranizan a los humildes y hasta llegan a perder el respeto al rey, a burlarse de sus mandatos, considerándole casi como una mujer. Y el pueblo, harto de injusticia y de malos tratos, suspira por Aureng-Zebe.

Se podrá juzgar de la situación de aquel pobre rey por algunos detalles que debo exponer. En 1667 me hallaba en Golconda. Aureng-Zebe había enviado un embajador extraordinario para anunciar al rey que le declararía la guerra si no le facilitaba diez mil jinetes para atacar a Visapur. Y es el caso que el rey de Golconda, después de recibir al embajador con los mayores honores, le hizo regalos magníficos, tanto para él como para Aureng-Zebe, y estuvo de acuerdo con él en facilitarle, no los diez mil soldados de caba-

llería, sino todo el dinero necesario para sostenerlos, que era, en realidad, lo que deseaba aquél. Otro detalle: el embajador ordinario de Aureng-Zebe, que reside en Golconda, obra en esta capital como si fuese él el verdadero rey: manda, amenaza, expide pasaportes, castiga, etc. Y el hijo del emir Jemla, Mahmet Emir-Kan, a pesar de que no es más que un simple *omerah* de la corte de Aureng-Zebe, es respetado de tal modo en todo el reino de Golconda, y sobre todo en Maslipatan, que el *Tapta* —empleado o subordinado suyo— es casi el amo, el dueño; compra, vende, permite la entrada o la salida de los barcos mercantes, sin que nadie ose contradecirle en nada ni pedir ningún derecho de Aduana. Tan grande era en otra época el poder de su padre, el emir Jemla, en ese reino, que el tiempo no ha podido todavía desarraigarlo ni extinguirlo.

También revela el extremo a que se halla reducido el rey de Golconda el hecho de que los holandeses *no temen amenazarle*; algunas veces detienen en el puerto todos los navíos mercantes del país, sin permitirles la salida hasta que se les concede lo que piden. Incluso llegan a protestar contra él, como tuve ocasión de ver. Querían apoderarse en el mismo puerto de Maslipatan de un navío inglés. El gobernador lo impidió, haciendo armar contra ellos a toda la ciudad y amenazando con prender fuego a su factoría y matarlos a todos. También se debe a ellos ese desorden en la moneda, que tanto perjudica al tráfico del país.

Hasta los mismos portugueses, por pobres, miserables y abatidos que estén en las Indias, no dejan tam-

poco de amenazarle con declararle la guerra y de saquear Maslipatan y todo el litoral si no les devuelve esa plaza de San Tomé, que ellos mismos prefirieron, hace algunos años, entregarle voluntariamente para no verse obligados a cederla por la fuerza a los holandeses.

Sin embargo, oí decir en Golconda a personas inteligentes y bien informadas, que el rey es un hombre muy juicioso y que todo lo que hace y sufre es *por política*, para no irritar a nadie y evitar todo recelo por parte de Aureng-Zebe. Parece ser que espera a que un hijo, a quien se tiene oculto, sea mayor, para proclamarle rey y burlarse así del convenio con Aureng-Zebe. Pero esto nos lo dirá el tiempo. Digamos algo del Visapur.

El reino de Visapur no ha dejado tampoco de sostenerse, aunque el Mogol haya estado casi siempre en guerra con él. Pero más que por poder hacer frente a las fuerzas mogolas —acaso idéntico al del reino de Golconda, como hemos visto— ha sido por no haber hecho nunca un esfuerzo para vencerlo. Allí, como en otros sitios, los generales que mandan los ejércitos lo que desean muy frecuentemente es no acabar la guerra, pues no hay nada tan halagador como verse a la cabeza de un ejército, mandando como reyezuelos, lejos de la corte. Por esto es proverbial la expresión de que «el Decán es el pan y la vida de los soldados del Indostán». Además, el Visapur es de muy difícil acceso por la parte del Mogol, a causa de la falta de agua, de forraje y de víveres en aquellas comarcas. La capital es una plaza muy fuerte y se halla emplazada

en un terreno árido y seco, no habiendo apenas agua sino en la misma urbe. A todo eso hay que añadir que existen en el país numerosas fortalezas enclavadas en montañas difíciles de escalar.

Ese Estado atraviesa también por una situación delicada. El Mogol le ha arrebatado Paranda, que es como la llave del país, la hermosa y fuerte villa de Bider y algunas otras plazas importantes. Pero se debe principalmente esa situación al hecho de que el último rey de Visapur murió sin tener hijos varones, y el rey actual es un joven a quien la reina, hermana del rey de Golconda, prohió y educó, cosa que él ha agradecido muy poco no conduciéndose bien con esa reina a su regreso de la Meca, con el pretexto de que había procedido de modo poco decoroso cuando se dirigía a Moka en un navío holandés. Según se dijo, dos o tres hombres de los más favorecidos en su físico, y que no le fueron a ella indiferentes, habían desembarcado para seguirla, por tierra, desde Moka a la Meca.

Pero hay más: aprovechando los desórdenes de ese país, el idólatra Seva-Gi, de quien hablé en otro lugar, halló la manera de apoderarse de varias fortalezas muy importantes, enclavadas en su mayoría en montañas inaccesibles; y allí actúa de reyezuelo, mofándose del Visapur y del Mogol, haciendo *correrías* y estragos por doquier, y especialmente desde Surata hasta las puertas mismas de Goa. Ahora bien; si por un lado perjudica a ese país del Visapur, le favorece o ayuda poderosamente por otro, desde el momento en que se lanza contra el Mogol, preparándole siempre alguna emboscada y dando tanto que hacer a las tropas que

no se habla más que de Seva-Gi. Como dije antes, llegó a saquear Surata, así como la isla Bardes, perteneciente a los portugueses y que se halla a la entrada de Goa.

MUERTE DE CHAH-JEHAN

Al salir de Delhi supe en Golconda la muerte de Chah-Jehan. Me dijeron que Aureng-Zebe había manifestado todo el sentimiento que un hijo puede experimentar por la pérdida de su padre. Inmediatamente salió para Agra. También me dijeron que Begun-Sabeh hizo tapizar con ricos brocados la mezquita y un aposento donde Aureng-Zebe debía detenerse antes de penetrar en la fortaleza. A la entrada del serrallo, o salón de las mujeres, le presentó una arqueta de oro que contenía todas sus piedras preciosas y las de Chah-Jehan. En fin, Begum-Sabeh había sabido recibirle con tanta magnificencia y tratarle de tal modo que obtuvo su perdón, llegando a reinar entre ambos la mayor concordia y armonía.

No dudo que la mayor parte de las personas que hayan leído esta historia considerarán violentos y terribles los medios empleados por Aureng-Zebe para elevarse al Imperio. No pretendo disculparle; pero ruego a esas personas que, antes de condenarle en absoluto, reflexionen y piensen un momento en la desdichada costumbre de ese Estado, que al dejar la sucesión de la corona indecisa, por falta de buenas leyes que la regulen, como ocurre entre nosotros, en favor de los hijos primogénitos de los reyes, lo deja ex-

puesto a la conquista del más afortunado y del más fuerte, en cuya presa se convierte, y reduce al mismo tiempo a todos los demás príncipes de la familia real, por condición de su nacimiento, a la cruel necesidad o de *vencer y reinar*, haciendo perecer a los otros para asegurar su poderío y su vida misma, o sucumbir ellos para asegurar así el poderío y la vida de otro príncipe. Creo que las personas a quien me referí antes, al considerar esto no hallarán la conducta de los príncipes tan extraña como al principio. En todo caso, estoy seguro de que todos aquellos que reflexionen un poco sobre esta historia, no considerarán a Aureng-Zebe como un bárbaro y sí como un grande y raro genio, como un gran político y un gran rey.

CARTA A MR. COLBERT

DE LA EXTENSIÓN DEL INDOSTÁN.—AFLUENCIA DEL ORO Y LA PLATA A ESTE PAÍS DESPUÉS DE CIRCULAR POR EL MUNDO.—RIQUEZAS, PODERÍO, JUSTICIA, ETC., DE LOS PUEBLOS DEL ASIA Y MOTIVO PRINCIPAL DE SU DECADENCIA

«Monseñor:

»Es costumbre del Asia la de no acercarse nunca a los Grandes con las manos vacías. Por esto, cuando tuve el honor de besar el manto del Gran Mogol Aureng-Zebe, le ofrendé ocho rupias de oro (1) como muestra de respeto; y al ilustre Fazel-kan (2), ministro encargado de los principales negocios del Estado y que debía pagar mis honorarios como médico del rey, le presenté un estuche para cuchillo, tenedor y cortaplumas, con incrustaciones de ámbar. Sin querer, monseñor, implantar nuevas costumbres en Francia, no puedo olvidar esa a mi regreso; y creo que no debo aparecer ante el rey, para quien tengo respetos muy distintos de los que me inspira Aureng-Zebe, y ante vos, monseñor, para quien tengo también más venera-

(1) Moneda equivalente en esa época a 30 sueldos franceses.

(2) «El Señor Perfecto».

ción que para Fazel-kan, sin hacer a uno y otro alguna pequeña ofrenda, rara al menos por la novedad, si no lo es por la mano que la presenta. La revolución del Indostán me ha parecido, por sus extraordinarios episodios, digna de la grandeza de nuestro monarca; y este *Discurso*, por la calidad de las materias que contiene, conveniente al rango que vos tenéis en su Consejo; a esa conducta que me ha parecido tan admirable a mi retorno a Francia, por el orden que hallé restablecido en tantas cosas que creí imposibles de ordenar y por la pasión que ponéis en hacer que sean conocidas hasta en los confines de la tierra las grandezas de nuestro rey, y para que se sepa que los franceses son capaces de emprenderlo todo y de salir con honor de todo aquello que vos proyectáis, para su gloria y su prosperidad.

»Fué en las Indias, monseñor, de las que vuelvo al cabo de doce años de expatriación, donde supe la ventura de Francia y cuánto la debe a vuestros cuidados y desvelos, así como el prestigio de vuestro nombre (1). Sobre este particular tendría excelente motivo para extenderme; pero no teniendo el propósito de tratar aquí más que de cosas nuevas, ¿para qué hablar de aquellas que tan conocidas son de todo el mundo? Os complacerá más, seguramente, que procure daros alguna idea del estado de las Indias, del que me he comprometido a informaros.

»Por los mapas de Oriente habéis podido ver ya, monseñor, cuán grande en todos sentidos es la exten-

(1) Colbert (Juan Bautista) ministro de Luis XIV, uno de los hombres mas gloriosos que en orden a la administración Francia haya tenido.

sión del Gran Mogol, llamado comunmente las Indias o el Indostán. Yo no la he medido matemáticamente, pero si se considera que se necesita caminar más de tres meses, a razón de la jornada ordinaria del país, para atravesar el territorio desde la frontera del reino de Golconda hasta más allá de Razus, ciudad próxima a Kandahar, que es la primera de Persia, no puedo creer que haya menos de cinco veces la distancia de París a Lyon, lo que hace próximamente quinientas leguas.

»De esas grandes extensiones de tierra hay muchas que son muy fértiles; otras, como el vasto reino de Bengala, lo son hasta el extremo de aventajar a las del Egipto, no sólo por la abundancia del arroz, el trigo y otras cosas necesarias para la vida, sino también por producir materias importantes como la seda, el algodón y el índigo, que no se producen en este último país.

»Muchas de esas tierras están bastante pobladas y cultivadas, y sus moradores, muy perezosos por temperamento, no dejan, por necesidad o por otra causa, de aplicarse al trabajo, a la elaboración de tapices, brocados, bordados, telas de oro y de plata, y a todas aquellas manufacturas de seda y de algodón que se utilizan en el país o que se destinan a otros pueblos.

»Podréis observar, asimismo, monseñor, que el oro y la plata, después de rodar por la superficie de la tierra, acaban al fin por sepultarse, en parte, en el Indostán. Porque del oro y la plata que salen de América y que se dispersan por los diversos reinos de Europa, sábese que una parte va a parar a Turquía, por diver-

sos sitios, para la adquisición de las mercaderías o productos que de allí se obtienen, y que otra parte pasa a Persia, por Esmirna, por las sedas que allí se compran. Turquía necesita imprescindiblemente *cauve*, bebida ordinaria de los turcos y que llega a ese país desde el Hyeman o Arabia feliz. Y esta misma Turquía, con el Hyeman y Persia, no podría prescindir de los productos de las Indias. Así, todos esos países se ven obligados a enviar a Moka, situada en el Mar Rojo, cerca de Bab-el-Mandel, a Bassora, que se halla en la extremidad del Golfo Pérsico, y a Bander-Abassi o Gomeron, próximo a Ormuz, una parte del oro y de la plata que había entrado en ellos, siendo transportados desde esos puntos al Indostán en los navíos que todos los años, durante el monzón (1) o época de los vientos, van regularmente a aquellos tres puertos. Además, todos los navíos de las Indias, sean indios o pertenezcan a holandeses, ingleses o portugueses, llegan todos los años a dichos puertos para llevar mercancías del Indostán a Pegu, a Tanasseri, a Siam, Ceilán, Achem, Nacassar, a las Maldivas, a Mozambique, etc., y vuelven también de esos países con mucho oro y plata, que tienen el mismo paradero. Y de la cantidad que los holandeses obtienen del Japón, donde hay minas, una

(1) Los monzones son vientos estacionales que soplan alternativamente del mar hacia tierra y de la tierra hacia el mar. En el verano la masa continental es sede, de un intenso calentamiento y originándose centros ciclónicos, soplan vientos del mar hacia tierra, los cuales son húmedos, frescos y lluviosos; en el invierno, enfriándose más el continente que la masa marina, soplan vientos—secos, verdaderos terrales—de tierra hacia el mar. El océano Indico, de situación ecuatorial y rodeado por un cinturón de masas continentales altas, es en el Globo el escenario principal de los monzones. La vida física y social de estos países, pende en amplia medida de los monzones, que los ingleses llaman *trade winds*. (Nota de la edición española.)

parte va también a sepultarse más pronto o más tarde en el Indostán. Y, en fin, el oro y la plata que llegan directamente de Portugal, o de Francia, no vuelven a esos países sino convertidos en mercancías.

»Sé que se puede argüir que el Indostán necesita cobre, nuez moscada, canela, elefantes y otras cosas que los holandeses llevan desde el Japón y de las islas Molucas, de Ceilán y de Europa. Necesitan también el plomo, que les suministra Inglaterra; telas y otros productos de Francia, así como caballos (de la región del Usbec recibe más de veinticinco mil cada año). Igualmente recibe gran número de caballos de Persia, por la vía de Kandahar y de Etiopía, de Arabia y de la misma Persia, por mar, por los puertos antes citados de Moka, Bassora y Bander-Abassi. El Indostán tiene necesidad también de la gran cantidad de frutas secas que llegan al país desde Samarkanda, Bali, Bocara y Persia, y que consisten en melones, manzanas, peras y uvas, frutas que se comen en Delhi durante casi todo el invierno y que se pagan muy caras. Asimismo, recibe frutas secas durante todo el año; proceden de los mismos países y consisten en almendras, nueces, ciruelas y albaricoques. Por último, necesita las pequeñas conchas marinas de las islas Maldivas, que sirven de moneda fraccionaria en Bengala y en algunas otras comarcas; ámbar gris de las mismas Maldivas y de Mozambique, astas de rinoceronte, colmillos de elefante, dientes de algunos esclavos de Etiopía, almizcle² y loza de la China, perlas de Beharen y Tutucuri (situado cerca de Ceilán), y una porción de cosas más de que por cierto podrían prescindir en absoluto. Ahora bien;

esas compras no hacen salir del Indostán el oro y la plata, pues los que venden aquellos productos adquieren mercancías del país con el dinero de sus ventas, por tenerles esto más cuenta.

«Se infiere de eso que el Indostán es como el abismo de una gran parte del oro y la plata del mundo, pues halla muchos medios para entrar en el país, por muy distintos sitios, pero casi ninguna salida.

»Si consideráis ahora, monseñor, que el Gran Mogol es de hecho heredero de los *omerahs* o señores y de los *manseb-dars*, o pequeños *omerahs*, a sueldo de él; que son suyas todas las tierras del reino, con excepción de algunos jardines o huertos que permite a sus súbditos vender, repartir o comprar entre sí, llegaréis a la conclusión de que es preciso, no sólo que en el Indostán haya una gran cantidad de oro y plata, a pesar de no existir minas en el país, sino que el Gran Mogol, que es su Soberano, tenga riquezas inmensas.

»Pero hay varias cosas que contrarrestan eso. En primer lugar, existen muchas tierras que no son más que pedregales y montañas poco fértiles, apenas cultivadas y pobladas. Y de los mismos terrenos feraces hay muchos que no están cultivados por falta de labradores. Son numerosos los que han sucumbido a consecuencia de los malos tratos de los gobernadores, que les privan con frecuencia de lo necesario para la vida, arrebatándoles incluso a sus hijos, a los que convierten en esclavos cuando los padres no pueden pagar los tributos o ponen algún reparo para ello. Muchos abandonaron los campos por la misma razón, desesperados de trabajar para otros, y se marcharon a las ciudades,

donde se hicieron aguadores y cargadores, o se alistaron en el ejército. En fin, otros huyeron a los dominios de los *rajahs*, pues allí hallan menos tiranía, se les trata con menos crueldad.

» En el Indostán hay muchos Estados o naciones cuyo soberano no es el Mogol, pues la mayoría tienen sus jefes, que no le obedecen, que no le pagan tributo sino *a la fuerza*; otros que le entregan una insignificancia, o nada; y, en fin, existen algunos que reciben subsidios de aquél, como veremos ahora.

» Los reyezuelos de la frontera de Persia no pagan casi nunca el tributo al Mogol, ni al rey de éste país. Los *baluches*, los *agans* y los habitantes de las montañas no tributan nada en su mayoría y hasta les preocupa muy poco el Soberano, como lo demuestra la afrenta que le hicieron al detener a todas sus tropas, faltas de agua, que ellos captaban en sus montañas, cuando el rey iba desde Atek, en el Indo, a Kabul, para sitiar la plaza de Kandahar, no dejándolas proseguir su marcha, descender de las montañas a los llanos para tomar el camino de Kabul, mientras no se les hicieron ciertos presentes, aunque a la verdad los pidieron en forma de limosna.

» En el mismo caso se hallan los *patans*, pueblos mahometanos que antes de la invasión de las Indias por los mogoles habían sabido hacerse muy poderosos en muchas comarcas, y principalmente en Delhi, y convertir a numerosos *rajahs* de las inmediaciones en tributarios suyos. Esos *patans* son bravos, guerreros, altivos; desprecian a los indios y a los gentiles y odian mortalmente a los mogoles, recordando siempre lo

que eran antes de que éstos les arrojasen de sus grandes principados, obligándoles a retirarse muy lejos de Delhi y de Agra a las montañas, donde se han habituado a vivir y donde algunos hacen de reyezuelos.

»El rey del Visapur no le paga ningún tributo y está siempre en guerra con el Mogol, sosteniéndose en esa suerte de independencia, en parte por sus propias fuerzas, y en parte por estar muy lejos de Delhi y Agra, residencias habituales de aquél. Además, Visapur es una plaza fuerte importante y de difícil acceso para un ejército. Las tropas no hallarían en el camino agua potable y apenas si encontrarían forraje para el ganado. Y por otra parte, muchos *rajahs* se alían con el rey de Visapur para la defensa común, así como el famoso Seva-Gi que hace poco tiempo saqueó e incendió el rico puerto de Surata.

»Idéntico proceder observa en lo tocante a los tributos el poderoso rey de Golconda, que secretamente facilita subsidios al de Visapur, y que tiene siempre en la frontera un ejército preparado para su defensa y para ayudar al rey de aquel país en caso necesario.

»Lo mismo hacen más de cien *rajahs* o soberanos idólatras dispersos por todo el reino, unos próximos a Agra y Delhi, y otros muy alejados de estas capitales. Entre esos *rajahs* hay quince o diez y seis muy ricos y poderosos y cinco o seis, como Rana (que llegó a ser a modo del *Emperador de los Rajahs* y que descende, según se dice, del rey Porus) y como Jesseingue y Jessonsseingue, que lo son hasta el punto de que, si se uniesen los tres solamente, darían mucho que hacer al Mogol, pues cada uno de ellos puede poner al ins-

tante en campaña veinte mil jinetes mejores que los del ejército del Mogol. Estos soldados de caballería son llamados *rajipus*, que quiere decir hijos de *rajahs*, y se consagran al oficio de las armas por tradición familiar, de padres a hijos. Como dije en otro lugar, los *rajahs* les asignan tierras a condición de estar siempre dispuestos para montar a caballo y salir para la guerra.

»Hay que considerar también que el Mogol es mahometano, no de los denominados *chias*, partidarios de Alí y sus descendientes, como lo son los persas, y, por consiguiente, la mayor parte de su corte, sino de los llamados *somnis*, partidarios de Osmán, como son los turcos. Además, es extranjero, descendiente de Tamerlán, jefe de aquellos mogoles de Tartaria, que allá por el año 1401 invadieron las Indias, de las que se hicieron dueños. Así, el Mogol se halla en un país casi enemigo, pues no ya por cada mogol, sino, en general, por cada mahometano, hay centenares de gentiles (idólatras), lo que le obliga, por hallarse rodeado de tantos enemigos —y para estar prevenidos contra los persas y los usbecanos, que son sus vecinos— a sostener perpetuamente, tanto en tiempo de guerra como de paz, grandes ejércitos en las capitales del reino, cerca de su persona y en los campos. Acerca de estos ejércitos me propongo, monseñor, daros alguna idea, a fin de que, conociendo los grandes dispendios que el Mogol se ve en la necesidad de hacer, podáis juzgar de sus riquezas efectivas.

»Veamos, primeramente, la milicia del país, que *el rey debe costear necesariamente de su peculio*.

»La mandan los *rajahs*, como Jesseingue, Jessons-

seingue y muchos otros, a quienes el Mogol concede cuantiosas «pensiones» para que estén siempre preparados, con su gran número de *rajipus*, considerándolos como *omerahs*, tanto en el ejército que está siempre cerca de su persona como entre las tropas que se hallan en los campos. Esos *rajahs* tienen, por lo general, las mismas obligaciones que los *omerahs*, debiendo hacer la guardia, pero con la distinción de que no la hacen en la fortaleza, como ellos, sino en el exterior, bajo sus tiendas de campaña. Por lo visto no les divierte estar encerrados veinticuatro horas en una fortaleza. Por cierto que no van nunca a ella sino *bien acompañados*, con gente resuelta a dejarse matar por ellos.

El Mogol necesita tener a su servicio esos *rajahs* por muchas razones. En primer término, la milicia que ellos mandan es excelente, y hay *rajah* que, como dije antes, puede en un momento dado poner en campaña veinse mil jinetes y más. Al mismo tiempo está más seguro el Mogol de los *rajahs* que no son pagados por él, pudiendo intimidarlos cuando se rebelan, cuando no quieren pagar el tributo, o en los casos en que, por temor u otra causa, se resisten a salir de sus Estados para incorporarse al ejército cuando el Mogol les requiere para ello.

Sostiene, además, una milicia para luchar contra los *patans* o contra sus propios *omerahs* y gobernadores, si intentan rebelarse. Finalmente, emplea esas tropas cuando el rey de Golconda no quiere pagar su tributo y pretende defender con su ejército al rey de Visapur o a algunos *rajahs* vecinos a quienes el Mogol quiere

despojar o hacer tributarios suyos. En esos casos, el Mogol no puede fiarse mucho de los *omerahs*, pues son persas en su mayoría y de distinta religión. En efecto: son *chias*, como los reyes de Persia y de Golconda, mientras que el Mogol es *sounni*.

Cuando de los persas se trata, tampoco puede confiar mucho en sus *omerahs*, pues, como he dicho antes, son en su mayoría persas y no sienten inclinación para combatir contra el rey de Persia, tanto más cuanto que le creen su *Imán*, su califa o soberano pontífice, descendiente de Alí, y contra el cual, por consiguiente, no pueden combatir sin cometer un crimen y un gravísimo pecado.

» Por razones análogas se ve obligado a sostener cierto número de *patans*. En fin, tiene que costear una milicia formada por mogoles, que constituye la fuerza principal del Estado y le ocasiona gastos cuantiosísimos.

» El Gran Mogol tiene en Delhi, en Agra y en sus inmediaciones de dos mil a tres mil caballos dispuestos siempre para salir a campaña; para las frecuentes excursiones del monarca hay de 800 a 900 elefantes; gran número de mulas y de caballos de tiro se destinan al transporte de todas sus grandes tiendas de campaña con sus pabellones y para conducir a sus mujeres, el mobiliario, las cocinas, odres de agua y demás cosas necesarias en la vida de campamento.

» Hay que sumar a todo eso los increíbles gastos del serrallo, que es más indispensable de lo que podría creerse. Aquello es un *abismo* de telas finas, de oro, de brocados y sedería, de bálsamos, de ámbar y de perlas.

Si se tiene en cuenta estos gastos fijos, de los cuales no puede prescindir el Gran Mogol, se podrá juzgar si es, en efecto, infinitamente rico, como se dice. No se puede negar que posee grandes riquezas. Creo que él solo posee más que el *Gran Señor* y el rey de Persia juntos. Pero no puedo admitir las cosas extravagantes, absurdas, que se cuentan. Es como si admitiésemos que un tesorero es verdaderamente rico porque recibe grandes cantidades con una mano al mismo tiempo que está obligado a distribuirlas con la otra. Yo consideraré efectivamente poderoso a un rey que, sin asolar y empobrecer todos sus pueblos, tenga medios suficientes para sostener una corte fastuosa, a la manera nuestra, o de otra forma; un ejército o milicias capaces para la defensa del reino y para resistir durante varios años una guerra con sus vecinos; para ejercer sus liberalidades, erigir soberbios monumentos y, en fin, hacer aquellos otros dispendios que los reyes acostumbran a hacer según su inclinación particular. Además, debe reservar en su tesoro, durante varios años, sumas suficientemente cuantiosas para emprender o sostener una guerra por largo tiempo. Ahora bien; quiero admitir que el Gran Mogol se halle poco más o menos en tales condiciones; pero no puedo creer que sea en la medida que dicen las gentes.

»Dados esos inmensos e inevitables gastos, pienso, monseñor, que os inclinaréis a participar de mi opinión. Y estaréis más dispuesto a ello —como todos los que lean este discurso— si consideramos dos hechos importantes.

»Es el primero que el Gran Mogol actual, terminada

la última revolución, cuando reinaba la paz en el país, excepto en Bengala, donde el Sultán-Sujah peleaba aún, el gran Mogol repito, se vió muy apurado para hallar medios con que sostener a las tropas. Y eso cuando éstas no estaban tan bien pagadas como antes; cuando la guerra no había durado más que cinco años y, en fin, cuando el soberano había utilizado para hacer frente a aquella necesidad una parte del tesoro de su padre, de Chah-Jehan.

»El segundo hecho es que todo ese tesoro de Chah-Jehan, hombre muy económico y que reinó más de cuarenta años, sin sostener durante ese tiempo guerras importantes, no llegó nunca a seis kurures de rupias. Dije antes que una rupia vale ventinueve sueldos de Francia; cien mil rupias hacen una lecque y ésta un kurur.

»Hay que tener en cuenta que no incluyo en ese tesoro gran cantidad de piezas de orfebrería de todas clases y formas, de oro y de plata, cinceladas, cubiertas de pedrería, ni tampoco una prodigiosa cantidad de perlas y piedras preciosas de todas suertes, de extraordinario volumen y de incalculable precio. Yo no sé si hay rey en el mundo que tenga una riqueza tal. Sólo un trono cubierto de pedrería está tasado en tres kurures de rupias, si no recuerdo mal. Pero hay que decir también que esas riquezas son despojos de antiguos príncipes, *patans* y *rajahs*, despojos que durante años y años se fueron acumulando, y se acumulan y aumentan todos los días, de rey en rey, por los regalos que todos los años están obligados a hacerles los *ome-rahs* con motivos de ciertas fiestas. Pero esas joyas son

1. - value

consideradas bienes de la Corona, a los que sería un crimen tocar y de los que un rey mogol se vería imposibilitado de obtener un céntimo en cualquier necesidad.

» Antes de terminar he de procurar descubrir las causas de que en ese imperio del Mogol, que es a modo de un abismo del oro y plata, la situación de sus súbditos, del pueblo, no sea mejor que en otros países. Al contrario, el pueblo es más pobre y el dinero se halla con más dificultad que en otras naciones.

» La primera razón de ello es que se consume una cantidad incalculable para fundir y refundir todos los anillos para la nariz, los aretes, las cadenas, las argollas y brazaletes que usan las mujeres, y, sobre todo, en una increíble cantidad de labores o trabajos a mano en que entran el oro y la plata en gran cantidad, como en bordados, *alachas*, telas rayadas, *turas* o cordones con hilillos de oro, que se llevan en los turbantes, tejidos de oro y plata, cinturones, brocados, etc., etc. Además, todos los hombres de la milicia quieren ir deslumbrantes de dorados, desde el *omerah* hasta el simple soldado, sobre todo cuando les acompañan sus mujeres y sus hijos. Y los soldados quieren ir así aun cuando se padezca de hambre en sus casas, como ocurre a cada momento.

» La segunda razón consiste en que todas las tierras del reino son, como hemos dicho, propiedad del rey. El monarca las concede en forma de «beneficios» denominados *jah-ghirs*, o, como en Turquía, *timars*, a los hombres de la milicia, para su paga o «pensión», por lo que llevan el nombre de *jah-ghir*, que significa

1. - bonos o regalos

«lugar de posesión», o las conceden a los gobernadores, como sueldo suyo y para sostenimiento de sus tropas, pero a condición de que de la diferencia del producto de las tierras entregarán al rey anualmente cierta cantidad. El rey se reserva esas tierras como un dominio particular suyo, que no se cede nunca, o muy rara vez, en forma de *jah-ghirs*. El monarca tiene también en sus tierras a modo de colonos que le deben entregar asimismo una cantidad determinada por año. Mediante esas rentas, unos y otros, es decir, los que explotan los *timars*, los gobernadores y los colonos, ejercen una autoridad absoluta sobre los campesinos y una muy grande sobre los artesanos y los mercaderes de las ciudades, pueblos y aldeas de su dependencia o demarcación. No hay allí grandes señores, ni parlamentos, ni *presidios* (como entre nosotros), y es imposible evitar las arbitrariedades. No hay *kadís* o jueces capaces de impedir y castigar sus violencias, ni, en general, nadie a quien el agricultor, el artesano o el mercader, puedan quejarse de la tiranía que sufren. Los gobernadores y hacendados obran impunemente, sin temor a nada ni a nadie, por la autoridad real de que están investidos. Sólo en los sitios próximos a las capitales, a Delhi y Agra, así como en los grandes puertos donde saben aquéllos que las quejas podrían llegar más fácilmente a la corte, cometen menos desafueros y arbitrariedades. Por tal motivo el pueblo siente perpetuo temor, sobre todo a los gobernadores, temiéndoles como un esclavo a su amo.

»Generalmente los campesinos y artesanos afectan ser pobres. Visten y se albergan miserablemente y se

privan hasta lo inconcebible de comer y de beber. No emprenden ningún negocio por temor a que se les crea ricos y se fragüe algo para arruinarlos. Y no se les ocurre otro remedio para evitarlo que el de esconder su dinero bajo tierra. Ese dinero queda así fuera de la circulación, del comercio ordinario de los hombres, enterrado, sin que el propietario, ni el rey, ni el Estado lo aprovechen. Y no sólo ocurre eso entre los campesinos y los artesanos, sino entre los mercaderes, sean mahometanos o gentiles, excepto algunos que están a sueldo del rey, que son pagados por algún *omerah* o que tienen cualquier apoyo o influencia, dándose también el caso hasta en los principales gentiles, que son los que acaparan los grandes negocios y el dinero.

»Creen que el oro y la plata que esconden en vida les servirá después de su muerte. Esta es, a mi juicio, una de las causas principales de que circule tan poco el dinero entre el pueblo y en el comercio.

»Aquí surge una cuestión importante, a saber: si no sería preferible, no sólo para los súbditos sino para el Estado y para el mismo soberano, que éste, como ocurre en Europa, no poseyese todas las tierras. Para mí, después de comparar el estado de las naciones europeas donde hay propiedad particular, con el de aquellas donde ésta no existe, es absolutamente indiscutible que resulta mucho mejor, incluso para el mismo rey, que la propiedad exista. En los países donde ocurre de otro modo, desaparecen el oro y la plata de la manera que acabo de exponer. No hay nadie que esté libre de las violencias de los recaudadores, gobernadores y hacendados del Mogol. Los reyes, por buena vo-

luntad que tuviesen, no podrían casi nunca, como acabamos de ver, hacer por que imperase la justicia, impidiendo la tiranía, sobre todo en las provincias lejanas. Ese debe ser, y es sin duda uno de los principales deberes de los monarcas. Y en el Mogol llega la tiranía a extremos inconcebibles, privándose al labriego y al artesano de lo preciso para la vida. Los hombres sucumben de hambre, de miseria, no procrean hijos y, si los tienen, éstos mueren a poco de nacer, por falta de nutrición o por enfermedades heredadas de sus progenitores.

»Hay muchos que abandonan el campo y entran al servicio de los señores, o emigran a otros países. En fin, las tierras apenas si se cultivan, y si se hace, es muy mal. Son muchos los labriegos que se arruinan, y no hay personas que puedan o quieran hacer los gastos necesarios para conservar las obras de riego, ni para hacer la menor cosa sobre esto.

»Del mismo modo, apenas hay personas que se ocupen de construir casas ni de hacer las obras necesarias en las que se hallan en ruinas.

»El labriego se hará esta reflexión: «¿Para qué sacrificarse por un tirano que vendrá mañana a arrebatármelo todo, o lo mejor, y que acaso no me dejará, si se le antoja, ni lo preciso para comer?» Y el colono y el funcionario, por su parte, hacen este donoso razonamiento: «¿Por qué sacar dinero de mi bolsa y afanarme para explotar estas tierras, estando siempre expuesto a que me las arrebaten o me las cambien por otras? No trabajo para mí, ni para mis hijos, y lo que tengo hoy no lo poseeré tal vez el año próximo. Vivamos lo

J. Joli.

mejor posible mientras estos terrenos estén en mi poder, aunque el labrador se muera de hambre o tenga que emigrar. Una vez me haya marchado yo de esta comarca no me importa que se convierta en un desierto.»

»A causa de ello vemos esos pueblos asiáticos que se van arruinando sensiblemente. No hallamos en ellos más que viviendas de tierra, de barro, pueblos y villas en ruinas, desiertos. A esto se debe que veamos (para ofrecer un ejemplo de lo que está más cerca de nosotros) esas regiones de Mesopotamia, Anatolia y Palestina, las maravillosas llanuras de Antioquía y tantas otras comarcas en otro tiempo tan bien cultivadas, florecientes y pobladas, y ahora casi solitarias, incultas, desoladas, o convertidas en marismas pestilentes e inhabitables. Débese a eso mismo que en las tierras incomparables de Egipto se haya podido observar que, en menos de ochenta años, se ha perdido más de una décima parte, por no haber habido personas que hayan querido hacer los gastos precisos para conservar todos los canales y contener las aguas del Nilo, evitando que se desborde con furia, que anegue las tierras bajas o las cubra de arena, que no se puede luego retirar de los terrenos sino con mucha dificultad y con grandes gastos.

»Por los mismos motivos languidecen las Artes en estos países, o, por lo menos, no florecen cual debieran, como en Europa. Nadie puede aplicarse al trabajo con entusiasmo, pues entre el pueblo, que es pobre, o quiere parecerlo, no hay nadie que estime la belleza y la delicadeza del trabajo. Nadie busca más que las co-

habilitaciones

sas baratas, sin mérito artístico. Los grandes señores remuneran el trabajo muy mal, a su capricho, considerándose todavía muy feliz el artista si ha podido librarse del *korrahs*, de ese terrible látigo que se ve colgado a la puerta de los *omerahs*. Cuando el trabajador comprende que no le queda ninguna esperanza de llegar a ser algo, de comprar algún cargo o algunas tierras para él y para los suyos, y cuando casi no osaría hacer ver que posee unas monedas, ni lleva buenos vestidos, ni come bien, por temor a que le crean rico. A consecuencia de esto ha tiempo que esa belleza y delicadeza de las Artes se habrían perdido enteramente en aquellos países, si no fuese porque los reyes y los más grandes señores costean obreros y artistas que trabajan en sus casas, aprovechando la circunstancia para enseñar a sus hijos, y esos trabajadores y artistas pueden trabajar con celo y desplegar toda su habilidad para ser mejor considerados y librarse del *korrah*. También hay en las ciudades grandes y ricos mercaderes, que remuneran algo mejor a los artistas, y digo algo mejor porque, por bellas que sean las telas y artículos que vemos a veces, y que proceden de esos países, no debemos creer que el artista ocupa en ellos un puesto de honor y que goza de ciertas consideraciones. Muy al contrario; sólo trabaja por pura necesidad, o por temor a los golpes de *korrah*, y no sólo no se hace nunca rico sino que se da por muy satisfecho cuando tiene para comer y vestir pobremente. Y el dinero que gana no es para él y sí para los grandes mercaderes de que he hablado.

»A consecuencia de todo ello se hallan esos países

en la más increíble y profunda ignorancia. No existen academias ni colegios bien fundados. ¿Dónde podrían hallarse los fundadores? Y, si los hubiese, ¿de dónde acudirían los alumnos? ¿Y quién podría costear los gastos? Pero aun en el caso de que hubiera personas que pudiesen costearlos, ¿quiénes serían los que se aventurasen, por hacer esos dispendios, a *que se les considerara como ricos*? Y, en todo caso, ¿dónde están aquellas prebendas, cargos y dignidades que requieren ciencia, capacidad, y que animan a la juventud para el estudio?

»Por los mismos motivos languidecen el comercio y las demás manifestaciones de la vida en común. ¿Quiénes serán los que se afanen, laboren, produzcan y se aventuren o arriesguen *por y para otro*, para un gobernador, funcionario que le tiranizará si no tiene algún valedero en la milicia, o en la corte, de quien será como esclavo, y que se aprovechará de lo que pueda? Por temor a que le ocurra alguna desgracia el no parecer pobre, miserable, comerá, poseyendo cien mil rupias, como si sólo poseyese diez mil.

»No es en esos países donde los reyes hallan para servirles príncipes, grandes señores, nobles, hijos de familias ricas y poderosas, oficiales, burgueses, hombres de negocios, artistas, hombres valerosos y de corazón que sientan verdadero respeto y afecto por su rey. Muchos de esos hombres se consagran al servicio del rey y a la carrera de las armas, contentándose unos con la estimación y hasta con una palabra amable del monarca y sacrificando los otros incluso su vida por él, así como por el honor de sus antepasados y por



Habitantes de Agra.

la tradición familiar. En cambio, los reyes de esos países están siempre rodeados de gente grosera, de ignorantes, de hombres brutales, elevados desde su miseria a las dignidades más altas. Careciendo de toda instrucción y educación, son generalmente soberbios, insoportables, hombres sin corazón, sin honor, sin honradez, que no aman a su patria ni a su rey. En tales países hay que arruinarlo todo, todas las fuentes de riqueza, a fin de hallar medios para subvenir a esos gastos inevitables, para sostener una corte fastuosa, y una enormidad de tropas necesarias para atemorizar al pueblo, para impedirle que emigre, obligarle a trabajar, vejarse de todas formas y obtener de él todo lo que se quiere.

»En esos países, en caso de guerra, y casi en todo tiempo, es preciso vender los cargos por dinero corriente y sonante y por sumas inmensas, y esta es una de las causas principales de ruina y desolación, pues el funcionario que ha comprado su cargo tiene que *reembolsarse* de la suma que pagó, y que acaso tomó a préstamo, por lo que tendrá que abonar intereses considerables. ¿Y no necesitará, haya comprado o no su cargo, encontrar como el *hacendado* y el *colono* los medios precisos para hacer todos los años ricos regalos a un visir, a un eunuco, a una odalisca del serrallo, a cualquiera de las personas o valederos que le sostienen en la corte? ¿No es preciso que satisfaga al rey sus tributos y que, además, se enriquezca él, pobre esclavo, hambriento, lleno de deudas —como todos— cuando llegó a la corte? En las provincias son verdaderos tiranos, investidos de una autoridad sin límites. No hay allí nadie que pueda impedir sus desafueros y a

1. - Juan de Ayala.

quien pueda recurrir un súbdito para librarse de su tiranía o pedir justicia. Ciertamente es que en el Imperio del Mogol los *vakeanevis* (emisarios que el rey envía a todas las provincias, a fin de que le pongan al corriente de todo lo que sucede en ellas) hacen que los funcionarios moderen algo su conducta, a no ser que, como ocurre casi siempre, se pongan de acuerdo y acaben por *entenderse*. También es cierto que los gobiernos no se venden con tanta frecuencia como en Turquía, ni de un modo tan descarado, y que los gobernadores permanecen más tiempo en sus cargos, por lo que no se hallan tan necesitados, tan abrumados por las deudas como aquéllos, no tratando, por consiguiente, a sus gobernados con tanta crueldad, entre otras cosas por temor a que huyan a los territorios de los *rajahs*, cosa que ocurre, sin embargo, con frecuencia. En Persia tampoco se venden los gobiernos con tanta facilidad y tan públicamente como en Turquía. Los hijos de los gobernadores heredan a menudo los cargos de sus padres y las personas son también mejor tratadas que en Turquía. Asimismo, se observa más cortesía en sus relaciones. Hasta hay funcionarios que se consagran al estudio. Como quiera que en esos tres países, Turquía, Persia y el Indostán, no existe verdadera propiedad particular en lo que se refiere a la tierra y a otros bienes, fundamento de todo lo bello y bueno que existe en el mundo, esas tres naciones, repito, tienen que parecerse, pues adolecen del mismo defecto, y es preciso que más pronto o más tarde caigan en la misma tiranía, en la ruina y la desolación, consecuencias naturales de aquel mal.

»Dios ha querido que nuestros monarcas de Europa no sean propietarios de las tierras que poseen sus súbditos. En otro caso, sus reinos no se hallarían en el estado en que se hallan, tan bien cultivados, tan poblados y florecientes. Nuestros reyes son mucho más ricos y poderosos que lo serían en aquel caso, y preciso es confesar que están mejor y más realmente servidos. Si hiciesen lo que en aquellos países asiáticos, se convertirían muy pronto en reyes de naciones desiertas y desoladas, de miserables y de bárbaros, como aquellos monarcas que por su ambición lo pierden todo, al fin, que por querer ser demasiado ricos carecen en realidad de riquezas o, por lo menos, están muy lejos de poseer aquellas que su ciega ambición y su ansia de ser más absolutos de lo que permiten las leyes de Dios y de la Naturaleza les hacen desear. Porque ¿dónde estarían los príncipes, los prelados, la nobleza, los ricos burgueses y grandes comerciantes y los artistas famosos y las ciudades como París, Lyon, Toulouse, Rouen y, si queréis, Londres, y tantas otras? ¿Cómo existiría esa infinidad de villas y pueblos, de alquerías y granjas, los campos y colinas cultivados con tanto esfuerzo y esmero? En fin, ¿cómo podrían existir, por consiguiente, los grandes beneficios que se obtienen de todo eso y que enriquecen a los súbditos y al soberano? Veríamos que los pueblos se hacían inhabitables y se arruinaban, sin que nadie pensase en remediarlo; los campos quedarían incultos, llenos de marismas pestilentes.

»En cuanto a los viajes, no existirían las comodidades que tan agradables los hacen en los países europeos, y en vez de las excelentes hosterías que se hallan, por

1.º prelados. - 2.º granja

ejemplo, entre París y Lyon, veríamos unos miserables *caravan-serrahs* o grandes mesones, donde centenares de personas se hallan en mescolanza con caballos, mulas y camellos, y donde hace durante el estío un calor asfixiante y un frío indecible en invierno.

»Se me objetará que existen países donde ocurre con las tierras lo mismo que en los pueblos asiáticos de que he hablado, como en el del «Gran Señor», por ejemplo, y que no sólo subsisten sino que son muy poderosos. Es verdad que ese Estado, que tiene una inmensa extensión y excelentes tierras, es un pueblo rico y poderoso; pero si estuviese cultivado y poblado como los de Europa, y lo estaría si existiese en él la propiedad particular, se hallaría en condiciones para poner en pie de guerra aquellos grandes ejércitos de otros tiempos y sería bastante próspero para mantenerlos. Nosotros lo hemos recorrido casi todo y hemos podido observar cómo está arruinado y despoblado de una manera increíble. Ahora se necesitan en ese país tres meses enteros para poner en pie de guerra cinco o seis mil hombres. Y sabemos el estado en que se hallaría si no fuese por el gran número de esclavos cristianos que llegan al país de todas partes. Y es indudable que si el actual Gobierno durase unos cuantos años, el país quedaría arruinado. Ahora parece sostenerse por milagro. No hay en todo el Imperio un solo gobernador, ni otra persona, con elementos para emprender algún trabajo. Y si lo hubiese, tal vez no hallaría gente para realizarlo. ¡Extraña manera de hacer subsistir los Estados! Para poner término a las condiciones no faltaría más que un *Brahma* como el de

Pegu, que hizo morir de hambre a la mitad del reino, convirtiéndolo como en un inmenso bosque, impidiendo durante algunos años que se cultivasen las tierras. No logró su propósito. El Estado quedó dividido después, y hace poco tiempo estuvo a punto de ser tomada la capital, Ava, por un puñado de fugitivos de China. Y no hemos visto ya la ruina total de un Imperio porque sus moradores, muy lejos de hallarse en condiciones de poder intentar algo contra él, no pueden resistirlo sino merced a la ayuda de los extraños.

Se podrá argüir también que en esos Estados podrían tener buenas leyes y que a los habitantes de las provincias les quedaría el recurso de presentar sus quejas al Gran Visir y hasta al rey mismo. Ciertamente es que no carecen por completo de buenas leyes y que si se cumpliesen las que existen podría vivirse en esa nación tan bien y con tanta seguridad como en el país mejor regido del mundo. Pero ¿de qué sirven tales leyes si no se cumplen ni hay manera de hacerlas cumplir? Seguramente, no será quien lo haga el Gran Visir, que mantiene en las provincias verdaderos tiranos y que vende los cargos públicos. Y, por otra parte, ¿sería posible a un pobre labriego que quisiese pedir justicia costear los gastos de un viaje a la capital, distante acaso 150 o más leguas de su comarca? ¿Y no podría el gobernador hacer que le asesinasen en el camino, como ha ocurrido muchas veces? Por otra parte, el gobernador tendría en la corte sus valederos, personajes influyentes que presentarían el caso que les conviniera. En fin, ese gobernador, así como los hacendados y los colonos, gentes capaces de arruinar un mundo con su

1. volúmenes, costuras, años

legión de mujeres, de hijos y de esclavos; ese gobernador, repito, ¿no es el señor absoluto, el «Intendente de Justicia», que sustituye al Parlamento, a los Tribunales, a la Administración, a todos los organismos de los países bien regidos?

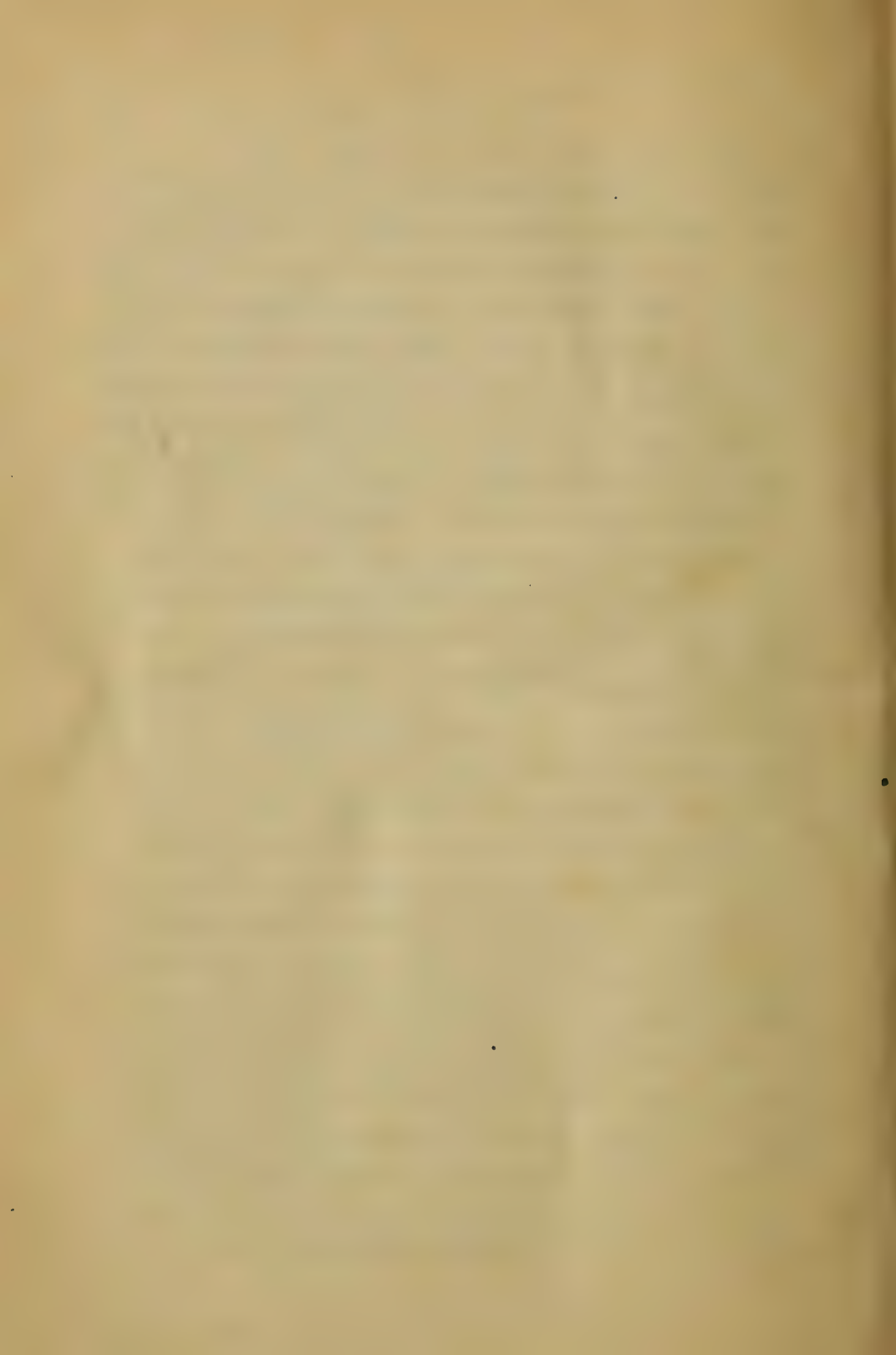
»Podrá objetarse también que las tierras que nuestros reyes tienen en dominio no están menos bien cultivadas y pobladas que las demás. Pero hay mucha diferencia entre poseer algunas tierras en un vasto reino, lo que no cambia la faz del Estado, ni del Gobierno, y poseer todas las tierras, lo que la cambia enteramente. Además, nosotros los europeos tenemos leyes tan razonables que los mismos reyes son los primeros en cumplirlas, hasta el punto de que permiten que sus posesiones particulares sean regidas como las de sus súbditos, dándose el caso de que se entablen procesos o pleitos contra los colonos o intendentes del rey. En efecto; un labriego o un artesano tienen el medio de conseguir que se les haga justicia y hallar un recurso contra la violencia de los que quisieran oprimirle, mientras que en aquellos pueblos asiáticos no se vislumbra siquiera un medio de defensa para los débiles, siendo el *bastón* y el capricho de un gobernador la única ley que en ellos impera.

»Se dirá que en aquellos países no se registran tantos procesos o pleitos y que éstos no son de tan larga duración como en Europa, no necesitándose, por consiguiente, tantos funcionarios. Creo que nunca se estimará demasiado el antiguo proverbio persa «Ma-hac Konta-better Ez-hac Deraz», que significa que corta injusticia vale más que dilatada justicia, y no niego que

la larga tramitación de los procesos es insoportable en una nación, siendo un deber del soberano buscar la manera de poner remedio a eso. Creen algunos que al desaparecer la propiedad particular desaparecería una infinidad de litigios, muchos sin importancia, otros largos y espinosos y que, en su consecuencia, no sería necesario el gran número de magistrados y jueces que nuestros reyes nombran para administrar justicia a sus súbditos, ni la multitud de personas que de eso vive. Pero es evidente también que el remedio sería cien veces peor que el mal, a causa de los graves inconvenientes que acarrearía, y que los magistrados y jueces llegarían a ser como los de aquellos Estados, que no merecen ni el nombre de tales, pues en lo tocante a la administración de justicia pueden nuestros reyes estar orgullosos. En los pueblos asiáticos, por el contrario, la justicia es función de gentes ignaras (salvo en lo referente a algunos mercaderes), de miserables de igual condición, que no cuentan con medios para corromper a los jefes y *comprar a alto precio* testigos falsos, que son allí innumerables y que jamás son castigados. Esto es lo que pude observar en todas partes, por mi experiencia de algunos años y por haberme informado por los naturales del país, por comerciantes franceses residentes allí mucho tiempo y por los cónsules. Hay viajeros que vieron, como de paso, a dos o tres personas del bajo pueblo rodeando a un *kadí* en funciones de juez, y que éste despedía pronto a alguna de las partes, de los reclamantes, a veces a ambas, después de administrar a una de ellas, en ocasiones a las dos, *varios golpes en la planta de los pies*; en otras ocasio-

nes las despedía con *Maybalè babá*, palabras dulzonas de que suelen servirse los *kadís* cuando ven que no se puede sacar ningún provecho de los litigantes; y esos viajeros, repito, exclaman al llegar a Europa: «¡Oh, justicia expeditiva y excelente! ¡Qué honrados son todos aquellos jueces! ¡Qué comparación con los nuestros!» Pero al decir eso no piensan que si alguno de aquellos litigantes, aun siendo culpable, tuviese un par de *escudos* para corromper al *kadí* o a sus escribanos, o para comprar dos testigos falsos, podría ganar su proceso o dilatarlo todo lo que quisiese.

»Por esto diré, como conclusión, que el privar a los súbditos de la propiedad de las tierras daría origen, como una consecuencia fatal, a la tiranía, la esclavitud, la injusticia, la miseria y la barbarie. Las tierras quedarían incultas, desiertas; se abriría el camino de la ruina y la destrucción del género humano, de los mismos reyes y de los Estados. Por el contrario, esa existencia de la propiedad de la tierra, por la seguridad que cada cual tiene de que lo que trabaje y logre será un bien *permanente suyo*, y luego de sus hijos, es el principio fundamental de todo lo bello y bueno que hay en el mundo; de suerte que quien dirija la mirada a los diversos países y reinos y reflexione sobre las consecuencias de la propiedad de los soberanos y de los súbditos, habrá hallado la primera fuerza y la causa principal de esa diversidad tan grande que vemos en los distintos Estados o Imperios del mundo, y reconocerá que es, por decirlo así, lo que cambia y diversifica la faz de toda la tierra.»



DS

461

.7

B58

t.1

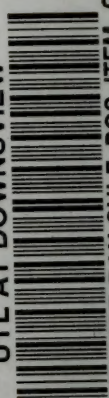
Bernier, Francois

Viajes de Francisco Bernier

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 03 10 012 0

Preclot 4,50 pesetas.

Published in Spain.